3 1761 09545793 3

43

LS
P2265ci

EMILIA PARDO BAZÀN

EL CISNE
DE
VILAMORTA

383528
9.8.40

MONTEVIDEO
Imp. á vapor La España, calle 25 de Mayo 142
1880

PRÓLOGO

Al ver la luz mi penúltima novela, que lleva por título *La Tribuna*, no faltó quién atribuyese sus crudezas y sus francas descripciones de la vida popular, á empeño mio de escribir una obra rigurosamente ajustada á los cánones del naturalismo. Acaso, hoy se me dirigirá la acusación opuesta, afirmando que El Cisne de Vilamorta, paga disimulado tributo al espíritu informante de la escuela romántica.

Yo sé decir que un autor, rara vez produce adrede libros muy crudos ó muy poéticos; lo cierto es, en mi opinión, que la rica variedad de la vida ofrece tanta libertad al arte, y brinda al artista asuntos tan diversos, cuanto son diferentes entre sí los rostros de las personas: y así como en un espectáculo público, en un paseo, en la iglesia, vemos semblantes feos é in-

nobles al lado de otros resplandecientes de hermosura, en el mudable espectáculo de la naturaleza y de la humana sociedad andan mezcladas la prosa y la poesia, siendo entrambas reales y entrambas materia artística de lícito empleo.

¡Parece que no necesita refutacion el error de los que parten en dos mitades la realidad sensible é inteligible, con la misma frescura que si partiesen una naranja, y ponen en la una mitad todo lo grosero, obsceno y sucio, escribiendo encima *naturalismo*, y en la otra y bajo el título de *idealismo*, agrupan lo delicado, suave y poético. Pues tan errónea idea pertenece al número de las insidiosas vulgaridades que podemos calificar de telarañas del juicio, que no hay escoba que consiga barrerlas bien, ni nunca se destierrran por completo. Es probable que hasta el fin del mundo dure esta telaraña espesa y artificiosa, y se juzgue muy *idealista* la descripcion de una noche de luna y muy *naturalista* la de una fábrica, muy *idealista* el estudio de la agonia de un ser humano [sobre todo si muere de tisis como *La dama de las Camelias), y* muy *naturalista* el del nacimiento del mismo ser!

No es alarde de impenitencia, sino confisión sincerísima. Al escribir *La Tribuna*, me guiaban iguales propósitos que al trazar las páginas del *Cisne*: estu-

diar y retratar en forma artística gentes y tierras que conozco, procurando huir del estrecho provincialismo, para que el libro sea algo más que pintura de usansas regionales y aspire al honroso dictado de *novela*. A la misma luz que me alumbró por los rincones de la Fábrica de Tabacos de *Marineda*, he tratado de ver la curiosa fisonomia de *Vilamorta*. Si la Fábrica se diferencia en todo de la villita, no consiste en que yo las mire con distintos ojos, pero en que forzosamente ha de diferenciarse el puerto comercial y fabril de la comarca enclavada tierra adentro, que aún conserva, ó conservaba cuando la pisé por vez última, pronunciadísimo sabor tradicional, y elementos poéticos muy en armonia con el carácter del paisaje.

Respecto á lo que en *El Cisne* llamará alguien levadura romántica, quiero decir algo, muy sucintamente, á los buenos entendedores. El romanticismo, como época literaria, ha pasado, siendo casi nula ya su influencia en las costumbres. Mas como fenómeno aislado, como enfermedad, pasion ó anhelo del espíritu, no pasará talvez nunca. En una ó en otra forma, habrá de presentarse cuando las circustancias y lo que se conoce por *medio ambiente* faciliten su desarrollo, ayudando á desemvolver facultades ya existentes en el individuo. Sucédele lo que á

la vocación monástica: menos casos se dan hoy de tales vocaciones que se daban, por ejemplo, allá en tiempos de San Francisco ó San Ignacio; con todo, algunas he visto yo muy ardientes, probadas he irresistibles. No hay estado del alma que no se produzca en el hombre, no hay cuerda que no vibre, no hay carácter verdaderamente humano que no se encuentre queriendo buscar: y en nuestras pensadoras y concentradas razas del Noroeste, el espíritu romántico alienta más de lo que parece á primera vista.

La coruña Setiembre de 1884.

Emilia Pardo Bazán.

EL CISNE DE VILAMORTA

I

Allá detrás del pinar, el sol poniente extendria una zona de fuego, sobre la cual se destacaban, semejantes á columnas de bronce, los troncos de los pinos. El sendero era barrancoso, dando señales de haber sido devastado por las arroyadas del invierno; á trechos lo hacian menos practicable piedras sueltas, que parecian muelas fuera de sus alveolos. La tristeza del crepúsculo comenzaba á velar el paisaje: poco á poco fué apagándose la incandescencia del ocaso, y la luna, blanca y redonda ascendió por el cielo donde ya el lucero resplandecía. Se oyó distintamente el melancólico diptongo del sapo, un soplo de ai-

re fresco estremeció las hierbas agostadas y los polvorientos zarzales que crecían al borde del camino: los troncos del pinar se ennegrecieron más, resaltando á manera de barras de tinta sobre la claridad verdosa del horizonte.

Un hombre bajaba por la senda, muy despacio, como proponiéndose gozar la poesía y recogimieuto del sitio y hora. Se apoyaba en un bastón recio, y según permitia ver la poca luz difusa, era jóven y no mal parecido. Á cada paso se detenia, mirando á derecha é izquierda, lo mismo que si buscase y pretendiese localizar un punto fijado de antemano. Al fin se paró, orientándose. Atrás dejaba un monte poblado de castaños: á su izquierda tenia el pinar; á su derecha una iglesia baja, con misero campanario; enfrente, las primeras casuchas del pueblo. Rotrogradó diez pasos, se colocó cara al atrio de la iglesia, mirando á sus tápias, y seguro ya de la posición, elevó las manos á la altura de la boca para formar un embudo fónico, y gritó con voz plateada y juvenil:

—Eco, hablemos.

Del ángulo de las murallas brotó al punto otro voz, más honda é inarticulada, misteriosamente sonora y grave, que repitió con énfasis, engarzando la respuesta en la pregunta y dilatando la última sílaba:

—¡Hablemoooós!

—¿Estás contento?

—¡Contentoooó! repuso el eco.

—¿Quién soy yo!

—¡Soy yoooó!

A estas interrogaciones, calculadas para que la contestacion del eco formase sentido con ellas siguieron frases lanzadas sin más objeto que el de oirlas repercutirse con extraña íntensidad en el muro.—«¡Hermosa noche!—La luna brilla.—Se ha puesto el sol.—Eco ¿me entiendes tú?—Eco, ¿sueñas algo?—¡Gloria! ¡ambicion! ¡amor!» El nocturno viandante, embelesado, insistia, varaba las palabras las combínaba; y en los intérvalos de silencio, mientras discurría períodos cortos, escuchábase el rumor ténue de los pinos, acariciados por el vientecillo manso de la noche, y el plañidero concertante de los sapos. Las nubes antes de rosa y grana, eran ya cenicientas, y pugnaban por subir al ancho trozo de firmamento en que la luna llena campeaba sin el más mínimo tul que la encubriese. Las madreselvas y saúcos en flor, desde la línde del pinar, embalsamaban el aire con fragancia sutil y deleitosa. Y el interlocutor del eco, dócil al influjo de la poesía ambiente. cesó de vocear preguntas y exclamaciones, y con lenta canturia empezó á recitar versos de Becquer, sin atender ya á la voz de la muralla que, en su pre-

cipitacion de repetirlos, se los devolvía truncados y confusos.

Absorto en la faena, poseído de lo que estaba haciendo, recreado con la cadencia de las estrofas, no vió subír por el camino tres hombres de grotesca y rara catadura, con enormes sombreros de fieltro, de anchas alas. Uno de los hombres llevaba de diestro una mula, cargada con redondo cuero, enchido sin duda de zumo de vid; y como todos andaban despacio y el terreno ceraso y arcilloso apagaba el ruido de las pisadas, pudieron llegar sin ser sentidos hasta cerca del mancebo. Algo cuchichearon en voz baja.—¿Quién es, hom...?—Segundo.—¿El del abogado?—El mismo.—¿Qué hace? ¿habla solo?—No, habla con la parad de Santa Margarita.—Pues nosotros no somos menos.—Empieza tú..—A la una... allá va...

Salió de aquellas bocas pecadoras, interrumpiendo las *Oscuras golondrinas*, que á la sazón recitaba de muy expresiva manera el jóven, un diluvio de frases soeces, de groserías y cochinadas palurdas que cayeron en medio del gentil y armónico silencio nocturno como repique de almireces y cacerolas en un trozo de música alemana. Lo más suave que se oía era por este estílo:—¡Re... (aquí un terno) viva el vino del Borde! ¡Viva el vino tinto, que da pecho al hombre! Re... (aqui lo que puede el lector suponer, si con-

sidera que los interruptores del soñador becqueriano eran tres desaforados arrieros, que conducían á buen recaudo un pellejo de sangre de parra).

La ninfa domiciliada en el muro no opuso resistencia á la profanacion, y repitió los tacos redondos tan fielmente como las estrofas del poeta. Al oír las vociferaciones y carcajadas opacas que la pared devolvia irónicas, Segundo, el del abogado, se volvió furioso, comprendiendo que los muy salvajes se burlaban de su entretenimiento sentimental. Corrido y humillado, apretó el baston, con deseo de romperlo en las costillas de alguien; y macullando entre dientes—cafres—brutos—recua—y otros improperios, torció á la izquierda, saltó al pinar, y tomó hacia el pueblo, evitando la senda por huir del profano grupo.

El pueblo estaba, como quien dice, á la vuelta. Blanqueaban, á la luz de la luna, las paredes de sus primeras casas, y los sillares de algunas en construccion, tapias, huertecillos, cuadros de legumbre, llenaban el espacio vacante entre el pueblo y el pinar. Ensanchábase la senda, desembocando en el camino real, á cuyas orillas, copudos castaños proyectaban manchones de sombra. Dormía el pueblo sin duda, pues ni se divisaban luces ni se oian los rumores y zumbídos que revelan la proximidad de las colmenas

humanas. Realmente, Vilamorta es una colmena en miniatura, una villíta modesta, cabeza de partido. No obstante, bañada por el resplendor del romántico satélite, no le falta á Vilamorta cierta grandiosidad como de poblacion importante, debida á los nuevos edificios que, con arreglo al órden arquitectónico peculiar de las grilleras, levanta á toda prisa un *americano* gallego, recien venido con provision de centenes.

Segundo se enhebró por una calle extraviada,—si las hay en pueblos así.—Solo estaban embaldosadas las aceras; el arroyo lo era de verdad; habia en él pozas de lodo, y montones de inmundicias y resíduos culinarios, volcados allí sin escrúpulo por los vecinos. Evitaba Segundo dos cosas: pisar el arroyo y que le diese la claridad lunar. Un hombre pasó rozándole, embozado, á pesar del calor, en amplio montecristo, y con enorme paraguas abierto, aunque no amenazaba lluvia: sin duda era un agüista, un convaleciente que respiraba el aire grato de la noche con precauciones higiénicas; Segundo, al verle, se pegó á las casas, volviendo el rostro, temeroso de ser conocido. No con menor recato atravesó la plaza del Consistorio, orgullo de Vilamorta, y en vez de unirse á los grupos de gente que gozaba el fresco sentada en los bancos de piedra pró-

ximos á la fuente pública, se escabulló por un callejon lateral, y cruzando retirada plazoletilla, que sombreaba un álamo gigantesco, se dirigió hácia una casita medio oculta por el árbol. Entre la casita y Segundo se interponía un desvencijado armatoste: era un coche de línea, un cajon con ruedas, desenganchado, lanza en ristre, como para embestir. Rodeó Segundo el obstáculo, y al dar la vuelta distraído, dos anmalazos, dos cochinos monstruosamente gordos, salieron disparados por la entreabierta cancilla de un corral, y con un trotecillo que columpiaba sus vastos lomos y sacudia sus orejas cortas, vinieron ciegos y estúpidos á enredarse en las piernas del lector de Becquer. No llegó éste á medir el suelo por favor especial de la Providencia; pero apurado ya el sufrimiento, soltó á cada marrano un par de iracundos puntapiés, que les arrancaron gruñidos entrecortados y feroces, mientras el mancebo renegaba en voz alta casi:—¡Qué pueblo éste, señor!... ¡Atropellarle á uno en la calle hasta estos bichos! ¡Ah, qué miseria! ¡Ah... mejor debe ser el infierno!...

Al llegar á la puerta de la casita, algo se sosegó. Era la casa chiquita, linda, flamante; al balcon le faltaba el barandado de hierro, no tenía sinó la repisa de piedra, cargada de tiestos y cajones de plantas; detrás de las vidrieras se columbraba una luz, tami-

zada por visillos de muselina, y la fachada, silenciosa, ofrecía algo de pacífico y agradable, que convidaba á entrar. Segundo empujó la cancilla, y casi al mismo tiempo oyóse en el tenebroso portal crujir de enaguas; unos brazos de mujer se abrieron, y el lector de Becquer se dejó caer en ellos, conducir, arrastrar, y casi subir en vilo la escalera, hasta una salita, donde un velador cubierto con blanco tapete de *crochet*, sustentaba un quinqué divinamente despabilado. Allí mismo, en el sofá, tomaron asiento el galán y la dama.

La verdad ante todo. Frisa la dama en los treinta y seis ó treinta y siete, y aún es peor, que nunca debió ser bonita, ni mucho menos. De su basto cútis, hizo la viruela algo curtido y agujereado, como la piel de una criba: sus ojuelos negros y chicos, análogos á dos pulgas, emparejan bien con la nariz gruesa, mal amasada, parecida á las que los chocolateros ponen á los monigotes de chocolate; cierto que la boca, frescachona y perruna, luce buenos dientes; pero el resto de la persona, el atavío, los modales, el acento, la poquísima gracia del conjunto, más son para curar tentaciones, que para infundirlas. Alumbrando el quinqué tan bien como alumbra, es preferible contemplar al galán. Éste tiene, en su mediana estatura, elegantes pro-

porciones, y en su juvenil cabeza no sé que atractivo que hace mirar otra vez. La frente, cuyo declive es un poco alarmante, la encubre y adorna el pelo copioso, algo más largo de lo que permíten nuestras severas modas actuales. La faz, descarnada, fina y cenceña, arroja á la caleada pared una silueta toda de ángulos agudos. El bigote nace y se riza sobre los lábios delgados, sin llegar á cubrir el superior, con esa gracia especial del bigote nuevo, compañera de la ondulación de los cabellos femeninos. La barba no se atreve á espesar, ni los músculos del cuello á señalarse, ni la nuez á sobresalir con descaro. La tez es trigueña, descolorida, un tanto biliosa.

Al ver tan guapo chico recostado en el pecho de aquella jamona de apacible y franca fealdad, era lógico tomarles por hijo y madre: pero el que incurriese en semejante error después de observarles un minuto, denotaría escasa penetración, porque en las manifestaciones del amor materno, por apasionadas y extremosas que sean, hay no sé que majestuosa quietud del espíritu que falta en los del otro amor.

Sin duda experimentaba Segundo la nostalgia de la luna, porque apenas se detuvo en el sofá: fuese al balcón, y le siguió su compañera. Abrieron las vidrieras de par en par, y se sentaron muy próximos en dos sillas bajas, al nivel de las plantas y

tiestos. Una mata de claveles de á onza subía á la altura conveniente para regalar las narices con incitantes perfumes; la luna plateaba el follaje del álamo, cuya dilatada sombra envolvía la plazoleta; Segundo abrió el diálogo, en esta guisa:

—¿Me hiciste cigarros?

—Toma, contestó ella, metiendo la mano en la faltriquera y sacando un puñado de cigarrillos. Docena y media por junto pude amañarte. Ya te completaré las dos esta noche antes de irme á cama.

Se oyó el ¡rissch! del fósforo, y con la voz atascada por la primera bocanada de humo, volvió Segundo á preguntar:

—¿Pues qué, ha sucedido algo nuevo?

—Nuevo...no. Las chiquillas...arreglar la casa...luego Minguitos...Me levantó dolor de cabeza á quejarse...¡á quejarse toda la tarde de Dios! Decía que le dolian los huesos. ¿Y tú? ¿por ahi muy ocupado? ¿matándote á leer? ¿discurriendo? ¿escribiendo, eh? ¡De seguro!

—No... Dí un paseo muy hermoso. Fuí á Penasalbas y volví por Santa Margarita... Una tarde de las pocas.

—Vaya, que harías algún verso.

—No, mujer... Los que hice, los hice, anoche, despues de retirarme.

—¡Ay! ¡y no me lo decias! Anda, por las ánimas... anda, recita, que los has de saber de memoria. Anda, niño Jesús.

A la súplica vehemente siguió arrebatada caricia, que se perdió entre pelo y sienes del poeta. Éste alzó los ojos, se hizo un poco atrás, dejó el cigarro entre los dedos, sacudiendo antes con la uña la ceniza, y recitó.

Era una *becqueriana* el parto de su ingenio. El auditorio, despues de escucharla con religiosa, atencion, púsola por encima de cuantas produjo la musa del gran Gustavo. Y se pidió otra, y otra, y algun pedacito de Espronceda, y que se yo qué fragmentos de Zorrilla. Ya no ardia el cigarro: tiró el poeta la colilla, y encendió uno nuevo. Reanudaron la plática.

—¿Cenamos pronto?

—Enseguidita... ¿Sabes qué tengo para darte? Discurre.

—¿Qué se yo, mujer?..:

—Piensa tú lo que te gusta más. Lo que te gusta más, más.

¡Bah!... Ya sabes que yo... Con tal que no me des nada ahumado, ni grasiento...

—¡Tortilla á la francesa! ¿No acertabas, eh? Mira, encontré la receta en un libro... Como te habia oido

que era cosa nueva, estuve de ensayo... Las tortillas las hacia yo siempre á estilo de por acá, espesitas, que se puedan tirar contra la pared y no se deshagan. Pero esta... me parece que ha de estar á tu gusto. Lo que es á mi, poco me sabe... prefiero las antiguas. Se la enseñé á Flores... ¿Qué tenia dentro la que comíste en la fonda de Orense? ¿Peregil picado, eh?

—No, jamón. ¿Pero qué más dá?

—¿Voy corriendo á sacarlo de la alacena! yo creía... ¡El libro dice perejil! Aguarda, aguarda.

Volcó su silla baja por andar más aprisa, y se oyó á lo lejos el repique de sus llaves y el batír de algunas puertas ; una voz cascada gruñó en la cocina no sé qué. A los dos minutos regresaba.

—¿Mira, y esos versos, no se imprimen? ¿No los he de ver en letras de molde?

—Sí respondió el poeta, volviendo lentamente la cabeza y soltando una bocanada de humo. Alla van camino de Vigo, á Roberto Blánquez para que los inserte en el *Amanecer*.

—¡Me alegro! ¡Tendrás tú más fama, corazón salado! ¿Cuántos periódicos hablan de tí?

Segundo se rió irónicamente, encogiéndose de hombros.

—Pocos... Y, un tanto cabizbajo dejó vagar la

mirada por las macetas y por la copa del álamo, que se mecia con agradable susurro de hojas. Estrechaba maquinalmente el poeta la mano de su interlocutora, y ésta correspondió á la presion con ardorosa energía.

—Y claro, ¿cómo quieres que hablen de tí, si al fin no firmas los versos? interrogó ella. No saben de quién son. Andarán díscurriendo...

Qué más dá... Lo mismo que de Segundo García, pueden hablar del seudónimo que he adoptado. ¡Bonito nombre el mio para andar en papeles! ¡Segundo García! El poco público que se moleste en leer lo que escribo, me llamará el CISNE DE VILAMORTA.

II

SEGUNDO García, el del abogado y Leocadia Otero, la maestra de escuela de Vilamorta, se conocieron en primavera, en una romería. Leocadia asistió á ella con varias chicas á quiénes habia enseñado el *a*, *b*, *c* y el pespunte. Ante aquel coro de ninfas, Segundo recitó poesías más de dos horas, en un robledal, léjos del estrépito del bombo y gaita, donde sólo llegaban leves rumores de la fiesta y del gentío. Estúvose el auditorio como en misa, si

bien ciertos pasajes, almibarados ó fogosos, produjeron entre las chiquillas codazos, pellizquitos, risas reprimidas instantáneamente; pero de los negros ojos de la maestra, á lo largo de sus mejillas, picadas de viruela y pálidas de emocion, resbalaron dos lágrimones tíbios y gruesos, y otros despues, tantos y tan juntos que hubo de sacar el pañuelo y limpiárselos. Luego, al regresar, cuando lucian en el cielo la estrellas, por los senderos del monte donde se alzaba el santuario, vereditas agrestes, entapizadas de grama y orladas de brezos y uces; el grupo descendió en esta forma: delante las chiquillas, correteando, saltando, empujándose para caer sobre los brezos, y celebrarlo con una explosión de carcajadas; Leocadia y Segundo detrás, de bracero, parándose á veces y hablándose entónces más bajito, casi al oído.

De Leocadia Otero se refería una historia fea y triste. Aunque ella con reticencias calculadas quisiera fingirse viuda, se murmuraba que nunca tuvo marído; que cuando residia en Orense, huérfana y bajo la tutela de un tío paternol nació aquel pobre vástago, aquel Dominguito contrahecho, raquítico y enfermo siempre. Afirmaban los mejor informados que el malvado del tio fué quién abusó de la doncella, confiada á su custodia, sin poder reparar el delito porque era casado y vivía su mujer, Dios sabe dónde ni

cómo. Lo cierto es que el tío murió pronto, dejando á su sobrina unas finquillas y una casa en Vilamorta, y Leocadia, prévio el competente exámen, obtuvo la escuela y vino á establecerse al pueblo. Sobre trece años llevaba de habitarlo, observando ejemplar conducta, cuidando dla y noche á Minguítos, y economizando para reconstruir la ruinosa casa, como lo hizo al fin poco antes de conocer á Segundo. Era Leocadia mujer por todo extremo hacendosa: nunca faltó en sus armarios ropa blanca, en su sala muebles de rejilla y una alfombrita delante del sofá; en su despensa uvas de cuelga, arroz y jamon, en sus balcones claveles y albahaca. Minguitos andaba limpio como el oro; ella lucía, al remangar su hábito de los Dolores, de buen merino, enaguas gordas, tiesas de puro almidonadas, muy bordadas á ojetes. Por lo cual, á pesar de su fealdad y de su historia antigua, no careció la maestra de suspirantes: un rico arriero retirado, con taberna abierta, y Cansín, el tendero de paños. Desairó á los pretendientes y siguió viviendo sola, con Minguitos y Flores, la vieja criada, que ya gozaba en la casa fueros de abuela.

El inícuo estupro sufrido en los primeros años de la juventud habia dejado á Leocadia, envuelto en sus amargas memorias, horror profundo á las realidades del matrimonio, base de la familia, y una sed perpe-

tua de cosas ideales y delicadas, rocío que refresca la imaginación y satisface al sentimiento. Poseía la media instrucción de las maestras, rudimentaria, pero bastante para infundir gustos exóticos en Vilamorta, v. gr., el de las letras, en sus más accesibles formas,—novela y verso.—Consagró á la lectura los ocios de su vida monótona y honesta. Leyó con fé, con entusiasmo, sin crítica alguna: leyó creyendo y admitiéndolo todo, unimismándose con las heroinas, oyendo resonar en su corazón los suspiros del vate, los cantos del trovador y los lamentos del bardo. Fué la lectura su vicio secreto, su misteriosa felicidad Cuando rogaba á sus amigas de Orense que le renovasen la suscricion en la libreria, hacian ellas chacocota y ponian á Leocadia el apodo de *literata*. ¡Literata ella! ¡Ojalá! ¡Si pudiese dar cuerpo á lo que sentía, al mundo fantástico que dentro llevaba! Imposible: jamás alcanzaria su caletre, por mucho que lo estrujase, á producir ni una triste seguidilla. Almacenada se quedaba tanta poesía y tanta sensibilidad allá en los senos y circunvaluciones del cerebro, como el calor solar en la hulla. Lo que salía al exterior era prosa neta: gobierno de casa, economía, guisados.

Al tropezar, Leocadia con Segundo, la casualidad aplicó encendida mecha al formidable polvorin de

sentimientos y ensueños, encerrado en el alma de la maestra. Encontrado habia, por fin, empleo condígno á sus facultades amorosas, desahogo para sus afectos. Segundo era la poesía hecha carne, en él se cifraban y compendiaban todas las interesantes y divinas menudencias de los versos: las flores, el aura, el ruiseñor, la luz moribunda del sol, la luna, la umbría selva.

La combustión se produjo con asombrosa rapidez. Ardió y se consumió en incendio súbito, primero la honrada resolución de borrar con íntachable conducta el estigma del pasado, después el vigoroso y entrañable cariño maternal. Ni un punto pasó por las mientes á Leocadia la idea de que Segundo pudiese ser su marido: aunque libres ambos, la diferencia de edades, y la superioridad intelectual del jóven poeta, pusieron límite infranqueable á las aspiraciones de la maestra. Cayó en el amor como en un abismo, y ni miró atrás ni adelante.

Segundo había tenido en Santiago, durante los años escolares, trapicheos estudiantiles, cosa baladí, y extravíos de esos que no evita ningun hombre entre los quince y los veinticínco, probando tambien las que en la época romántica se llamaban *orgías* y hoy se conocen por *juergas*. Sin embargo, no era vicioso. Hijo de una madre histérica, á quien las repe-

tidas lactancias agotaron, hasta matarla de extenuación, Segundo tenia el espíritu mucho más exigente é insaciable que el cuerpo. Había heredado de su madre la complexión melancólica, y mil preocupaciones, mil repulsiones instintivas, mil supersticiosas prácticas. La habia querido y guardaba su recuerdo como un culto. Y, más viva aún que la cariñosa memoria de su madre, conservaba una antipatía invencible hacia su padre. No cabia decir que el abogado hubiese sido verdugo de su mujer, y con todo, bien adivinaba Segundo el lento martirio de aquella fina organización nerviosa, y veía siempre, en horas negras, el ataud mísero en que habian encerrado á la difunta, no sin elegir antes, para amortajarla, la sábana más usada de cuantas encontraron.

Componíase la familia de Segundo del padre, una tía vieja, dos hermanos varones y tres hembras aún impúberes. Gozaba el abogado García fama de rico: nada entre dos platos: fortuna de aldea, reunida ochavo tras ochavo, con préstamos usurarios y sórdidas privaciones. El bufete daba de sí, pero diez bocas, y la carrera de tres hijos, algo tragan. El mayor de los chicos, oficial de infanteria, estaba en Filipinas y no remitía un cuarto; gracias que no lo pidiera. Segundo, que lo era en el órden cronológico, acababa de graduarse: un jurisconsulto más

en la nación española, donde tanto abunda esta fruta. El *pequeño* estudiaba en el Instituto de Orense, con propósito de seguir la farmacia. Las niñas se paseaban el día correteando por huertos y maizales, medio descalzas, sin ir siquiera á la escuela de Leocadia por no adecentarse un poquillo. En cuanto á la tía...., *misia* Gaspara...., era el alma de aquella casa, alma estrecha y sin jugo, senectud acartonada, silenciosa y espectral, ágil á despecho de sus sesenta, y que sin cesar de hacer media con unos dedos rancios como teclas de clavicordio, vendía en la granera el centeno, en la bodega el vino de renta, prestaba un duro al cincuenta por cien á las fruteras y regateras de la plaza, se cobraba en especie, tasaba la comida, la luz y la ropa á sus sobrinos, engordaba con amorosa solicitud un cerdo, y era respetada en Vilamorta por sus aptitudes formicarias.

Aspiraba el abogado á trasmitir su clientela y asuntos á Segundo. Solo que el muchacho no daba indicios de servir para embrollar pleitos y causas. ¿Cómo habia realizado el milagro de salir bien en los exámenes, sin abrir en todo el curso los libres de derecho, y faltando á clase siempre que hacia sol ó diluviaba? ¡Bah! Con un memorión de primera y un regular despejo: aprendiéndose, cuanto era menester, páginas y páginas del texto, y recordándolas y

diciéndolas con la propia facilidad que las Doloras de Campoamor, sí no con tanto gusto.

Sobre la mesa de Segundo se besaban tomos de Zorrilla y Espronceda. malas traducciones de Heine, obras de poetas regionales, el Lamas Varela, álias *Remedia-vagos*, y otros volúmenes no menos heterogéneos. No era Segundo un lector incansable; elegia sus lecturas según el capricho del momento, y sólo leia lo que conformaba con sus aficiones, adquiriendo así un barniz de cultura deficiente y varia. Más intuitivo que reflexivo y estudioso, aprendió solo y á tientas el francés, para leer en el original á Musset, á Lamartine, á Proudhon, á Víctor Hugo. Fué su cerebro como erial inculto donde á trechos se alzaba una flor rara y peregrina, un arbusto de climas remotos; ignoró las ciencias graves y positivas, las lecturas sólidas y serias, nodrizas del vigor mental, la era clásica, la literatura castiza, las severas enseñanzas de la historia; y en cambio, por raro fenómeno de parentesco intelectual, se identificó con el movimiento romántico del segundo tercio del siglo, y en un rincón de Galicia revivió la vida psícológica de generaciones ya difuntas. No de otro modo algún venerable académico, saltando de un brinco los diez y nueve siglos de nuestra era, se alegra ahora con lo

que regocijaba á Horacio y vive platónicamente prendedo de Lidia.

Rimó Segundo sus primeros versos, desengañados y excépticos en la intencion, ingénuos en realidad, cuando apénas contaba diez y siete años. Sus compañeros de cátedra le aplaudieron á rabiar. Adquirió entre ellos cierto prestigio, y cuando estampó en un periódico las primicias de su musa, tuvo, sin salir del estrecho círculo del aula, admiradores y envidiosos. Desde entónces adquirió el derecho de pasear solito, de reir poco, de ocultar sus aventurillas y de no jugar ni achisparse por compañerismo, sinó únicamente cuando le daba la gana.

Y le daba pocas veces. La excitacion puramente física y brutal carecia para él de atractivo; si bebia por bravata, repugnábale el vicio de la embriaguez, los finales de francachela estudiantil, el mantel manchado, las disputas necías, los amígos que yacían debajo de la mesa ó tendidos en el sofá, el descoco é insensibilidad de las hembras venales; salía de allí desdeñoso y empalagadísimo, y á veces una reacción muy propia de su complicado carácter le impulsaba á él, lector sincero de Proudhon, Quinet y Renan, al recinto de alguna iglesia solitaria, donde sus pulmones respiraban con delicia aire húmedo saturado de incienso.

No protestó el abogado García contra las aficiones literarías de su hijo, porque las juzgó pasajera diversión de la mocedad,una muchachacha, lo mismo que bailar en las fiestas. Empezó á inquietarse así que Segundo, ya graduado, se opuso á auxiliarle en el despacho de sus tortuosos pleitesillos. ¿Si resultataria el chico inútil para todo y bueno solamente para zurcir versos? No era delito zurcirlos pero así..cuando no hubiese muchos procesos que hojear y artimañas que idear para envolver á los litigantes. Desde que cayó en la cuenta, el abogado trató á su hijo con mayor desconfianza, con más terca impertinencía y desvío. Cada día le predicaba, en la mesa ó donde podia, sermoncillos incisivos acerca de lo necesario que es ganarse el pan, con asiduidad y trabajo, no dependiendo de nadie. Estas contínuas amonestaciones, en que empleaba la misma capciosa machaqueria que en el enredijo de los protocolos, auyentaron á Segundo de ru casa. La de Leocadia le sirvió de refugio, y él vino en dejarse querer pasívamente, lisonjeado al pronto por el triunfo que habian obtenido sus versos, alcanzándole homenaje tan desinteresado y ardiente, y atraído después por el bienestar moral que enjendra la aprobación sín condiciones y la complacencia sin taza. Su perezosa mente de soñador reposaba en los algodones que sabe mullir el

cariño para la amada cabeza. Leocadia admitia, perfilaba, ensanchaba todos sus planes de porvenir: le animaba á que escribiese, á que publicase: le elogiaba sin restriciones y sin fingimiento, porque para ella, que tenia la facultad crítica aposentada en las cavidades cardiacas, Segundo era el mas melodioso cisne del universo todo.

Poco á poco la amante previsión de la maestra fué extendiéndose á otras esferas de la vida de Segundo. Ni el abogado García ni la tía Gaspara, concebían que un chico, terminada ya su carrera, necesitase un céntimo para gasto alguno extraordinario. La tía Gaspara, en especial, ponía el grito en el cielo á cada desembolso: después de llenar de camisas la maleta de su sobrido un año, por diez lo menos debía quedar surtido: la ropa no estaba autorizada para romperse ó acabarse sin más ní más. Leocadia notó las escaseces de su ídolo; hoy se hizo cargo de que no andaba bien de pañuelos, y le dobladilló y marcó una docena; mañana reparó que sólo de higos á brevas le daban medio duro para el ramo de cigarros, y se impuso la tarea de hacerselos en persona, suministrando gratis la materia primera; oyó murmurar á las fruteras de la avaricia de la tia Gaspara, entendió que Segundo comia mal, y se dedicó á aderezar para él platos apetitosos y nutritivos, amén de encargarle á Orense li-

bros, de repasarle la ropa y de pegarle los botones.

Todo esto lo realizaba con inexplicable regocijo, recorriendo la casa á paso ligero y casi juvenil, remozada por la dulce maternidad del amor, y tan dichosa, que ni se acordaba de reñir á las chiquillas de la escuela, pensando sólo en acortarles la tarea, para quedarse más pronto en compañia de Segundo. Había en su cariño mucha parte generosa y espiritual, y los mejores ínstantes de su pasión satisfecha eran aquellas horas nocturnas en que, próximos al balcon sentados muy cerca el uno del otro,convirtiendo con la imaginación las matas de claveles y albahaca en selva virgen, ella oía, recostada en el hombro de Segundo, los versos que éste recitaba con bien timbrada voz, versos cuya armonía se le figuraba á Leocadia un cántico celeste.

La medalla tenia su reverso. Eran amargas las horas matutinas en que Flores, con la cara larga y difícil, contraída ó iracunda, con el pañuelo de algodon torcido, arrugado y caído sobre los ojos, venía á notificarle, en breves y truncadas palabras, que

—Se han acabado los huevos... ¿vienen más? No hay azúcar: ¿de cual traigo? ¿De ese tan caro de pilón que víno la semana pasada? Hoy traje café, café, dos libritas, como quien lava.... Yo no compro más licor: allá tú: yo no.

—¿Qué dices, mujer? ¿Qué te sucede?

—Que si te gusta darle al Ramón, el de la dulcería, veinticuatro reales por una botella de anísete, habiéndolo á ocho en la botica, bien: pero yo no voy á meterle los cuartos en la mano á ese ladron: á ver como no te píde cinco duros por cada frasquito.

Leocadia, suspirando, salia de su letargo: iba á la cómoda, sacaba dinero, no sin pensar que le sobraba la razón á Flores: sus ahorritos, su par de miles de reales para un apuro, ya debian encontrarse temcblando; valia más no enterarse del estado del peto: los disgustos, retrasarlos. *¡Dios delante!* Y reñia á la vieja con fingida cólera.

—Ve por la botella, anda, no me enfades... A las ocho entran las chiquillas, y aun tengo la enagua por planchar... Hazle el chocolate á Minguitos, mas te valiera no tenerlo muerto de hambre... Y dale bizcocho.

—Daré, daré... ¡Pues si yo ne le diese al infeliz!.. refunfuñaba la criada, que al nombre de Minguitos, sentia crecer su enojo. Se oia en la cocina el furioso porrazo administrado á la chocolatera para sentarla sobre el fuego y el airado voltear del molinillo en el remolino espumoso del chocolate. Flores entraba en el cuarto del contrahecho, que aun no habia abandonado las sábanas, y le tomaba las manos.

—Tienes calor, rapaz... Aqui viene el chocolatito ¿he?

—¿Me lo da mamá?

—Te lo daré yo.

—Y mamá, ¿que hace?

—Almidonando unos enaguas.

Clavaba el jorobadito los ojos en Flores, alzando trabajosamente la cabeza de entre el arco doble del pecho y la espalda. Eran aquellos ojos profundos, con mucha niña: la boca, de mandíbulas salientes, tenia una crispacion sardónica y una pálida sonrisa. Echaba los brazos al cuello de Flores, y pegando los lábios á su oido:

—¿Vino *el otro* ayer? preguntábale.

—Si, hombre, si.

—¿Vendrá hoy?

—¿Vendrá. ¡Pues no! Calla, *filliño*, calla.... toma el chocolate. Está como te gusta: claro y con espumita.

—No tengo casi gana.... Ponlo aquí, al lado.

III

En Vilamorta había un Casino, un Casino de verdad, chiquito, eso sí, y por añadidura destartalado, pero con su mesa de billar comprada de lance y su *mozo*, un setentón que de año en año sacudia y vareaba la verde bayeta. Porque en el Casino de Vilamorta apenas solian juntarse á diario más que las ratas y las polillas entretenidas en atazarar el maderámen. Los centros de reunion más frecuentados eran dos boticas, la de doña Eufrasia, situada en la plaza, y la de Agonde, en la mejor calle. Agachada en el ángulo tenebroso de un soportal, la botica de doña Eufrasia era lóbrega; la alumbraba á las horas de conciliábulo un quinqué de petróleo, con tufo, y hacian su mobilario cuatro sillas mugrientas y un banco. Quién desde fuera mirase, veria dentro un negro grupo, capotes, balandranes, sombreros anchos, dos ó tres tonsuras sacerdotales, que de léjos blanqueaban como chapas de boinas sobre el fondo sombrío de la botica. La de Agonde, en cambio, lucia orgullosamente una clara iluminación, seis grandes redomas de cristal de colores vivos y fantástico efecto, una triple estanteria cargada de ta-

rros de porcelana blanca con rótulos latinos en letras negras, imponentes y científicos, un divan y dos butacas de gutapeacha. Estas dos boticas antitéticas eran tambien antagónicas; se habian declarado guerra á muerte. La botica de Agonde, liberal é ilustrada, decia de la botica reaccionaria que era un foco de perpétuas conspiraciones, donde durante la guerra civil se habia leido *El Cuartel Real* y todas las proclamas facciosas, y donde desde hacia cinco años se preparaban con suma diligencia fornituras para una partida carlista que jamás llegó á echarse al campo; y según la botica reaccionaria, era la de Agonde punto de cita para los masones, se imprimían libelos en una imprentilla de mano, y se tiraba descaradamente de la oreja á Jorge. Cerrábase religiosamente á las diez en invierno y en verano á las once la tertulia de la botica reaccionaria, mientras la botica liberal solía hasta media noche proyectar sobre el piso de la calle la raya de luz de sus dos claras lámparas y los reflejos azules, rojos y verde-esmeralda de sus redomas; por donde los tertulianos liberales calificaban á los otros de *lechuzas*, mientras los reaccionarios daban á sus contrincantes el nombre de *socios del Casino de la Timba*.

Segundo no ponia los piés en la botica reaccionaria, y desde sus relaciones con Leocadia Otero huia

de la de Agonde, porque herían su amor propio las bromas y pullas del boticario, maleante y zumbón como él solo. Cierta noche que Saturnino Agonde cruzaba á deshora la plazoleta del Alamo, para ir á donde él y el diablo sabian, pudo ver á Leocadia y Segundo en el balcón, y entreoyó la salmodia de los versos que el poeta declamaba. Desde entónces, en el rostro de Agonde, mocetón sanguínio y bien equilibrado, leyó Segundo tal desdén hacia las nimiedades sentimentales y la poesía, que por instinto se apartó de él cuanto pudo. Sin embargo, cuando se le ofrecia leer *El Imparcial* y saber alguna nocicia, entraba en casa de Agonde breve rato. Hízolo al otro día de su conversación con el eco.

Estaba muy animada la asamblea. El padre de Segundo, recostado en el diván, tenía un periódico sobre las rodillas; su cuñado el escribano Genday, Ramón el confitero, y Agonde, discutían con él acaloradamente. En el rondo, próximos á la trastienda, en una mesita chica, jugaban al tresillo Carmelo el estanquero, el médico D. Fermín, alias *Tropiezo* el secretario del Municipio y el alcalde. Al entrar notó Segundo algo de inusitado en la actitud de su padre y del grupo que le rodeaba, y persuadido de que ya le darían la noticias dejóse caer en una de las butacas, encendió un cigarro y tomó *El Imparcial*, que andaba rodando sobre el mostrador.

—Pues aquí los papeles no traen nada: lo que se dice nada, exclamaba el confitero.

Desde la mesa de tresillo levantaba la voz el médico, confirmando las dudas de Ramón; tampoco el médico creía que pudiese suceder sin traerlo los papeles.

—Usted se muere por decir á todo que no, replicaba Agonde. Yo estoy seguro, vamos; y me parece que estando yo seguro...

—Y yo lo mismo, afirmaba Genday. Si es preciso citar testígos, allà van: lo sé por mi propio hermano ¿me entienden ustedes? por mi propio hermano, que se ha lo dicho Méndez de las Vides; vayan ustedes viendo si es autorizada la noticia. ¿Quieren ustedes más? Pues han encargado á Orense, para las Vides, dos butacas, una buena cama dorada, mucha vajilla y un piano. ¿Quedan ustedes convencidos?

— De todas maneras, no vendrán tán pronto, objetó *Tropiezo,*

— Vendrán tal: D. Victoriano quiere pasar aquí las fiestas y las vendimias, dice que le tira muchísimo el cariño al país, y que en todo el invierno no se le oyó hablar sino del viaje.

—Viene á espichar aquí, murmuró *Tropiezo*; oí decir que está malísimo. Se van ustedes á quedar sin jefe.

—Váyase V. á... Demonio de hombre, de mochuelo, que solo anuncia cosas fúnebres, Cállese Vd. ó no suelte barbaridades. Atienda, atienda al juego como Dios manda.

Segundo miraba con indiferencia à las redomas de la botica, distraído por el vivo foco azul, verde ó carmesí que en cada una de ellas centelleaba. Ya comprendía el asunto de la conversación: la venida de D. Victoriano Andrés de la Comba, el ministro, el gran político del país, el diputado orgánico del distrito. ¿Qua le importaba á Segundo la llegada de semejante fantasmón? Y aspirando suavemente su cigarro, se abstrajo del ruido de la disputa. Después se embebió en la lectura de la *Hoja* de *El Imparcial*, donde elogiaban mucho á un poeta principiante.

Entretanto se enredaba la partida de tresillo.

El boticario, situado á espaldas del alcalde, le daba consejos. Comprometido y árduo caso: un solo de estuche menor; la contra reunida toda en el estanquero y en D. Fermín: cogían en medio al hombre: posición endiablada. Era el alcalde de esos viejos sequitos, gastadítos como un ochavo, muy tímidos, que antes de hacer una jugada la piensan cien años, calculando todas las contingencias y todas las combinaciones posíbles de naipes. Ya no quería él echar aquel solo ¡qué disparate! Pero el impetuoso Agonde le había

impulsado, diciendo:—Vaya, lo compro.—Puesto en el disparadero, el alcalde se decidió, no sin protestar.

—Bueno, lo jugaremos... Una calaverada, señoros. Para que no digan que me amarro.

Y sucedía todo la previsto; hallábase entre dos fuegos: de un lado le fallan el rey de copas; de otro le pisan la sota de triufo aprovechando el caballo; D. Fermín se mete en bazas sin saber cómo, mientras el estanquero, con sonrisa maliciosa, guarda su contra casi enterita. El alcalde levanta hacia Agonde los ojos suplicantes,

—¿No se lo decía yo á V.? ¡En buena nos hemos metido! Va á ser codillo, codillo cantado.

—No, hombre, no...es V. un mandria, que se apura por todo... Está V. ahí jugando con más miedo que si le apuntasen con una escopeta... ¿ Arrastrar, arrastrar! Los chambones siempre se mueren de indigestión de triunfos.

Los adversarios se guiñaban el ojo malignamente.

—*De posita non tibit*, exclamó estanquero.

—*Si codillum non resultabit*, corroboró D. Fermin.

Sintió el alcalde un escalofrio en el mismo bulbo capilar, y, por consejo de Agonde, resolvióse á mi-

rar lo que iba jugado, enterándose de las bazas de los compañeros y contando los triunfos. *Tropiezo* y el estanquero refunfuñaron.

—¡Qué manía de lenvantarles las faldas á los naipes!

El alcalde, algo más sereno, determinó por fin salir de dudas, suspiró y en algunos arrastres briosos y decisivos se resolvió la jugada, quedando todos iguales, á tres bazas cada uno.

—La de los sabios, dijeron casi á un tienpo estanquero y médico.

—¿ Lo vé V. ? Poniéndose la peor del mundo no le han dado codillo; observó Agonde. Para hacer la puesta, se necesitaron requisitos,. .

Tenia á todos suspensos el interés palpitante de la jugada, menos á Segundo, absorto en una de las perezosas meditaciones en que el bienestar del cuerpo acrecienta la actívidad de la fantasía. Llegaban á sus oídos las voces de los jugadores como lejano murmullo: él estaba á cien leguas de allí: pensaba en el artículo del periódico, del cual se le habían quedado grabadas en la memoria ciertas frases especialmente encomiásticas, hisopazos de miel con que el crítico disimulaba los defectos del poeta elogiado. ¿ Cuándo le llegaría su turno de ser juzgado por la prensa madrileña? Sábelo Dios... Prestó atención á lo que se hablaba.

— Hay que darle siquiera una serenata, declaraba Genday.

— ¡Hombre... una serenata! respondió Agonde: ¡gran cosa! Algo más que serenata: hay que armar cualquier estrépito por la calle; una especie de manifestación, que pruebe que aquí el pueblo es suyo... Habrá que nombrar una comisión, y recibirle con mucho cohetes y la música á todas horas... Que rabien esos cazurros de doña Eufrasia.

El nombre de la otra botica produjo una explosión de bromas, chistes y pateaduras. Hubo comentarios.

—¿ No saben ustedes? interrogó el socarrón de *Tropiezo*, parece que á doña Eufrasia le ha escrito Nocedal una carta muy fina, diciéndole que él representa á D. Cárlos en Madrid y que ella por sus méritos debe representarle en Vilamorta.

Carcajas homéricas, algazara general. Habla Genday el escribano.

—Bueno, eso será mentira; pero es verdad, una verdad como un templo, que doña Eufrasia le remitió á D. Cárlos su retrato con dedicatoria.

—¿Y la partida? ¿Señalaron el día en que ha de levantarse?

—¡Vaya! Dice que la mandará el abad de Lubrego.

Se duplicó el regocijo de la tertulia, porque el abad de Lubrego frisaba en los setenta y se hallaba tan acabadito, que á duras penas podía tenerse sobre la mula. Entró en la botica un chiquillo, columpiando un frasco de cristal.

—¡D. Saturnino! chilló con voz atiplada.

—A ver, hombre; contestó el boticario remedándole.

—Déme á lo que esto huele.

—Quedamos enterados... murmuró Agónde arrimando el frasco á la nariz. ¿A qué huele, don Fermín?

—Hombre... es así como... láudano, ¿he? ó árnica.

—Vaya el árnica, que es menos peligrosa. Dios te la depare buena.

—Son horas de recogerse, señores, avisó el abogado García consultando su cebolla de plata. Genday se levantó también, y le imitó Segundo.

Los tresillistas se enfrascaron en hacer cuentas y liquidar las ganancías céntimo por céntimo, escogiendo fichas blancas y fichas amarillas. Al pisar la calle recibíase grata impresión de frescura; estaba la noche entre clara y serena; los astros despedian luz cariñosa, y Segundo, en quien era inmediata la percepción de la poesía exterior, sintió impulsos de

plantar á su padre y tío, y marcharse carretera adelante, solo como de costumbre, á gozar tan apacible noche. Pero su tío Genday se le colgó del brazo.

—Rapaz, estás de enhorabuena.

—¿De enhorabuena, tío?

—¿Tú no rabias por salir de aquí? ¿tú no quieres volar á otra parte? ¿tú no le tienes tirria al bufete?

—Hombre, intervino el abogado: él que ya es loco y tú que le revuelves la cabeza más....

—¡Calla, tonto! D. Victorino viene le presentamos al chico y le pedimos la colocación... Y la ha de dar buena, que aunque él se figure otra cosa, si no nos complace, le costará la torta un pan... No está el distrito como él piensa, y si los que le sostenemos nos acostamos, se la juegan de puño los curas.

—¿Y Primo? ¿Y Méndez de las Vides?

—No pueden con ellos... El día menos pensado les dan un desaire, me los dejan en una vergüenza... Pero tú muchacho... Míralo bien: ¿no te lleva afición por la abogacia?

Segundo se encogió de hombros, sonriéndo.

—Pues discurre...así, á ver que te convendria más... Porque algo has de ser; en alguna parte has de meter la cabeza. ¿Te el gustaria un jnsgado entrada? ¿un destino en el ramo de correos? ¿en alguna oficina!

Estaban dando la vuelta á la plazoleta para acercarse á casa de Garcia, y al pasar por delante del balcon de Leocadia, el aroma de los claveles penetró hasta el cerebro de Segundo. Experimentó una reaccion poética, y dilatando las fosas nasales para recojer la fragancia, exclamó:

—Ni juez, ní empleado en correos...Déjeme de eso, tio.

—No porfies, Clodio, dijo ágriamente el abogado. Este no quiere ser nada, nada, más que un solemne holgazan, y pasarse la vida echando borroncitos en papelitos... Ni más ni ménos. Allá van los cuartos de la carrera, todo lo que gasté; alla van el Instituto la Universidad, la pechera, el levitin, la botita flamante; y luego, cuando uno piensa que los tiene habilitados, vuelta á cargar sobre las costíllas de uno... á fumar y á comer á su cuenta... Sí señor... Yo tengo tres, tres hijos para gastarme y chuparme el jugo, y ninguno para darme ayuda... Así son estos señoritos... ¡vaya!

Segundo, parado y con las facciones contraidas, se retorcia la punta del bigotillo. Todos se detuvieron en la esquina de la plazoleta, como suele suceder cuando una plática se enzarza.

— No sé de dónde saca V. eso, papá... declaró el poeta. ¿Usted se figura que me he propuesto no pasar

de Segundo Garcia, el hijo del abogado? Pues se equivoca mucho. Ganas tendrá V. de librarse del peso que le hago; pero más aún tengo yo de no hacérselo

— ¿Y luego, á qué aguardas? El tio te está proponiendo mil cosas y no te acomoda ninguna. ¿Quieres empezar por Ministro!

El poeta dió nuevo tormento á su bigote.

— No hay que cansarse, papá. Yo haría muy mal empleado en correos y peor juez. No me quiero sujetar al ingreso en una carrera dada, donde todo esté previsto y marche por sus pasos contados... Para eso sería abogado como usted ó escribano como el tío Genday. Si realmente cogemos á D. Victoriano de buen talante, pídanle ustedes para mi cualquier cosa un puesto sin rótulo, que me permita residir en Madríd... Yo me las arreglaré después.

— Te las arreglarás... Sí, sí, bien hablas...

—Me girarás letritas, ¿eh? como tu hermano él de Filipinas... Pues sírvate de gobierno que no puedo.... que no robé lo que tengo, ni fabrico moneda.

—Si yo nada pido, gritó Segundo con salvaje cólera. ¿Le estorbo á V.? Pues sentaré plaza ó me largaré á América... Ea, se acabó.

—No, dijo el abogado calmándose... Siempre que no exijas más sacrificios...

—Ninguno... ¡así me muriese de hambre!

Abrióse la puerta del abogado: la vieja tía Gaspara, en refajos, hecha un vestiglo, salió á abrir; traía un pañuelo de algodón tan encima del rostro, que no se le distinguían las hurañas facciones. Segundo retrocedió ante aquella imágen de la vida doméstica.

—¿No entras? interrogó su padre.

—Voy con el tio Genday.

—¿Vuelves pronto?

—En seguida.

Tomó plazoleta abajo y explicó sus proyectos á Genday. Este, chiquitin y fosfórico de genio, se agitaba como una lagartija, aprobando. No le desagradaban á él las ideas de su subrino. Su cabeza activa y organizadora, de agente electoral y escribano mañero, admitia mejor los planes vastos que la cabeza metódica del abogado García. Quedaron tío y sobrino muy conformes en el modo de beneficiar el influjo de don Victoriano. Charlando así, llegaron á casa de Genday, y la criada de éste, mocita guapa, le abrió la puerta con toda la zalamería de una fámula de solterón incorregible. En vez de volverse á su domicilio, Segundo, preocupado y exitado, bajó á la carretera, se detuvo en el primer soto de castaños, y sentándose al pié de una cruz de madera que allí dejaron los jesuitas durante la última mision, se entregó al pa-

satiempo inofensivo de contemplar los luceros, las constelaciones y todas las magnificencias siderales.

IV

DURANTE las pesadas siestas de Vilamorta, mientras los agüistas digerian sus vasos de agua mineral y compensaban la madrugona con un letargo reparador, los músicos aficionados de la banda popular ensayaban las piezas que pronto ejecutarian reunidos. De la tienda del zapatero salían trinos melancólicos de flauta: en la del panadero resonaban briosas y marciales notas de cornetin: en el estanco gemía un clarinete: por el almacen de paños vagaban los ahogados suspiros de un figle. Los que así se consagraban al culto de Euterpe eran dependientes de comercio, hijos de familia, el elemento jóven de Vilamorta. Semejantes fragmentos de melodía brotaban con penetrante sonoridad de entre la perezosa y cálida atmósfera. Cuando se esparció la nueva de que dentro de veinticuatro horas llegaba D. Victorano Andrés de la Comba y su familia, para salir inmediatamente á las Vides, estaba la charanga sumamente afinada y acorde ya, dispuesta á atronar con tandas de valse, *dancitas* y pasos dobles los oídos del insigne varón.

Notosé en la villa movimiento desacostumbrado. La casa de Agonde se abrió, ventiló y barrió, saliendo por sus ventanas nubes de polvo: la hermana de Agonde se asomó poco después, peinada en flequillo y con un collar de caracoles nacarados. El ama del cura de Cebre, guisandera famosa, daba vueltas en la cocina, y se oía el sonsonete del almirez y el chirriar del aceite. Dos horas antes de las cinco, á que llega el coche de Orense, miden ya la plaza las notabilidades calificadas del partido combista-radical, y Agonde espera en el umbral de su botica, habiendo sacrificado á la solemnidad de la ocasión su clásico gorro y chinelas de terciopelo, y luciendo botas de charol y levita inglesa, que le hace parecer más corto de cuello y más barrigudo.

Entraba el coche de Orense por la parte del soto, y al resonar sus cascabeles y campanillas, el trote de sus ocho mulas y jacos y el carranqueo de su pesada mole, los vecinos de Vilamorta se colgaron de los balcones, se asomaron á los portales; sólo la botica reaccionaria permaneció cerrada y hóstil. Al desembocar el gran armatoste en la plaza, agitáronse los grupos, varios chiquillos descalzos, treparon al estribo pidiendo un ochavo en plañídera voz; las fruteras de los soportales se incorporan para mejor ver, y únicamente Cansín el tendero de paños, con las manos metidas

en los bolsillos y en babuchas, prosiguió recorriendo su almacen de arriba abajo, afectando olímpica indiferencia. Refrenó el mayoral el tiro, diciendo en tono conciliador á una mula resabiada:

—Eeeeeeh... Bueno ya, bueno ya, Canóniga...

Estalló la charanga, formada ante el ayuntamiento en ensordecedor preludio y el primer cohete salió pitando, despidiendo chispas... Lanzóse el grupo en masa hácia la portezuela para ofrecer la mano, el brazo cualquier cosa...Y bajaron trabajosamente una señora gruesa, un cura con las sienes abrigadas por un pañuelo de algodón á cuadros... Agonde, con más risa que enojo, hizo señas á la charanga y á los coheteros de que cesen en su faena.

—¡No víene aún! ¡No viene aún! gritaba. En efecto, no traía más gente el ómnibus. El mayoral se deshizo en explicaciones.

—Vienen ahí, á dos pasos, como quien dice... En el coche del conde de Vilar... En la carretela... Por causa de la señora... Yo aquí traigo el equipaje... Y pagaron los asientos como si los ocupasen...

No tardó en escucharse el trote acompasado y gemelo del tronco del conde de Vilar, y la carretela descubierta, de arcáica forma, penetró majestuosamente en la plaza. Recostábase en el fondo un hombre envuelto, á pesar del calor, en un abrigo de pa-

ño: á su lado una mujer con impermeable de dril gris destacaba sobre el puro azul del cielo el ala caprichosa de su sombrero de viaje. En el asiento delantero, una niñ.. como de diez años, y una *mademoiselle*, especie de aya-niñera ultrapirenáica. Segundo que al llegar la diligencia se había quedado atrás, no aproximándose al estribo, esta vez anduvo menos reacio, y la mano que, cubierta con largo guante de Suecia se tendía pidiendo apoyo, encontró otra mano de presión enérgica y nerviosa. La señora del ministro miró con sorpresa al galan, le hizo un saludo reservado, y tomando el brazo que la brindaba Agonde, entró á buen paso en la botica.

Tardó más en bajarse el hombre político. Sorprendidos le miraban su partidarios. Había variado mucho desde su última estancia en Vilamorta — ocho ó diez años antes, en plena revolución.— Su pelo gris pizarra, más blanco en las sienes, realzaba la amarillez de la piel; amarillo también y con estrías de sangre tenía lo blanco del ojo; y su semblante, arado y marchito, mostraba impresas en signos visibles las zozobras de la lucha social, las vicisitudes de la banca política y los sedentarios trabajos del foro. Su cuerpo estaba desgonzado, faltándole el aplomo, la actitud que revela el vigor físico. No obstante, cuando menudearon los apretones de manos, cuando los

tanto bueno... por fin... al cabo de los años mil... resonaron en torno con halagüeño murmullo, el gladíador exánime recobró fuerzas, se irguió, y una amable sonrísa dilató sus secos labios, prestando grata expresión á la ya severa boca. Hasta abrió los brazos á Genday, que se agitó en elllos con coleteos de anguila, y dió palmadícas en los hombros del alcalde. García el abogado trataba de hacerse visible y destacarse del grupo, murmurando con el tono grave de quien emite parecer sobre cosas muy peliagudas:

—Vaya, ahora arriba, arriba, á descansar; á tomar algo...

Por fin el remolino se aquietó subiendo á la botica el personaje, y tras él García, Genday, el alcalde y Segundo.

En la salita de Agonde tomaron asiento, dejando respetuosamente á D. Victoriano el sofá de rep grosella, y formando en torno suyo un semicírculo de sillas y butacas. A poco rato aparecieron las señoras ya sin sombrero, y entónces pudo verse que la de Comba era linda y fresca, pareciendo mas que madre hermana mayor de la niña. Esta, con su copiosa mata de pelo tendida por la espalda, su seriedad de mujercita precoz, tenía aspecto triste, de arbolillo ético; mientras su mamá, rubia risueña, ostentaba gran lozanía. Hablóse del viaje, de las feraces orillas

del Avieiro, del tiempo, del camino; la conversación enfriaba, cuando entró oportunamente la hermana de Agonde, precediendo al ama del cura, cargada con dos enormes bandejas donde humeaban jícaras de chocolate, pues de cena no entendian los huéspedes. Con depositarlo sobre el velador, servirlo, repartirlo se animó la reunion. Los vilamortanos. encontrando asunto adecuado á sus facultades oratorias, empezaron á instar á los forasteros, á encomiar las excelencias de los manjares, y, llamando por su nombre de pila á la señora de Comba y agregando un cariñoso diminutivo al de la niña, se deshicieron en exclamaciones y preguntas.

—Nieves, ¿está el chocolate á su gusto?

—¿Acostumbra á tomarlo claro ó espeso?

—Nieves, este pellizco de bizcocho maimon por mí: es una cosa superior, que sólo acá sabemos hacer.

—Victoriniña, vamos, á perder la vergüenza: esta manteca fresca sabe mucho con el pan caliente.

—¿Un pedacito de esponjado tostado? ¡Ajajá! De esto no hay por Madrid, ¿he?

—No, contestaba la voz clarita y remilgada de la niña... En Madrid tomábamos con el chocolate buñuelos y churros.

—Aquí no se estilan buñuelos, sino bizcochitos...

De esto de encima, de lo dorado... Eso no es nada: un pajarito lo pica...

Terció en el debate D. Victoriano, encareciendo el pan: él no podía comerlo; se lo habian prohibido en absoluto, pues su enfermedad le vedaba las féculas y los glútenes, hasta el extremo de que solían enviarle de Francia unas hogazas preparadas *ad hoc*, sin ningun elemento glucogénico; y al decir esto, volvióse hacia Agonde, que aprobó, mostrando entender el terminillo. Y sentía doblemente don Victoriano la veda, porque nada encontraba comparable al pan de Vilamorta: mejor en su género que el bizcocho, sí señor. Reíanse los vilamortanos, muy lisonjeados en su amor propio; más García, meneando sentenciosamente la cabeza, explicó que ya el pan decaía; que no era como en otros tiempos, y que sólo el *Pellejo*, el panadero de la plaza, lo amasaba á conciencia, teniendo la santa cachaza de escoger el trigo grano por grano, y no admitir ninguno picado del gorgojo; así resulba tan sabroso el mollete y con tanta liga. Se discutió si debía ó no tener ojos el pan, y si caliente era indigesto.

Don Victoriano, reanimado por estas mínimas vulgaridades, hablaba de su niñez de los zoquetes de pan untado con manteca ó miel que le daban de merienda; y al añadir que también solía su tío el cura

administrarle buenos azotes, volvió la sonrisa á suavizar las hundidas líneas de su rostro. Dulcificábase su fisonomia con aquella efusión, borrándose los años de combate y las cicatrices de las heridas, y luciendo un reflejo de la juventud pasada. ¡Qué ganas tenía de volver á ver en las Vides un emparrado del cual mil veces robara uvas allá de chiquillo!

—Aún las ha de robar usted ahora, exclamó festivamente Clodio Genday. Ya le diremos al señor de las Vides que ponga un guarda en la parra del Jaén.

Celebróse el chiste con hilaridad suprema, y la niña soltó su risilla aguda ante la idea de que robase uvas su papá. Segundo no hizo más que sonreirse. Tenía los ojos fijos en D. Victoriano y pensaba en su destino. Repasaba toda la historia del personaje; á la edad de Segundo era también D. Victoriano un oscuro abogaduelo, enterrado en Vilamorta, ansioso de romper el cascarón. Se habia ido á Madrid, donde un jurisconsulto de fama le tomó de pasante. El jurisconsulto picaba en político y D. Victoriano siguió sus huellas. ¿Cómo empezó á medrar? Espesas tinieblas en torno de la génesis. Unos decian *erres* y otros *haches*. Vilamorta se le encontró, cuando menos se percataba, candidato y diputado: ya frisaría por entónces en los treinta y cinco, y se exageraba su talen-

to y porvenir. Una vez de patitas en el Congreso, creció la importancia de D. Victoriano, y cuando vino la Revolución de Setiembre, le halló empinado asaz para improvisarle ministro. El breve ministerio no le dió tiempo á gastarse ni á demostrar especiales dotes, y, casi intacto su prestigio, le admitió la Restauración en un gabinete fusionista. Acababa de soltar la cartera y venía á reponer su quebrantada salud al país natal, donde su enfluencia era incontestable y robusta, gracias al enlace con la ilustre casa de Méndez de las Vides... Segundo se preguntaba si colmaria sus aspiraciones la suerte de D. Victoriano. Don Victoriano tenía dinero; acciones del Banco y de vías férreas, en cuyo consejo de administración figuraba el hábil jurisconsulto... Enarcó desdeñosamente las cejas nuestro versificador, y miró á la esposa del ministro: aquella gentil beldad no amaba, de seguro, á su dueño. Era hija del segundón de las Vides, un magistrado: se casaria alucinada por la posicion. ¡Vive Dios! El poeta no envidiaba al político. ¿Por qué se habria encumbrado aquel hombre? ¿Qué extraordinarias dotes eran las suyas? Difuso orador parlamentario, ministro pasivo, algo de capacidad forense..Total, una medianía...

Mientras elaboraba estas ideas el cerebro de Segundo, la señora de Comba se entretenía en desmenu-

zar los trajes y fachas de los presentes. Analizó, con los ojos entornados, todo el atavío de Cármen Agonde, embutida en un corpiño azul fuerte, muy justo, que arrebataba la sangre á sus mejillas pletóricas. Bajó después la burlona ojeada á las botas de charol del farmacéutico, y volvió á subir hasta los dedos de Clodio Genday, eulotados por el cígarro, y el chaleco de terciopelo á cuadritos morados y blancos del abogado García. Por último se posó en Segundo, investigando algún pormenor de indumentaria. Pero la rechazó como un escudo otra mirada fija y ardiente.

V

AGONDE madrugó y bajó temprano á la botica, dejando á sus huéspedes entregados al sueño, y á Cármen encargada de meterles, apenas se bullesen, el chocolate en la boca. Quería el boticario gozar del efecto producido en el pueblo por la estancia de don Victoriano. Recostábase en el diván de gutapercha, cuando vió cruzar á *Tropiezo*, caballero en su parda mulita, y le holeó:

—Hola, hola...¿A dónde se va tan de mañana?

—A Doas, hombre... Me hace falta todo el tiempo. Y al afirmarlo, el médico se apeaba, atando su montura á una argolla incrustada en la pared.

—¿Es tan apurada la cosa?

—¡Tssss! La vieja, la abuela de Ramón el dulcero... Sí dice que ya está sacramentadiña.

—¿Y le mandan el recado ahora?

No: si ya fuí ayer... y le puse dos docenas de sanguijuelas que sangraron á tutiplén... Parecia un cabrito... Quedó muy débil, hecha una oblea... Puede que si en vez de sanguijuelas le doy otra cosa que pensaba...

—Vamos, un *tropiezo*, interrumpió Agonde maliciosamente.

—En la vida todos son tropíezos... repuso el médico encog iéndose de hombros. ¿Y por arriba? añadió mirando al techo.

—Como príncipes... roncando.

—¿Y. .. él... qué tal? silabeó D. Fermín bajando la voz.

—¿El? pronunció Agonde imitándole.,.Así... así.. ¡algo viejo! Con mucho pelo blan co...

—Pero, luego qué tiene, vamos á ver? Porque estar, está enfermo.

—Tiene... una emferme dad nueva, muy rara. de las de última moda... Y Agonde sonreia pícarescamente.

—¿Nueva?

Agonde entornó los ojos, pegó la boca al oído de

Tropiezo y articuló dos palabras, un verbo y un sustantivo.

—...azúcar.

Soltó Tropiezo fuerte risotada; de pronto se quedó muy serio y se frotó repetidas veces la nariz con el dedo índice.

—Ya sé, ya sé, declaró enfáticamente... Hace poco que leí de eso... Se llama...aguarde, hom...*di*... *diabetes sacarina*, que viene de *sácaro*, azúcar... y de... ¡Justamente las aguas de aquí y otras de Francia son las únicas para curar ese mal! Si bebe unos vasitos de la fuente, tenemos hombre.

Emitía *Tropiezo* su dictámen apoyándose en el mostrador, sin acordarse ya de la mulita, que pateaba á la puerta. Guiñando un ojo, preguntó de repente:

—Y la señora ¿qué dice del mal del marido?

—¡Qué ha de decir, hombre! No sabrá que es de cuidado.

Una mueca de indescriptible y grosera burla metamorfoceó la cara inexpresiva del médico; miró á Agonde, y ahogando otra explosión de risa, dijo:

—La señora... ¡Si que la señora no lo sabrá! ¿Usted leyó los síntomas del mal? Pues justamente...

—¡Chsst! atajó furioso el boticario. Toda la familia Comba hacia irrupción en la botica por el postigo

del portal. Madre é hija formaban lindo grupo, ambas de enormes pamelas de paja tosca, adornadas con un lazo colosal del lanilla color fuego; sus trajes de tela cruda, bordados con trencilla roja, completaban lo campestre del atavio, semejante á un ramillete de amapolas y heno. Colgábale á la niña su rica mata de pelo oscuro, y á la madre se le embrollaban las crenchas rubias bajo la sombra del ala del sombrero. No llegaba Nieves guantes, ni en su tez se veían rastros de polvo de arroz, ni de otros artificios de tocador, imputados iujustamente por las provincianas á las madrileñas: al contrario, se notaban en las rosadas orejas y cuello señales de enérgico lavatorio y fricciones de tohalla. En cuanto á D. Victoriano, la luz matinal revelaba mejor la devastación de su semblante. No estaba, conforme al dicho de Agonde, viejo: lo que allí se advertía era la virilidad, pero atormentada, exhausta, herida de muerte.

—¡Jesús, María! Ustedes han tomado chocolate? preguntaba Agonde confuso.

—No, amigo Saturnino... ni lo tomamos, con permiso de V., hasta volver... No pase V. cuidado por nosotros... Victorina le ha saqueado á V. la alacena el aparador...

Entreabrió la niña un pañuelo que llevaba atado por las cuatro puntas, descubriendo una hacina de pan, bizcocho y queso del país.

— Al menos les bajaré un queso entero... Iré á ver si hay pan fresco de ahora mismito...

No quería D. Victoriano; por Dios, que no le quitasen el gusto de irse á desayunar á la alameda de lás aguas, igual que de muchacho. Agonde observó que no eran sanos para él tales alimentos; y al oirlo *Tropiezo*, se rascó una oreja y murmnró con escéptico tono:

—Bah, bah, bah . . . Le son cosas de ahora, novedades... Lo sano para el cuerpo ¿se hacen de cargo? es lo que el cuerpo pide y reclama... Si al señor le apetece el pan... Y para su enfermedad, señor D. Victoriano, ya no hay como estas aguas. No sé á qué va la gente á dar cuartos á los franchutes cuando aquí tenemos cosas mejores.

El ministro miró á *Tropiezo* con vivo interés. Acordábase de su última consulta á Sánchez del Abrojo y del fruncimiento de labios con que el docto facultativo le habia dicho: «Yo le mandaria á V. á Carlsbad ó á Vichy . . . pero no siempre están indicadas las aguas . . . A veces precipitan el curso natural de las afecciones . . . Descansar algún tiempo y observar régimen: veremos como vuelve V. en Otoño . . . » ¡Qué diablo de cara tenia Sánchezdel Abrojo al hablar así! Una fisonomia reservada, de esfinge. La afirmación explícita de *Tropiezo* despertó en D. Victoriano

tumultuosas esperanzas. Aquel practicón de aldea debía saber mucho por experiencia: más acaso que, que los orondos doctores cortesanos.

—Vamos, papá, suplicaba la niña tirándole de la manga.

Emprendieron el camino. Vilamorta, madrugadora de suyo, vivia más activamente entónces que por la tarde. Abiertas se hallaban las tiendas; colmados los cestos de las fruteras, Cansin, media su almacen con las manos en los bolsillos, haciéndose el desentendido por no saludar á Angode ni reconocer su triunfo; el Pellejo, muy enharinado, regatea con tres panaderos de Cebre, que le pedian trígo del bueno; Ramón el de la dulceria tableteaba sobre el mostrador con un gran tablero lleno de llbras de chocolote, y antes que se enfriasen del todo las marcaba con un hierro rápidamante.

Era despejada la mañanita, y ya picaba más de lo justo el sol. La comitiva, engrosada con García y Genday, se internó por huertecillas y maizales hasta el ingreso de la alameda. Exhaló D. Víctoriano una exclamación de júbilo. Era la misma hilera doble de olmos, alineada sobre el río, el espumante y retozón Avieiro, que se escurría á borbotones, en cascaduelas mansas, con rumor gratísimo, besando las peñas gastadas y lisas por el roce de la corriente. Reconoció los

espesos mimbrerales; recordó todo el *saudoso* ayer, y, conmovido, se apoyó en el parapeto de la alameda. Encontrábase el lugar casi desierto; media docena, á lo sumo, de mustios y biliosos agüistas, daban vueltas por él con lento paso, hablando en voz queda de sus padecimientos, eructando el bicarbonato de las aguas. Nieves reclinada en un banco de piedra, contemplaba el río. La niña la tocó en el hombro.

—Mamá, el chico de ayer.

A la otra orilla; sobre un peñasco, estaba de pié Segundo Garcia, distraido, con su sombrero de paja echado hácia atrás y la mano puesta en la cadera, sin duda para guardar el equilibrio en tan peligrosa posicion, Nieves riñó á la chiquilla.

—No seas tontita, hija.... Me has dado un susto.... Saluda á ese señor.

—Es que no mira... ¡Ah! ya miró... Salúdale tú, mamita,.. Se quita el sombrero... va á resbalar,.. ¡Quiá! Ya está en sitio seguro...

D. Victoriano bajaba los escalones de piedra que conducian á la fuente míneral. En pobre gruta moraba la náyade: un cobertizo sustentado en toscos postes, una estrecha pila de donde rebosaba el manantial, unas pocilgas inmundas para los baños, y un fuerte y nauseabundo olor á huevos podridos, causado por el estancamiento del agua sulfurosa, era

cuanto allí encontraba el *turista* exigente. Sin embargo, á D. Victoriano se le inundó el alma de purísimo gozo. Cifraba aquella náyade la mocedad, la la mocedad perdida: los años de ilusiones, de esperanzas frescas como las orillitas del rio Avieiro, ¡Cuántas mañanas habia venido á beber de la fuente por broma, á lavarse la cara con el agua que en el país gozaba renombre de poseer estupendas virtudes medicinales para los ojos! Don Victoriano alargó ambas manos, las sumió en la corriente tibia, sintiéndola con fruicion resbalar por entre sus dedos, y jugueteando con ella y palpándola como se palpan las carnes de un ser querido. Pero el cuerpo ondeante de la náyade se le escapaba lo mismo que se escapa la juventud: sin ser posible de tenerla. Entónces se despertó la sed del ex-ministro. Allí al lado, sobre el borde de la pila, habia un vaso; y el bañero, pobre viejo chocho, se lo brindó con sonrisa idiota. Bebió D. Victoriano cerrando los ojos, con inexplicable placer, saboreando el agua misteriosa, encantada por las artes mágicas del recuerdo. Apurado el vaso, enderezóse y subió con paso firme y elástico la escalera. En la alameda, Victoriana, que se desayunaba con pan y queso, quedó asombrada cuando su padre, jovialmente, la cogió del regazo un zoquete de pan diciéndola:

—Todos somos de Dios.

VI

Casi tanto como la llegada de don Victoriano, alborotó á Vilamorta la del señor de las Vides, en persona acompañado de su mayordomo Primo Genday. Ocurrió este suceso memorable la tarde del dia en que don Victoriano infringió las prescripciones de la ciencia, comiéndose media libra de pan tierno. A las tres, con un sol de justicia, entraron por la plaza Genday el mayor y Méndez, caballero éste en una poderosa mula, y aquél en un mediano jaco.

Era el señor de las Vides viejecito, seco lo mismo que un sarmiento. Sus mejillas primorosamente rasuradas, sus lábios delgados y barba y nariz aristocráticamente puntiagudas, sus ojos benévolos, maliciosos, con las mil arrugas de la pata de gallo, su perfil inteligente, su cara lampiña, pedian á gritos la peluca de bucles, la bordada chupa y la tabaquera de oro de los Campomanes y Arandas. Con su fisonomía afilada y sutil, contrastaba la de Primo Genday. Tenía el mayordomo el color blanco y sonrosado, la piel fina y transparente de los hemiplégicos, bajo la cual se ramifican inyectadas venas. De sus verdosos

ojos, el uno estaba como sujeto al párpado lacio y colgante, y el otro giraba, humedecido, con truhanesca vivacidad. El pelo, blanco de plata, muy rizoso, le daba un parecido remoto con el rey Luis Felipe, tal cual conserva su efigie el cuño de los napoleones.

Mediante una combinacion frecuente en los pueblos chicos, Primo Genday y su hermano Clodio militaban en opuestos bandos políticos, poseyendo en el fondo una sola voluntad y caminando á idénticos fines. Clodio se significaba entre los radicales: Primo era el sostén del partido carlista, y en los casos de apuro, en las electorales lides, se daban la mano por encima de la tapia. Al resonar sobre la acera el trote del jaco de Primo Genday, abriéronse los balcones de la botica reaccionaria y dos ó tres manos se agitaron en señal de bienvenida cariñosa. Primo se detuvo y Méndez continuó su ruta hasta llegar al portal de Agonde, echando allí pié á tierra.

Le recibieron los brazos de D. Victoriano y se perdió en las honduras de la escalera. La mula se quedó atada en la argolla, pateando á más y mejor, mientras los curiosos de la plaza consideraban con respeto los arcáicos jaeces del hidalgo, claveteados de plata sobre el labrado cuero, ya relucíente por el uso. Poco á poco fueron reuniéndose con la mula indivi-

duos de la raza asinina y caballar, conducidos del diestro, y la gente los distribuyó con mucho tino. El jaco castaño del alguacil, de buena estampa, con su galápago y su cabezada de seda, sería para el ministro: de seguro. La borrica negra, con jamúa-sillón de terciopelo rojo, quién duda que para la señora. A la niña le darían la otra pollina blanca y mansita. El burro del alcalde, para la doncella. Agonde iría en su yegua de costumbre, la *Morena*, con más esparavanes en los converjones que cerdas en la cola. A todo esto, los radicales, García, Clodio, Genday, Ramón, examinaban las cabalgaduras y el estado de los aparejos, calculando cuantas probabilidades de éxito ofrecía la tentativa de llegar á las Vides antes del anochecer. El abogado meneaba la cabeza, diciendo enfática y sentenciosamente:

—Mucha, mucha calma se están dando para eso...

—¡Y le traen á D. Victoriano el caballo del aguacil! exclamó el estanquero: *¡Rinchón* como un demonio! Va á armarse aquí un Cristo... Tú, Segundo, ¿cuándo lo montaste... te hizo algo?

—A mí, nada... Pero es alegre.

—Verás, veras.

Los viajeros salían ya y comenzó á disponerse la cabalgata. Las señoras se afianzaron en sus jamúas y los hombres se asentaron en los estribos. Entónces

se presentó el drama anunciado por el estanquero, con grave escándalo y mayor retraso de la comitiva. No bien hubo olfateado el jaco del alguacil una hembra de su raza, empezó á sorber el aire todo descompuesto, exhalando apasionados relinchos. Don Victoriano recogió las bridas, pero el rijoso animal ni aun sentia el hierro en la boca, y encabritándose primero y disparando después valientes coces y revolviendo por último la cabeza para morder el muslo del jinete, hizo tanto que D. Victoriano, algo descolorido, tuvo por prudente apearse. Agonde, furioso se bajó también.

—¿Pero qué condenado de caballo es ese? gritó. A ver, pedazos de brutos... ¿Quién os manda traer el caballo del alguacil? ¡Parece que no sabéis que es una fiera! Usted... Alcalde... ó usted, García... pronto.... la mula de Requinto, que está á dos pasos.... Señor D. Victoriano, lleve usted mi yegua... Y ese tigre, á la cuadra con él.

—No, le objetó Segundo... Yo lo montaré, ya que está ensillado. Iré hasta el crucero.

Dicho y hecho: Segundo, provisto de una vara fuerte, cogió al jaco por las crines de la cerviz y de un salto estuvo en la silla. En vez de apoyarse en el estribo, apretó los muslos, mientras sacudia una lluvia de tremendos varazos sobre la cabeza del animal.

Este, que ya se iba á la empinada, soltó un relincho de dolor, y bajó los humos, quedándose quieto, trémulo y domado. La cabalgata se puso en movimiento así que llegó la mula de Requinto, no sin previos apretones de mano, sombreradas y hasta un *¡viva!* vergonzante, salido no sé de dónde. Tomó el cortejo carretera adelante, abriendo la marcha la yegua y mulas y quedándose atrás las borricas, á cuyo lado iba, honesto á puras vareadas, el jaco. Ya declinaba el sol, dorando el polvo de la carretera, prolongaban su sombra los castaños, y subía de la montaña un airecillo regalado, portador de la humedad del rio.

Segundo callaba. Victorina, contentisima de ir á lomos del borrico, sonreia, pugna en balde por tapar con el vestido las rótulas punti-agudas, que la tablilla del aparejo le obligaba á subir y descubrir. Nieves, reclinada en la jamúa, sostenia su sombrilla de encaje crudo con trasparente rosa, y al comenzar á andar, sacó del pecho un reloj sumamente chiquito y miró la hora que era. Momentos embarazosos. Por fin Segundo comprendió la necesidad de decir algo.

—¿Qué tal, Victorina? ¿Vamos bien?

Ruborizóse la niña extraordinariamente, como si le preguntasen cosas muy reservadas é íntimas, y dijo en ahogada voz:

—Sí, muy bien.

—¿A que prefería usted ir en mi caballo? Si no tiene usted miedo la llevo delante.

La niña, que ya no podia estar más sofocada, bajó los ojos sin contestar, pero la madre, con graciosa sonrisa, terció en el diálogo.

—Y diga usted, García, ¿por qué no tutea usted á á la chiquilla? La trata usted con un respeto... Va á figurarse que está ya de largo.

—Sin su permiso no me atreveré yo á tutearla.

—Anda, Victorina, dale permiso á este caballero...

Encerróse la niña en el invencible mutismo de las adolescentes, en quienes la sensibilidad exquisita y temprana produce una timidez extremadamente penosa. Sus labios sonreian, y sus ojos, al mismo tiempo, se arrasaron en lágrimas. *Mademoiselle* le dijo no sé qué en francés, con gran suavidad; y entretanto Nieves y Segundo, riéndose confidencialmente del episodio, tuvieron expéditos los caminos de la conversación.

—¿A qué hora le parece V. que llegaremos á las Vides?...¿Es bonito aquello?...¿Estaremos bien allí?.. ¿Como le sentará á Victoriano?...¿Que vida haremos?...¿Vendrá gente á vernos?... ¿Hay jardin?...

—Las vides es un sitio precioso, declaró Segundo ... Un sitio que tiene aspecto de antigüedad, aire así ...señorial. Me gusta la piedra de armas, y una parra magnífica, que cubre el patio de entrada, y las

camelias y limoneros de la huerta, que tienen porte de medianos castaños y la vista del rio, y sobre todo un pinar que habla y hasta canta..., no se ría V.... canta, si señora, mejor que la mayor parte de los cantantes de oficio. ¿No lo cree V.? Pues ya lo verá.

Nieves miró con gran curiosidad al mancebo, y después fingió mirar á otra parte, acordándose de la rápida y nerviosa presion de mano advertirda la víspera, al bajarse del carruaje. Por segunda vez en el espacio de breves horas, aquel muchacho la sorprendía. Nieves llevaba en Madrid una vida sumamente correcta, mesocrática, sin ningun incidente que no fuese vulgar. A misa y á tiendas por la mañana; por la tarde al Retiro ó á visitas; de noche, á casa de su padres, ó al teatro con su marido: por extraordinario algun baile ó cena en casa de los duques de Puenteancha, clientes de don Victoriano. Cuando éste obtuvo la cartera, exhibió poco á su mujer. Nieves recogió unos cuantos saludos más en el Retiro, en las tiendas los dependientes se manifestaron más obsequiosos; la duquesa de Puenteancha la hizo recomendaciones llamándola *monísima*, y á esto se redujeron para Nieves los placeres del ministerio. La venida á Vilamorta, al país pintoresco del cual tanto le había hablado su padre, fué un incidente nuevo en su existencia acompasada. Segundo le parecía un detalle ori-

ginal del viaje. La miraba y hablaba de un modo tan desusado..Bah, aprensiones. Entre aquel chico y ella, nada habia de común. Una relacion superficial, como doscientas que se encuentra uno á cada paso por ahí... ¿Con qué los pinos cantaban, eh? ¡Mal año para Gayarre! Y Nieves se rió afablemente, disimulando sus raros pensamientos, y continuó haciendo preguntas, á que respondia Segundo con expresivas frases. Acercábase la noche. De pronto la cabalgata, dejando el camino real, torció por una senda abierta entre pinares y montes. Al revolver de la vereda, apareció el crucero de piedra oscura, romántico, con sus gradas que convidaban á rezar ó á soñar sentimentales desvaríos. Agonde se paró allí, despidiéndose de la comitiva, y Segundo le imitó.

Conforme iba perdiéndose el repiqueteo de los cascabeles de las borriquillas, notó Segundo una inexplicable impresión de soledad y abandono, cual si de él se alejasen para siempre personas muy queridas ó que desempeñaban en su vida importantísimo papel. ¡Valiente necio! se dijo á sí mismo el poeta. ¿Qué tengo yo que ver cón esta gente, ni ella conmigo? Nieves me ha convidado á ir á las Vides á pasar unos dias *en familia*...¡En familia! Cuando Nieves vuelva á Madrid este invierno, dirá de mí:—Aquél chico del abogado, que conocimos en Vilamorta....

—¿Quién soy yo, qué puesto ocuparía en la casa? Enteramente secundario. ¡El de un muchacho á quién halagan porque su padre dispone de votos....!

Mientras cavilaba Segundo, el boticario se le acercaba, emparejando al fin caballo y mula. La claridad del crepúsculo mostró al poeta la plácida sonrisa de Agonde, sus bermejos carrillos repujados por el bigote lustroso y negro, su expresión de sensual bondad y epicúrea beatitud. ¡Envidiable condición la del boticario! Aquel hombre era feliz en su cómoda y limpia farmacia, con su amistosa tertulia, su gorro y sus zapatillas bordadas, tomando la vida como se toma una copa de estomacal licor, paladeada y digerida en paz y en gracia de Dios y en buena armonía con los demás convidados al banquete de la existencia. ¿Por qué no había de bastarle á Segundo lo que satisfacía á Agonde plenamente? ¿De dónde procedía aquella sed de algo que no era precisamente ni dinero, ni placer, ni triunfos, ni amoríos, y de todo tenía y todo lo abarcaba y con nada había de aplacarse quizás?

—Segundo.

—¿Eh? contestó volviendo la cabeza hacía Agonde.

—Chico ¿vas bien callado! ¿Qué te parece del ministro?

—¿Qué quieres que me parezca?

—¿Y la señora....? Vamos, que á esa la habrás reparado....¡Lleva medias negras de seda, cómo los curas! Al tiempo de subirse á la borrica....

—Voy á pegar un escape hasta Vilamorta. ¿Te animas, Saturno?

—¿Escapes en esta mula? ¡Llegaría con las tripas en la boca! Corre tú, sí te lo pide el cuerpo.

Cosa de media legua galoparía el jaco, instigado por la vara del jinete. Al aproximarse á la encañada del rio, Segundo lo puso otra vez al paso; un paso muy lento. Ya apenas se veía, y el frescor del Avieiro subía más húmedo y pegajoso. Segundo recordó que llevaba dos ó tres días sin poner los piés en casa de Leocadia. De seguro que la maestra se consumia, lloraba y le aguardaba á todas horas. Esta idea fué al pronto bálsamo para el espíritu ulcerado de Segundo ¡Le quería tanto Leocadia! ¡Era tan extraordinaria su alegría, tan vivas sus demostraciones al verle entrar! ¡La conmovian tanto las palabras y los versos del poeta! ¿Y á él por que no se le pegaba el entusiasmo? De un amor tan ilimitado y absoluto, Segundo no se habia dignado nunca recoger ni la mitad; y de las bellas caricias cantadas por la musa, elegía él para Leocadia las menos líricas, las menos soñadoras; asi como el dinero que llevamos en el bolsillo apartamos el oro y la plata, dejando para los pobres

importunos la calderilla, el ochavo mas roñoso. Segundo regateaba los tesoros de la pasion. Mil veces le sucedia, paseando por el campo, recojer en el sombrero cosecha de violetas, jacintos silvestres, ramas floridas de zarza mora; y al llegar al pueblo, arrojaba al rio las flores, por no llevárselas á Leocadia.

VII

L paso que distribuia la tarea á las niñas, diciendo á una: «Ese dobladillito bien derecho»; y á otra: «El pespunte más igual, la puntada mas menuda»; y á esta: «No hay que sonarse al vestido, sinó al pañuelo»; y á la de más allá: «No patees mujer, estate quietecita»; Leocadía volvia de tiempo en tiempo los ojos hácia la plazuela, por si á Segundo le daban ganas de pasar. Ni rastro de Segundo. Las moscas, zumbando, se posaron en el techo para dormir; el calor se aplacó; vino la tarde, y se marcharon las chiquillas. Sintió Leocadia profunda tristeza, y sin cuidarse de arreglar su habitacion se fué á su alcoba y se tendió sobre su cama.

Empujaron suavemente la vidriera, y entró una persona que pisaba muy blandito.

—Mamá, dijo en voz baja.

La maestra no contestó.

—Mamá, mamá, gritó con más fuerza el jorobado. ¡¡Mamá!! gritó por último.

—¿Eres tú? ¿Que te se ofrece?

—¿Estás enferma?

—No, hombre.

—Como te acostastes...

—Tengo así un poco de jaqueca.... Déjame en paz.

Dió media vuelta Minguitos, y se dirigió hácia la puerta silenciosamente. Al ver la proeminencia de su espinazo arqueado, sintió la maestra una punzada en el corazon. ¡Aquel arco le habia costado á ella tantas lágrimas en otro tiempo! Se incorporó sobre un codo.

—¡Minguitos!

—¿Mamá?

—No te marches.., ¿Qué tal estás hoy? ¿Te duele algo?

—Estoy regular mamá... Solo me duele el pecho.

¿A ver... acércate aquí?

Leocadia se sentó en la cama y cogió con ambas manos la cabeza, del niño, mirándole á la cara con el mirar hambriento de las madres. Tenía Minguitos la fisonomía prolongada, melancólica; la mandibula inferior, muy saliente, armonizaba con el ca-

rácter de desviación y tortura que se notaba en el resto del cuerpo; semejante á un edificio cuarteado, deshecho por el terremoto; á un árbol torcido por el huracán. No era congénita la joroba de Minguitos: nació delicado, eso sí, y siempre se notó que le pesaba el cráneo y le sostenian mal sus endebles piernecillas... Leocadia iba recordando uno por uno los detalles de la niñez... A los cinco años el chico dió una caida, rodando las escaleras; desde aquel dia perdió la viveza toda; andaba poco y no corría nunca; se aficionó á sentarse á lo moro, jugando á las chinas horas enteras. Sí se levantaba, las piernas le decian al punto: párate. Cuando estaba en pié sus ademanes eran vacilantes y torpes. Quieto, no notaba dolores, pero los movimientos de torsión le ocasionaban ligeras raquialgías. Andando el tiempo, creció la molestia: el niño se quejaba de que tenía como un cinturón ó aro de hierro que le apretaba el pecho entonces la madre, asustada ya, le consultó con un médico de fama, el mejor de Orense. Le recetaron fricciones de yodo, mucho fósfato de cal y baños de mar. Leocadia corrió con él á un puertecillo... A los dos ó trés baños, el mal se agravó: el niño no podía doblarse, la columna estaba rígida, y sólo en posición horizontal resistía el enfermo los ya agudos dolores. De estar acostado se llagó su epidermis; y una maña-

na en que Leocadia, llorosa, le suplicaba que se enderezase y trataba de incorporarle suspendiéndole por los sobacos, exhaló un horrible grito.

—¡Me he partido, mamá! ¡Me he partido! repetía angustiosamente, mientras las manos trémulas de la madre recorrían su cuerpo, buscando la *pupa*.

¡Era cierto! ¡Habíase levantado el espinazo, formando un ángulo á la altura de los omoplatos; las vértebras reblandecidas se deprimían, la *cifósis*, la joroba, la marca indeleble de eterna desventura, afeaba ya aquel pedazo de las entrañas de Leocadia! La maestra habia tenido un momento de dolor animal y sublime, el dolor de la fiera que ve mutilado á su cachorro. Habia llorado con alaridos, maldiciendo al médico, maldiciendose á si propía, mesándose el cabello y arañándose el rostro. Después corrieron las lágrimas, vinieron los besos delirantes, pero calmantes y dulces, y el cariño tomó forma resignada. En nueve años no hizo Leocadia más que cuidar á su *jorobadito* noche y día, abrigándole con su ternura, distrayendo con ingeniosas invenciones los ocios de su niñez sedentaria. Acudían á la memoria de Leocadia míl detalles. El niño padecía pertinaces disneas debidas á la presión, de la hundidas vértebras sobre los órganos respiratorios, y la madre se levantaba descalza á las altas horas de la noche, para oir sí

respiraba bien y alzarle las almohadas... Al evocar estos recuerdos sintió Leocadia reblandecérsele el alma y agitarse en el fondo de ella algo como los restos de un gran amor, cenizas tibias de un fuego inmenso, y experimentó la reacción instintiva de la maternidad, el impulso irresistible que hace á las madres ver únicamente en el hijo ya adulto, el niño que lactaron y protegieron, al cual darían su sangre si les faltase leche. Y exhalando un chillido de pasión pegando su boca febril de enamorada á las pálidas sienes del jorobadito, exclamó lo mismo que en otros días, acudiendo al dialecto como á un arrullo:

—*¡Malpocadiño!* ¿Quién te quiere?... dí, ¿quién te quiere mucho? ¿Quién?

—Tú no me quieres, mamá. Tú no me quieres, articulaba él semi risueño, reclinando la cabeza con deleite en aquel seno y hombros que cobijaron su triste infancia. La madre, entretanto, le besaba locamente el pelo, el cuello, los ojos—como recuperando el tiempo perdido; — prodigándole las palabras de azúcar con que se emboban los niños de pecho, palabras profanadas en horas de pasión, que ahora volvían al puro cauce maternal.

—Rico.... tesoro... rey... mi gloria...

Por fin sintió el jorobado caer una lágrima sobre su cutis. ¡Delicioso refresco! Al principio la gota de

llanto, redonda y gruesa, quemaba casi; pero fué esparciéndose, evaporándose, y quedó sólo en el lugar que bañaba una grata frescura. Frases vehementes se atropellaban en los labios de la madre y del hijo.

—¿Me quieres mucho, mucho, mucho? ¿Lo mismo que toda la vida?

—Lo mismo vidiña, tesoro.

—¿Me has de querer siempre?

—Siempre, siempre, rico.

—¿Me has de dar gusto, mamá? Yo te quería pedir...

—¿Qué?

—Un favor... ¡No me apartes la cara!

El jorobado notó que el cuerpo de su madre se ponía de repente inflexible y rígido, como si le hubiesen introducido un ástil de hierro. Dejó de advertir el dulce calor de los párpados humedecidos y el cosquilleo de las mojadas pestañas. Con voz algo metálica preguntó Leocadia á su hijo:

—¿Y qué quieres, vamos á ver?

Minguitos murmuró sin encono, resignado ya:

—Nada, mamá, nada... Si fué de risa,

—Pero entónces, ¿por qué lo decias?

—Por nada. Por nada, á fé.

—No tú por algo lo decías, insistió la maestra, agarrándose al pretexto para enojarse. Sino que eres muy disimulado y muy zorro. Todo te lo guardas en el bolsillito, muy guardado. Esas son lecciones de Flores: ¿piensas tú que no me hago de cargo?

Hablando así, rechazó al niño y saltó de la cama. Oyóse en el corredor, casi al mismo tiempo, un taconeo firme de persona jóven. Leocadia se estremeció, y tartamudeando:

—Anda, anda junto á Flores... ordenó á Minguitos. A mi déjame, que no estoy buena, y me aturdes más.

Venia Segundo un tanto encapotado, y después del júbilo de verle, se apoderó de Leocadia el afán de despejar las nubes de su cara. Primero se revistió de paciencia y aguardó. Después echándole los brazos al cuello, formuló una queja: ¿dónde había estado metido? ¿cómo había tardado tanto en venir? El poeta desahogó su mal humor: vamos, era cosa insufrible andar en el sequito de un personaje. Y dejándose llevar del gusto de hablar de lo que ocupaba su imaginación, describió á D. Victoriano, á los radicales, satirizó la recepción y el hospedaje de Agonde, explicó las esperanzas que fundaba en la protección del ex-ministro, motivó con ellas la necesidad de hacer á D. Victoriano la corte. Leocadia clavó en el rostro de Segundo su mirada canina.

—¿Y qué tal... la señora.., y la niña? ¿Dice que son muy guapas?

Segundo entornó los ojos para ver mejor dentro de si una imájen atractiva, encantadora, y reflexionar que en la existencia de Nieves él no desempeñaba papel alguno, siendo necedad manífiesta pensar en la señora de Comba, que no se acordaba de él. Esta idea, harto natural y sencilla, le sacó de tino. Sintió punzante nostalgia en lo inaccesible, ese deseo insensato y desenfrenado que infunde á un soñador, en los museos, un retrato de mujer hermosa, muerta hace síglos.

—Pero...¿son tanbonitas esas señoras? continuaba preguntando la maestra.

—La madre, si... contestó Segundo, hablando con la sinceridad indiferente del que domina á su auditorio.— Tiene pelo rubio ceniza, y unos ojos, azules, de un azul claro, que recuerdan los versos de Becquer... Y empezó á recitar:

. . . . . .

Tu pupila es azul, y cuando ríes
su claridad suave me recuerda...

Leocadia le escuchaba, al principío, con los ojos bajos, después, con el rostro vuelto hacia otra parte. Así que terminó la poesía, dijo en alterada voz, fingiendo serenidad:

—Te convidarian á ir á allá.

—¿A dónde?

—A las Vides, hombre. Dice que quieren tener gente para divertirse.

—Sí, me han convidado, instándome mucho... No iré. Se empeña el tío Clodío en que debo intimar con D. Victoriano, para que me dé luego la mano en Madrid y me abra camino... Pero hija, ir á hacer un triste papel, no me gusta. Este traje es el mejor que tengo, y es del año pasado. Si se juega al tresillo, ó hay que dar propinas al servicio... Y á mi padre no se le convence de eso... ni lo intentaré, líbreme Dios. De modo que no me verán el pelo en las Vides.

Al informarse de estos planes, el rostro de Leocadía se despejó, y levantándose radiante de satifacción, la maestra corrió á la cocina, Flores, á la luz de un candil, fregaba platos y tacillas, con airados choques de loza y coléricas fricciones de estropajo.

—Esa máquina del café, ¿la limpiastes?

—Ahora. ahora... respondió la vieja. No parece sino que es uno de palo, que no se ha de cansar... que lo ha de hacer por el aire todo...

—Daca, yo la limpiaré... Pon tú más leña, que ese fuego se está apagando y van á salir mal los *bistés*...Y diciendo y haciendo, Leocadia frotaba la maquinilla, desobstruía con una aguja de calceta el filtro, ponía á hervir en un puchero nuevo agua fresca, y cebaba la lumbre.

—¡Echa, echa leña! bufaba Flores. ¡Como la dan de balde!

No le hízo caso Leocadia, ocupada en cortar ruedecítas finas de patata para los *bistés*. Preparado ya lo que juzgó necesario, se lavó las manos de prisa y mal en la tinaja del vertedero, llena de agua sucia, irisada con grandes placas de crasitud. Corrió á la sala donde aguardaba Segundo, y no tardó Flores en traerles la cena, que despacharon sobre al velador. Hacia el café, Segundo fué mostrándose algo más comunicativo. Era aquel café el triunfo de Leocadia. Habia comprado un juego de porcelana inglesa, un bote de imitación de laca, unas tenacillas de *vermeil*, dos cucharillas de plata, y servia siempre con el café una licorera surtida de cumen, rom y anisete. Gozaba viendo á Segundo servirse dos tazas seguidas de café y paladear los licores. A la tercer copa de cumen, viendo al poeta afable y propicio, Leocadia le pasó el brazo alrededor del cuello. Retrocedió él bruscamente, notando con viva repulsión el olor á guisos y á perejil que impregnaba las ropas de la maestra.

Sucedia esto al punto mismo en que Minguitos dejaba caer al suelo los zapatos, y suspiraba, cubriéndose con la colcha. Flores, sentada en una sillita baja, empezaba á rezar el rosario. Necesitaba el enfermo, para dormirse, el maquinal arrullo de la voz

cascajosa que le traía de la mano el sueño, desde que le faltaba á la hora de acostarse la compañia de su mamá. Las *Avemarias y Gloria Patris*, mascullados mejor que pronunciados, iban poco á poco embotándole el pensamiento, y al llegar á la letanía entrábale el sopor, y, medio traspuesto, á duras penas contestaba á las atroces barbaridades de la vieja:

—*Juana celi*... Ora pro nobis... *Sal-es-enfirmórun*...nobis... *Refajos-pecadórun*... bis... *Consólate flitórun*... *sss*...

El niño respondía tan sólo con la respiración que pasaba desigual, intranquila, fatigosa, por entre sus dormidos labios... Flores apagaba despacito el velón de cuerda, descalzábase para no hacer ruido, y se retiraba pasito á pasito, apoyándose en la pared del comedor. Desde que Minguitos descansaba, no se oían estrépitos de loza en la cocina.

VIII

Hasta muy tarde no sopló el *Cisne* la palmatoria de latón donde la económica tía Gaspara le colocaba, siempre á regañadientes, una vela de sebo. Sentado á la exigua mesa, entre los revueltos libros, tenia delante un pliego de papel, medio cubierto ya de renglones desiguales, jas-

peado de borrones y tachaduras, con monticulos de arenilla y algún garrapato á trechos. Segundo no pegaría los ojos en toda la noche si no escribiese la poesía que desde el crucero le correteaba por la cabeza adelante. Sólo que, antes de coger la pluma, parecíale llevar la inspiración allí, perfecta y cabal, de suerte que con dar vuelta á la espita, brotaría á chorros: y asi que oprimieron sus dedos la pluma dichosa, los versos, en vez de salir con ímpetu, se escondian, se evaporaban. Algunas estrofas caían sobre el papel redondas, fáciles, remataditas por consonantes armoniosos y oportunos, con cierta sonoridad y dulzura muy deleitable para el mismo autor, que temeroso de perderlas, escribíalas al vuelo, en letra desigual; mas de otras se le ocurrían únicamente los dos primeros renglones ya caso el final, rotundo de gran efecto, y faltaba la rima tercera, era indispensable cazarla, llenar aquel hueco, ingerir el ripio. Deteníase el poeta, mirando al techo y buscando con las dientes un cabo del bigote para morderlo, y entonces la ociosa pluma trazaba, obedeciendo á automáticos impulsos de la mano, un sombrero tricornio un cometa, ó cualquier mamarracho por el estilo... Borradas á veces siete ú ocho rimas se resignaba al fin con la novena, ni mejor ni peor que las anteriores. Acontecía también que una sílaba importuna estro-

peaba un verso, y échese usted á buscar otro adverbio, otro adjetivo, porque si no... ¿Y los acentos? Si el poeta gozase del privilegio de decir, v. gr., *mi corazon* en vez de *mi corazón*, ¡sería tan cómodo rimar!

¡Malditas dificultades técnicas! El estro alentaba y ardia, á modo de fuego sagrado, en la mente de Segundo: pero en tratándose de que apareciese allí, patente, sobre las hojas de papel... Que apariciese expresando cuanto setia el poeta, condensando un mundo de sueños, una nebulosa psíquica... ¡Ahí es nada! Obtener la difícil conjunción de la forma y la idea, prender el sentimiento con los eslabones de oro del ritmo! ¡Ah, qué cadena tan leve y florida en apariencia y tan dura de forjar en realidad! ¡Cómo engaña la ingenua soltura, la fácil armonía del maestro! ¡Qué hacedero parece decir cosas sencillas, intimas, narrar quimeras de la fantasía y del corazón en metro suelto y desceñido, y cuán imposible es, sin embargo, para quien no se llama Becquer, prestar al verso esas alitas palpitantes, diáfanas y azules con que vuela la mariposa becqueriana!

Mientras el *Cisne* borra y enmienda, Leocadia se desnuda en su alcoba. Solia entrar en ella otras noches con la sonrisa en los labios, el rostro encendido, los ojos húmedos, entornados, las ojeras hundidas,

el pelo revuelto... Y esas noches tardaba en acostarse, se entretenia en arreglar objetos sobre la cómoda, y hasta se miraba al espejo de su vulgar tocador. Hoy tenía los lábios secos, las mejillas pálidas; acercóse á la cama, se desabrochó, dejó caer la ropa, apagó el quinqué y sepultó la cara en la frescura de las gruesas sábanas de lienzo. No queria pensar; queria olvidar y dormir solamente. Trató de estarse quieta. Mil agujas le punzaban el cuerpo: dió una vuelta buscando el sitio frio, luego otra, luego echó abajo las sábanas... Sentia inquietud horrible, gran amargor en la boca. En medio del silencio nocturno, oia los latidos desordenados del corazón; si se recostaba del lado izquierdo, el ruido la ensordecia casi. Intentó fijar el pensamiento en cosas indiferentes, y se repitió á sí misma mil veces, con monótona regularidad é insistencia:—Mañana es domingo... las niñas no vendrán.—Ni por esas se contuvo el bullir del cerebro y el ardor malsano de la sangre... ¡Leocadia tenia celos!

¡Dolor sin medida y sin nombre que expresa su crueldad! Hasta entonces la pobre maestra habia ignorado el contrapeso del amor, los negros celos, con su aguijón que se clava en el alma, su abrasadora sed que quema las fauces, su frio polar que hiela el corazon, su congoja impaciente que crispa los nervios...

Segundo apenas se fijaba en las muchachas de Vilamorta; en cuanto á las paisanas, no existian para él, ni por mujeres las tenia; de suerte que las horas de frialdad del *Cisne* achacábalas Leocadia á malos oficios de la musa... ¡Pero ahora! Recordaba la poesía *A los ojos azules* y el modo de recitarla. ¡Veneno eran aquellas estrofas de miel: sí, veneno y acíbar! Leocadia sintió acudir llanto á sus lagrimales y las lágrimas saltaron entre sollozos convulsivos, que sacudian el cuerpo y hacian crujir las maderas de la cama y susurrar la hoja de maíz del jergón. Ni por esas suspendió su actividad el caviloso cerebro. Indudablemente Segundo estaba enamorado de la señora de Comba; pero ella era una mujer casada... ¡Bah! En Madrid y en las novelas todas las señoras tienen amantes... Y además ¿quién resistirá á Segundo, á un poeta émulo de Becquer, jóven, guapo, apasionado cuando se le antojaba serlo.

¿Qué podia Leocadia contra esta gran catástrofe? ¿No valia más resignarse? ¡Ah! resignarse. ¡Pronto se dice! No, no; luchar y vencer por cualquiera medio. ¿Por qué le negaba Dios la facultad de espresar sus sentimientos? ¿Porqué no se habia puesto de rodillas delante de Segundo pidiéndole un poco de amor, pintándole y comunicándole la llama que la

consumia á ella el tuétano de los huesos? ¿Porqué quedarse muda cuando tantas cosas podia decir? Segundo no iría á las Vides. Mejor. Carecia de dinero Magnífico. No conseguirá destino alguno, ni se moveria de Villamorta. Mejor mejor, mejor..., ¿Y qué? si al fin Segundo no la amaba; si se desviaba de ella con un ademán que Leocadia estaba viendo todavía á oscuras, ó mejor dicho, á la extraña luz de la pasión celosa?

¡Qué calor, qué desasosiego! Leocadia se arrojó de la cama, dejándose caer al suelo, donde le parecía encontrar una frescura consoladora. En vez de alivio notó un temblor, y en la garganta un obstáculo, á modo de pera de ahogo atravesada allí, que no le permitia respirar. Quiso alzarse y no pudo: la convulsión empezaba y Leocadia contenía los gritos, los sollozos, las cabezadas por no despertar á Flores. Algun tiempo lo consiguió, más al fin venció la crisis nerviosa, retorciendo sin piedad los rígidos miembros, obligando á las uñas á desgarrar la garganta, al cuerpo á revolcarse. y á las sienes á batirse contra el piso...Vino después, precedido de frios sudores, un instante en que Leocadia perdió el conocimiento. Al recobrarlo se halló tranquila, aunque molidísima. Levantóse, subió á la cama de nuevo, se arropó y quedó anonadada, sin cerebro, sumida en reparador

marasmo. El grato sueño del amanecer la envolvió completamente.

Despertóse bastante tarde, no saciada de descanso, rendida y como atontada. Apenas acertaba á vestirse parecíale que desde la noche anterior habia transcurrido un año por lo menos; y en cuanto á su celosa cólera, á sus proyectos de lucha... Pero ¿cómo pudo ella pensar en cosas semejantes? Que Segundo fuese feliz, eso tan sólo importaba y convenía; que realizase sus altos destinos, su gloria... Lo demás era un delirio, una convulsion; una crisis pasajera, sufrida en horas que el alma amante no quiere solitarias.

Abrió la maestra la cómoda donde guardaba sus ahorros y el dinero para el gasto. No lejos de un monton de medias palpó un bolsillo, ya muy lácio y escueto. En él se contenian poco ha unos miles de reales, todo su peculio en metálico. Quedaban sobre treinta duros descabalados, y para eso debia un corte de merino negro á Cansín, licores al confitero y encargos á unas amigas de Orense. Y hasta Noviembre no vencian sus rentitas. ¡Brillante situacion!

Tras un minuto de angustia, causada por la pugna entre sus principios económicos y su resolución, Leocadia sé lavó, se alisó el pelo, se echó el vestido y el manto de seda, y salió. Por ser día de misa re-

corria mucha gente la calle, y el rajado esquilon de la capilla repicaba sin cesar. En la plaza animacion y bullicio. A la puerta de la botica de doña Eufrasia tres ó cuatro cabalgaduras clericales sufrian mal las impertinencias de las moscas y tábanos, volviendo á cada paso la cabeza con desapacible estrépito de ferraje, y mosqueándose los ijares con la hirsuta cola. Tampoco las fruteras, entre regateos y risas, descuidaban espantar los porfiados insectos, posados en el lugar donde la grieteada piel de las claudias y tomates descubria la melosa pulpa ó la carne roja. Más el verdadero cónclave mosquil era la dulceria de Ramon. Daba fatiga y náusea ver á aquellos bichos zumbar, tropezarse en la cálida atmósfera, prenderse las patas en el caramelo de las yemas, hacer despues esfuerzos penosos para libertarse del dulce cautiverio. Sobre una tarta de bizcocho, merenge y crema, que honraba el centro del escaparate, se arremolinaba un enjambre de moscas: ya no se tomaba Ramón el trabajo de defenderla, y el ejército invasor saqueaba á todo su talante: á orillas de la fuente yacían las moscas muertas en la demanda: unas desecadas y encogidas, otras muy espatarradas, sacando un abdómen blanquecino y cadavérico...

Leocadía pasó á la trastienda. Estaba Ramon en mangas de camisa, arremangado, luciendo su valien-

mente musculatura ya meneando un cazo para enfriar la pasta de azucarillo que contenía; después la fué cortando con un cuchillo candente, y el azúcar chilló al tostarse, despidiendo olor confortativo. El dulcero se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa.

—¿Qué queria, Leocadia? ¿Anisete de Brizar, eh? Pues se acabó. Tú, Rosa, ¿verdad que se acabó el anisete?

Vió Leocadia, en el rincon de la trastienda-cocina, á la mujer del dulcero, dando papilla á un mamón endeble. La confitera clavó en la maestra su mirada sombría de mujer histérica, y celosa, y exclamó con dureza:

—Si viene por más anisete, acuérdese de las tres botellas que tiene sin pagar.

—Ahora mismo las pago, respondió la maestra, sacando del bolsillo un puñado de duros.

—No, mujer, calle por Díos... ¿qué prisa corre? murmuró avergonzado el dulcero.

—Cobre Ramón, ande ya... Si justamente vengo á eso, hombre.

—Si se empeña... Maldito el apuro que tenia.

Marchóse Leocadia corriendo, ¡No acordarse de la confitera! ¿Quién le pedia nada á Ramon delante de aquella tigre celosa, que chiquita y débil como

era, acostumbraba á solfear al hercúleo marido? A ver si Cansín...

El pañero vendia, rodeado de paisanas, una de la las cuales se empeñaba en que una lanilla era algodon, que la restregaba para probarlo. Cansín, por su parte, la frotaba con fines diametralmente opuestos.

—Mujer, qué ha de ser algodón, que ha de ser algodón, repetía con su agria vocecilla, acercando, pegando la tela á la compradora. Parecia tan amostasado Cansin, que Leocadía no se atrevió á llamarle. Pasó de largo y aceleró el andar. Pensaba en su otro pretendiente, el tabernero... Mas de pronto recordó con repugnancia sus gruesos lábios, sus carrillos que chorreaban sangre... Y dando vueltas á cuantos expedientes podian sacarla del conflicto, le ocurrió una idea. La rechazó, la pesó la admitió... A paso de carga se dirigió al domicilio del abogado Garcia.

Al primer aldabonazo abrió la tia Gaspara. ¿Qué significativo fruncimiento de cejas y labios! ¡Qué repliegue general de arrugas! Leocadia, cortada y muerta de vergüenza, se mantenía en el umbral. La vieja, parecida á un vigilante perro, interceptaba la puerta, próxima á ladrar ó morder al menor peligro.

—¿Que quería? gruñó.

—Hablar con D. Justo. ¿Se puede? interrogó humildemente la maestra.

—No sé... veremos...

Y el vestiglo, sin más ceremonias, dió á Leocadia con la puerta en las narices. Leocadia aguardó. Al cabo de diez minutos un bronco acento le decía:

—Venga.

El corazón de la maestra bailó como si tuviese azogue, ¡Atravesar la casa en que había nacido Segundo! Era lóbrega y destartalada, fría y desnuda, según son las moradas de los avarientos, donde los muebles no se renuevan jamás y se apuran hasta la suma vetustez. Al cruzar un corredor vió Leocadia al traves de una entornada puertecilla alguna ropa de Segundo, colgada en la percha, y la reconoció, no sin cósquilleo en el alma. Al final del corredor tenía su despacho el abogado; pieza mugrienta, sobada, atestada de papelotes y libros tediosos y polvorientos por dentro y fuera. La tía Gaspara se zafó, mientras el abogado recíbia á la maestra de pie, en desconfiada y hostil actitud, preguntando con el severo tono de un juez:

—¿Y qué se le ocurre á V., señora doña Leocadia?

Fórmula exterior relacionada con otra interior:

—¡A que la bribona de la maestra viene á decirme qne se casa con el loco del rapaz y que los mantenga yo!

Leocadia fijó sus ojos abatidos en García, buscando en sus facciones secas y curtidas los rasgos de un amado semblante. Sí que se parecía á Segundo, salvo la expresión, muy diferente, cauta y recelosa en el padre, cuanto era soñadora y concentrada en el hijo.

—Señor D. Justo... balbució la maestra. Yo siento molestarle... Le suplíco no extrañe este paso... porque me aseguraron que V... señor, yo necesito un préstamo...'

—¡Dinero! rugió el abogado apretando los puños. ¡Me pide V. dinero!

—Sí señor sobre unos bienes...

—¡Ah! (transición en el abogado, que todo se afiojó y jexíbilizó). Pero ¡que tonto soy! Entre V., entre V., doña Leocadia, y tome asiento.., ¿Eh? ¿Está V. bien? Pues... cualquiera tiene un apuro... ¿Y qué bienes son? Hablando se entienden las gentes, mi señora... ¿Por casualidad la viña de la Junqueira y la otra pequeñita del Adro...? Estos años dan poco...

Debatieron el punto y se firmó la *obliga* ó pagaré. La tía Gaspara, inquieta, con paso de fantasma, ron-

daba por el corredor. Cuando salió su hermano y le dió algunas órdenes, se hizo varias cruces en la cara y pecho, muy de prisa. Bajó furtivamente á la bodega y tardó algo en subir y en vaciar sobre la mesa del abogado su delantal, de donde cayeron, envueltos en polvo y telarañas, cuatro objetos que rebotaron produciendo el sonido especial del dinero metálico. Los objetos eran una hucha de barro, un calcetín, una bota ó gato y un saquete de lienzo.

Aquella tarde le dijo á Segundo Leocadia:

—¿Sabes una cosa, corazón? Que es lástima que por traje ó por cualquier menudedencia así pierdas de colocarte y de conseguir lo que pretendes... Mira, yo tengo ahí unos cuartos que... no me hacen mucha falta. ¿Los quieres, eh? Yo te los daba ahora y tú después me los volvías.

Segundo se irguió con arranque sincero de pundonor y dignidad:

—No vuelvas á proponerme cosas por ese estilo. Admito tus finezas á veces por no verte llorar á lágrima viva. Pero eso de que me vistas y sostengas... Mujer, no tanto.

La muestra insistió amorosamente media hora más tarde, aprovechando la ocasión de encontrarse el *Cisme* algo pensativo. Entre él y ella no cabía *mio* ni *tuyo*. ¿Por qué reparaba en aceptar lo que le daban

con tan gran placer? Acaso dependia su porvenir de aquellos cuartos miserables. Con ellos podría presentarse decentemente en las Vides, imprimir sus versos ir á Madrid. ¡Ella sería tan dichosa viéndole tríunfar eclipsar á Campoamor, á Nuñez de Arce, á todos! ¿Y quién le privaba á Segundo de restituir, hasta con creces, el dinero?... Charlando así, echaba Leocadia en un pañuelo, anudado por las cuatro puntas, onzas y doblillas, centenes á granel, y lo entregaba al poeta, preguntándole con voz velada por el llanto:

—¿Me desairas?

Segundo cogió con ambas manos la basta y gruesa cabeza de la maestra, y clavando sus ojos en las pupilas que le miraban húmedas de felicidad inexplicable, pronunció:

—Leocadia... ¡Ya sé que tú eres la persona que más me ha querído en el mundo!

—Segundiño, vida... tartamudeaba ella fuera de sí.—No vale nada, mi rey... Conforme te doy esto... así Dios me salve... te daría sangre de las venas!

¿Y quién le diría á la tía Gaspara que varias onzas del calcetín, de la hucha, de la bota y del saco, volverían inmediatamente, á fuer de bien enseñadas y leales, á dormir, si no bajo las vigas de la bodega, al menos bajo el techo de D. Justo?

IX

La parra de las Vides, que tanto gusta á don Victoriano Andrés de la Comba, es de esas uvas gruesas conocidas en el país por *náparo* ó *Jaén*, uvas teñidas con los matices rojo claro y verde pálido, que dominan en los racímos de los bodegones flamencos. Cuelgan sus piñas en corimbo largo, con disimetría graciosa, rompiendo el tupido follaje. Derrama la parra sombra fresquísima, y contribuye á hacer apacible el lugar el hilo de agua que cae en tosca pila de piedra bañando las legumbres puestas á remojo.

Tiene la maciza casa aspecto de fortaleza: flanquean el cuerpo central dos torres cuadrangulares, con achaparrado techo y hondas ventanas: en mitad del edificio, sobre un largo balcón de hierro se destaca el gran escudo de armas con el blasón de los Méndez, cinco hojas de vid y una cabeza de lobo cortada y goteando sangre. Desde este balcón se domina la vertiente de la montaña y el curso del río; al costado de la torre hay una solana de madera que avanza sobre el huerto, y gracias á la exposición al

mediodía, florecen claveles de á onza en ollas viejas llenas de requebrajado terrón, y de cajoncillos de madera se desbordan rechonchas albahacas, plumas de Santa Teresa, cactos, asclepias y malvas: una flora requemada, crasa, árabe, de embriagadores perfumes. Por dentro, la casa se reduce á una série de salones dados de cal, con las vigas al descubierto, y casi sin muebles, excepto el central, llamado *del balcón*, alhajado con sillas depaja y respaldo de madera figurando una lira, época del imperio. Un espejo ya casi desazogado luce sobre el sofá su gran marco de ébano, con alegorías de dorado latón, que representando á Febo guiando su carricoche. El orgullo de las Vides no son los salones, sino la bodega, la inmensa candiotera oscura y sorda y fresca como una nave de catedral, con sus magnas cubas alineadas á ambos lados. Esta pieza sin rival en el Borde es la que enseña más ufano el señor de las Vides, y también su dormitorio que ofrece la singularidad de ser inexpugnable, por hallarse practicado en el grueso de la pared y no tener entrada sino por un pasadizo donde no cabe un hombre de frente.

No realizó nunca Méndez de las Vides el tipo clásico del mayorazgo ignorante, que firma con una cruz, tipo tan común en aquel país de tierra adentro. Méndez, al contrario, alardeaba de instruído y culto.

Escribía con letra correcta, junta y menuda, de viejo obstinado; leía bien, calándose las gafas, alejando el periódico ó el libro, recalcando las palabras, con reposada voz. Sólo que se habia estacionado su cultura en una época: la Enciclopedia, que su padre ya conocia tarde, y que á él llegó con un siglo de retraso. Leyó á Holbach, á Rousseau, á Voltaire y los catorce tomos dc Feijóo. Quedó adscrito y sellado; hasta en lo físico. En religión se hizo deista, sin dejar de ír á mísa y comer de pescado en Semana Santa: en política tomó vahos de regalismo. Sin embargo, desde la venida de don Victoriano, algún movimiento se produjo en las ya estratificadas ideas del hidalgo de las Vides. Gustóle aquello de la autonomía inglesa, la libertad individual, unida el con respeto á la tradición y la influencia civilizadora de las clases aristocráticas: série de importaciones sajonas más ó menos felices, pero á las cuales debía don ¡Victoriano su fortuna política. Discantando estas profundidades de ciencia social, pasábanse tío y sobrino largas horas, durante las cuales Nieves hacia labor, prestando oído por si en las piedras del sendero resonaba el trote de algún caballo; una visita, una distracción en su ociosa existencia.

Segundo, para bajar á las Vides, pidió el jaco endiablado, el del alguacil. Desde el crucero, el camino

se hacia clivoso y difícil. Lo interceptaban á trechos peñas muy lisas y resbaladizas, y el jinete se colgabe de las riendas, porque las herraduras se deslizaba arrancando chispas, y el animal, arrastrado por su peso, podía caerse. El terreno, calcinado por el sol, era quebradísimo; las casas, más que sentadas en firmes cimientos, parecian colgadas de las laderas, próximas á desprenderse y rodar al río, y el indispensable tiesto de claveles reventones, asomando y saliéndose casi por los balconcillos de madera, recordaba la flor que al desgaire se coloca en el pelo una gitana. A veces Segundo cruzaba un pinar; respiraba el olor balsámico de la resina, y pisaba una alfonbra de hojas secas que asordaba el golpe del casco de su montura: de repente, entre dos vallados aparecía un angosto sendero, orillado de zarzamora, digital y madreselva, y á menudo experimentaba Segundo la impresión de bienestar que causan á las horas de sol los toldos vegetales, y trotaba al amparo de un túnel de verdura, un emparrado alto sostenido en postes de piedra; viendo sobre su cabeza los racimos que ya negreaban y escuchando el alborotado pitío de los gorriones y el silbo estridente de los mirlos. Por las murallas tapizadas de musgo correteaban los lagartos Cuando se encontraban dos ó tres vereditas, Segundo refrenaba el caballo buscando la dirección de las Vi-

de preguntando á las mujeres que subían trabajosamente, arrastrando el cuerpo, cargadas con un coloño de leña de pino, ó á los chiquillos que retozaban á la puerta de las casas.

Allá abajo, muy profundo, corria el Avíeiro y visto desde la altura podía compararse á la hoja de acero que, blandida, culebrea y refulge. Enfrente la montaña, dende se escalonaban, á manera de gradas de colosal anfiteatro, hileras de paredones de sostenimiento para las viñas, construídos con piedra blancuzca, y las listas claras sobre el fondo verde hacían bizarra combinación, destacándose en ella el rojo tejado de algún palomar ó casa solariega, y en la cima del monte el verdor más sombrío de los pinares Ya veía Segundo á sus piés las tejas de las Vides. Descendió una cuesta más vertical que horizontal, y se halló delante del portalón.

Bajo la cepa estaban Victoriana y Nieves. Entreteníase la niña en saltar á la cuerda, y lo hacía con notable agilidad, á pies juntillas, sin moverse de un sitio, volteando la cuerda tan rápidamente, que fingía una especie de niebla en derredor de la elegante academia de la saltarina. Como los claros de la parra dejaban pasar grandes manchones de sol, á lo mejor se inundaba de luz el cuerpo de la chiquilla, radiaba su mata de pelo, sus brazos ó sus piernas desnudas,

pues sólo tenia una blusa azul marino, corta y sin mangas. Al divisar á Segundo dió un grito, soltó la cuerda y desapareció. En cambio Nieves, levántandose del banco donde trabajaba, con la sonrisa en los labios y algo encendida de sorpresa tendió la mano al recién venido, que se apeó prestamente del caballo.

—¿Y el señor don Victoriano? ¿cómo sigue?

—¡Ah! Por allí andaba, regular de salud; pero muy divertido con las faenas agrícolas, muy satisfecho... Y al decir ésto, tenía el rostro de Nieves la expresión distraída con que hablamos de cosas que nos interesan poco. Segundo observó que la señora del ministro reparaba en su atavio flamante, recien llegado de Orense; y por algun rato le mortificó la duda de si lo encontraria pretencioso ó ridículo, hasta el extremo de sentir no haber traído la ropa de todos los días.

—Ha asustado usted á Victorina, añadió Nieves riendo... ¿Dónde se habrá metido esa boba? De fijo que sólo se escondió porque estaba de blusa... Usted la trata como á una mujer y ella se pone insoportable. Venga usted...

Remangóse Nieves la bata de cretona blanca salpicada de capullos de rosa, y penetró intrépidamente en la cocina, que estaba al nivel del patio. En pos de los taconcitos Luis XV, que encubría el encaje bre-

tón de la enagua, recorrió Segundo varias piezas: cocina, comedor, *sala del rosario*, llamada así porque en ella lo rezaba con los criados Primo Genday, y por último, *sala del balcón*. Allí se detuvo Nieves exclamando:

—Los llamare por si están en la viña.

Y asomándose gritó:

—¡Tío! ¡Victoriano! ¡Tío!

Dos voces respondieron:

—¿Qué?... Allá vamos.

No hallando cosa oportuna que decir, Segundo callaba. Tranquila ya la conciencia con haber llamado á las personas formales, Nieves se volvió y dijo con la afabilidad de un ama de casa que conoce su obligación:

—¡Pero qué amable, qué amable ha sido usted! Hasta las vendimías no contábamos con que se animase á venir... Y ahora, que se acercan las fiestas... Tanto que pensaba ver á usted antes en Vilamorta, porque Victoriano se empeña en tomar las aguas quince días...

—Al hablar se respaldaba en la pared, y Segundo se azotaba con el latiguillo la punta de las botas. Del huerto subió la voz de Méndez.

—Nieves, Nieves... Que bajes, si te es igual.

—Con permiso de usted... Voy por una sombrilla.

Tardó poco en volver, y Segundo le ofreció el brazo.Bajaron al huerto por la solana, y entre los saludos de ordenanza, Méndez protestó contra la idea de que Segundo se volviese la misma tarde á Vilamorta.

—¡Hombre! !No faltaba más! ¡Coger calor dos veces en un día!

Y el señor de las Vides, aprovechando la coyuntura que jamás desperdicia un propietario rural, se apoderó del poeta, consagrándose á enseñarle al pormenor la finca. Explicábale al mismo tiempo sus empresas vitícolas. Había sido de los primeros á azufrar con fortuna, y empleaba abonos nuevos que acaso resolviesen el problema del cultivo. Hacía ensayos tratando de imitar con el vino común del Borde el Burdeos de pasto; de prestarle, con polvos de raíz de lirio, el *boupuet* la fragancia de los *caldos* franceses. Pero le salía al paso la rutina, el fanatismo según decía confidencialmente bajando la voz y poniendo una mano en el hombro de Segundo. Los demás cosecheros del país le acusaban de olvidar las sanas tradicciones; de adulterar el vino. ¡Cómo si ellos no lo compusiesen! Sólo que ellos lo hacían sirviéndose de drogas ordinarias, v. gr., campeche y yerba mora. Él se contentaba con aplicar los métodos racionales, los descubrimientos científicos, los

adelantos de la química moderna, proscribiendo el absurdo empleo de la pez en las corambres, pues si bien la gente del Borde alababa el dejo á pez en el vino, diciendo que la pez hacía beber otra vez, á los exportadores les repugnaba, con razón, aquel pegote. En fin, si Segundo quería ver las bodegas y los lagares...

No hubo remedio. Nieves se quedó á la puerta, temerosa de mancharse la bata. Así que salieron, se trató de registrar el huerto en detalle. Era también el huerto una série de paredones en gradería, sosteniendo estrechas fajas de tierra, y esta disposición del terreno daba á la vegetación exuberancia casi tropical. Camelios, pavíos y limoneros crecían libres, irregulares é indómitos, cargados de hoja, de fruta ó de flores. Abejas y mariposas revoloteaban y bullían libando, fecundándose, locas de contento y ébrias de sol. De paredón á paredón se bajaba por unas escalerillas difíciles. Segundo dió el brazo á Nieves y en la última grada se detuvieron para contemplar el río que corria allá muy abajo.

—Mire usted hacia allí, dijo Segundo, señalando á su izquierda una colina algo distante. Allí está el pinar... ¿A qué no se acuerda usted?

—Sí me acuerdo, respondió Nieves, guiñando, á causa del sol, sus azules ojos. El pinar que canta....

¡Mire usted cómo me acuerdo! Y diga usted, ¿sabe usted si hoy cantará? Porque de buena gana le oiría esta tarde.

—Si se levanta un poco de brisa... con la calma que reina, los pinos se estarán casi quietos y casi mudos. Y digo *casi*, porque del todo no lo estan nunca. Basta el roce de sus copas para que vibren de un modo especial y tengan un susurro...

—¿Y eso—preguntó Nieves en tono jocoso,—no sucede más que en el pinar de aquí ó es igual en todos?

—¿Quién sabe? respondió Segundo mirándola fijamente. Acaso el único pinar que cante para mi será el de las Vídes.

Nieves bajo la vista, y después echó una ojeada en derredor, como buscando á D. Victoriano y Méndez que estaban un escalon más arriba. Notó Segundo el movimiento, y con imperiosa descortesía dijo á Nieves:

—Subamos.

Reunióse á Méndez, y ya no se despegó de su lado hasta que pasaron al comedor, donde les aguardaban Genday y *Tropiezo*. La última á llegar fué la niña, muy púdica ya, con medias largas y traje de blanco piqué.

La mesa en que comían no estaba en el centro sí-

no en un costado del comedor; era cuadrilonga, y los convidados en vez de sillas tenian para sentarse dos bancos fronterizos, de ennegrecido noble. Los extremos de la mesa quedaban libres para el servicio. Sóbrio por instínto. Segundo reparó con sorpresa la inverosímil cantidad de alimentos que consumia don Victoríano, no sin advertir también que su rostro estaba más demacrado que nunca. A veces, el hombre político se detenía, porque un remordimiento le asaltaba.

—Estoy devorando.

Protestaba el anfitrión y *Tropiezo* y Genday, por turno, exponian doctrínas latas y consoladoras. La naturaleza es muy sábia, decía el señor de las Vides, que no olvidaba á Rosseau, y el que la obedece no puede errar. Primo Genday, glotón como todos los pletóricos, añadía con cierta teológica unción; para que el alma esté dispuesta á servir á Dios, hay que atender primero á las justas exigencias del cuerpo. *Tropiezo*, por su parte, sacaba el labio inferior, negando la existencia de ciertas enfermedades novísimas. Toda la vida hubo personas que padeciesen de la orina y jamás se les privó el comer y beber, al contrario. Por lo mismo que la enfermedad desgasta, hay que nutrirse, Fácilmente se dejaba persuadir D. Victoriano. Aquellos manjares de otros tiempos,

aquellas anticuadas vinagreras *milagrosas* de donde por un tubo salía el aceite y el vinagre por otro sin confundirse jamás aquel inmenso mollete colocado á guisa de centro de mesa, eran otros tantos arcaismos encantadores para él, que le recordaban horas felíces, años límbicos de la existencia. A los postres, cuando Primo Genday, sofocado aún por una discusion política en que calificó de *incircuncisos* á los liberales, se puso de repente muy grave y empezó á rezar el *Padre nuestro,* el ministro, racionalista añejo ya, sorprendióse de la devoción con que sus labios murmuraron: El pan nuestro de cada dia... ¡Caramba estas cosas de cuando era uno jóven!... D. Victoriano revivía al contacto de sus desvanecidas mocedades. Hasta se le venian á las mientes recuerdos de noviazgos efímeros, de amorcíllos de quince dias con señoritas del Borde, que á la hora presente debian ser apergaminadas solteronas ó respetables madres de familia. ¡Valiente necedad!... El ex-ministro rechazó la servilleta y se levantó.

—¿Usted duerme la siesta? preguntó á Segundo.

—No, señor.

—Yo tampoco. Venga V. y fumaremos un cigarro.

X

SENTÁRONSE en la sala, cerca del balcon, en dos mecedoras traídas de Orense. Del huerto y de las viñas subía una tranquilidad perezosa, un silencio tan absoluto, que podia oirse el choque mate de las pavías maduras al desprenderse de la rama y dar en tierra seca. Olores á fruta y á miel entraban por el balcón entreabierto. Por la casa no rebullía nadie.

—¿Una breva de recibo?

—Mil gracias...

Restalló el fósforo, y Segundo se meció imitando á D. Victoriano. El cadecioso balanceo de las mecedoras, la soñolienta paz del sitio, todo convidaba á importante y confidencial diálogo.

—¿Y V. qué se hace, vamos á ver, por Vilamorta? Es V. abogado, ¿no es eso? Tengo idea de que se propone V. suceder á su padre, una persona tan inteligente...

Segundo vió propicio el momento. La voluta de humo del cigarro le velaba los ojos con suave niebla, predisponiéndole á la expansión y desterrando su reserva habitual.

—Me horripila el pensamiento de empezar ahora la vida que mí padre está terminando: contestó á la pregunta del ex-ministro.—Esa lucha mezquina para ganar un poco de dinero más ó menos; esas intrigas de lugar, esos manejos miserables, ese expedíenteo, todo eso, señor D. Victoriano, no se bizo para mi. No es que no pueda ejercer: he sido un regular estudiante, porque mi buena memoria me salvó siempre en los exámenes. ¿Pero de qué sirve esa carrera? De base nada más. Es un pasaporte, es una papeleta de entrada en cualquier oficina.

—Hombre... pch... —y D. Victoriano sacudió la ceniza del puro;—eso es verdad, muy verdad. Lo que se estudia en las aulas, apenas se utiliza después. Yo, si no es por la pasantía en casa de D. Juan Antonio Prado, que me hizo aplicar los codos y aprender cuántas púas tiene un peine, no me lucría mucho con mi ciencia compostelana. Amigo, lo que le forma á uno y le desasna, es esa pasantía terrible y ese aprieto en que se ve un muchacho cuando le ponen delante un rímero así de papeles y le dice un señor muy orondo; « Estúdieme V. eso hoy, y téngame mañana formulado dictámen». ¡Allí es lo bueno el sudar, el roerse las uñas! Allí no vale la pereza ni ignorancia. La cosa tiene que hacerse, y como no ha de ser por arte de encantamiento...

Ní aun en Madrid y en gran escala me atrae á mi el foro... Tengo mis aspiraciones.

—Sepamos.

Vaciló Segundo, con el sentimiento de pudor del que narra un sueño ó vision amorosa. Miró dos ó tres veces vagoroso humo azul, y por fin la media oscurídad de la sala, discreta como un confesionario, disípó sus recelos.

—Quiero seguir la carrera de las letras.

El hombre politico paró de mecerse y de fumar.

—¡Pero hijo, si las letras no son carrera! ¡Si no hay tal cosa! Vamos claros: ¿ha salído usted alguna vez de Vilamorta... dígo, de Santiago y de esos pueblos así?

—No, señor.

—¿Entonces comprendo esas ílusiones y esas níñadas! Por aquí todavia creen que un escritor ó un poeta, en el mero hecho de serlo, puede aspirar á... ¿Y V. qué escribe?

—Versos.

—¿Prosa, no?

—Algun artículo ó suelto... Casi nada.

—¡Bravo! Pues si se fia V. en los versos par navegar por el mundo adelante... Yo he notado en este país una cosa curiosa, y voy á comunicar á V. mis observaciones. Aqui los versos se leen todavia con

mucho interés, y parece que las chicas se los aprende memoria... Pues allá en la corte le aseguro á V. que apenas hay quien se entretenga en eso. Por acá viven veinte ó treinta años atrasados; en pleno romanticismo.

—¡Y Campoamor? y Nuñez de Arce? y Grilo? no son poetas de fama? no gozan de gran popularidad?

—Campoamor...A ese le leen porque es muy truhán y dice cosas que hacen cavilar á las niñas y reir á los hombres...Tiene su miga, y filosofa así, entreteniendo... Pero mire V. ni él ni Nuñez de Arce viven de los regloncitos desiguales... Buen pelo echarían... Grilo qué sé yo... Goza de simpatías allá entre las damas de alto copete y le imprime sus poesías la reina madre, que por lo visto está en fondos... En fin, crea usted que ninguno medrará gran cosa por el camino del Parnaso.... Y ya ve V.; se trata de los maestros, porque poetas de segunda fila, chicos que riman mejor ó peor, habrá en Madrid ahora unos doscientos ó trescientos... ¿Les conoce usted? Pues yo tampoco tengo el gusto...Cuatro amigotes les elogian, cuando publican algo en una *Revista* trasconejada... Y pare V. de contar. Hablando en plata, tiempo perdido.

Segundo, muy silencioso, se ensañaba con el cigarro.

—No lo tome V. á ofensa... prosiguió don Victoriano. Yo entiendo poco de letras, por más que en mis juventudes hice quintillas como todo el mundo: además, no conozco nada de V.... De manera que mi juicio es imparcial, y mi consejo sincerísimo.

—Yo... articuló Segundo al cabo—no tengo cifradas mis aspiraciones sólo en la poesía lírica... Acaso más adelante optaría por la dramática... ó por la prosa: qué sé yo. Solo quisiera probar fortuna...

Don Victoriano se levantó y salió al balcón un instante. De repente se volvió; puso ambas manos en los hombros de Segundo, y pegando casi al rostro del poeta su cara amojamada, exclamó con lástima no fingida;

—¡Pobre muchacho! ¡Cuántos, cuántos disgustos le esperan á V.!

Y como Segundo callase, atónito de aquella efusión repentina:

—No puede V., novicio como es, adivinar en lo que se mete; me dá V. pena: ya está V. divertido. En el estado actual de la sociedad, para descollar ó brillar en algo, hay que sudar sangre como Cristo en el huerto... Si es en la poesía lírica, Díos nos asísta... Si hace V. comedias ó dramas, verá V. lo que es bueno: adular á los cómicos, dejar el manuscrito arrinconado, apolillándose en un cajon, que le cor-

ten á V. de un tijeretazo medio acto, y luego el miedo en la noche del estreno, y lo que viene detrás... que puede ser la más negra... Si se mete V. á periodista... no descansará V. diez minutos, hará usted la reputacion de los demás y nunca verá ni el principio de la propia... Si escribe V. libros... ¿Pero quién lée en España? Y sí se echa usted en brazos de la política... ¡Ah!

Oía Segundo sin despegar los lábios, con los ojos bajos y la mirada errante por los nudos de la madera del piso, aquella voz persuasiva que parecía arrancarle una por una las ojas de rosa de sus ilusiones, con el mismo chasquido estridente de la uña que dispersaba la ceniza del puro. Al fin alzó el rostro contraído y miró al hombre político, murmurando no sin alguna ironía en el acento:

—Pues de la política, señor don Victoriano, creo que no cabe V. hablar tan mal... A V. le ha tratado con cariño; no tendrá V. queja de ello. Para V. no fué madrastra.

Se descompuso el semblante de don Victoriano, dejando salir á la superficie los estragos de la enfermedad... y levantándose de nuevo y tirando el cigarro y midiendo á pasos agitados el salon, rompió á hablar apasionadamente, con frases que brotaban en oleadas súbitas, en chorros impetuosos y desiguales, como el caño de sangre por la cortada arteria.

—No me toque V. ese punto... cállese V. criatura... ¡qué sabe V., qué sabe V. ni qué sabe nadie lo que son esas cosas, hasta que cae en ellas de cabeza y queda sujeto y no puede salir ya! Si yo le contase á V... ¡Pero es imposible contar la vida entera, dia por dia, referir una batalla que dura años, sin trégua ni reposo! Combatir para que le empiecen á conocer á uno, seguir combatiendo para que no le olviden, pasar del bufete á la política, de una rueda de cuchillos á una cama de áscuas, lidiar en el foro, en el Congreso, sin fé, sin conviccion, porque sí, por no dejar vacante el puesto que uno se conquista; y á todo esto, ni una hora libre, ni un minuto sosegado, ni tiempo para nada... Logra uno fortuna cuando ya le falta humor para gozarla; se casa y forma familia, y... casi no es uno dueño de acompañar á su mujer al teatro... No me hable V... El infierno, el infierno en abreviatura es la política... Querrá usted creer... (y aquí soltó redonda la interjección) que cuando mi chiquitina empezó á andar, intenté yo un dia tener el gusto de llevarla á paseo de la mano... Un capricho, una rareza... Pues iba muy satisfecho bajando la escalera con la pequeñilla en brazos, y cátate que me encuentro al marqués de Cameros, un aspirante á diputado cunero por Galicia, que venía á pedirme quince ó veinte cartas de mi puño

y letra para mayor eficacia... ¡Y fuí tan bestia, hombre, fuí tan bestia, que en vez de tirar al marqués por las escaleras abajo, subí de nuevo mis dos pisos, dí la chiquilla á la niñera y me encerré en el despacho á preparar la eleccion! Y así, toda la vida; conque dígame usted, ¿tengo ó no razon en abomínar de tanta estupidez y tanta farsa? ¡Ah! ¡Qué trabajo nos tomamos para hacernos infelices!

No cabía duda. En la voz del hombre político temblaban lágrimas reprímidas; en su laringe se revolvian, ahogándose, imprecaciones y blasfemias. Segundo, por hacer algo, abrió de par en par la vidriera del balcón. El sol estaba distante del zenit, el calor era ménos pesado.

—¡Y lo peor de todo... la cola! prosiguió don Victoriano deteniéndose. V. lucha y brega sin calcular, sin entretenerse en observar el estado de su fuerzas... Combate V. al modo de aquellos caballeros antiguos; con la vicera calada. Pero como no es usted de hierro, sino de carne, cuando menos lo piensa ¡zas! se encuentra enfermo, herido sin saber dónde... No pierde V. sangre, pero pierde V, el jugo... lo propio que un limon cuando lo esprimen... —Y el ex-ministro se reía amargamente.—Y quiere V. pararse, reponerse, comprar á peso de oro la salud,.. y ya no es tiempo... ya no tiene V. gota de

agua en su cuerpo todo... ¡Ea, fastidiarse, secarse y reventar! ¡Pues ya se ha lucido V. con sus trabajos y sus victorías! ¡Está usted fresco... está usted aviado!

Decíalo accíonando, metiendo las manos en los bolsillos, en un paroxismo de confianza, expresándose igual que si estuviese solo. Y en realidad, consigo mismo hablaba. Era aquel un monólogo, traduccion en alta voz de los pensamientos negros que don Víctoriano ocultaba, merced á esfuerzos de heroísmo. La estraña enfermedad que padecía le causaba horríbles pesadillas nocturnas; soñaba que se volvia pílon de azúcar, y que la inteligencia, la sangre y la vida se le escapaban por un canal muy hondo, muy hondo, convertidas en almíbar puro. Despierto, su mente rechazaba, como se rechaza la ignominia, tan peregrino mal. Debia equivocarse Sanchez del Abrojo: aquello era un desórden fisiológico y pasajero, un achaque usual y corriente, consecuencia de la vída sedentaria, y *Tropiezo* y su rutina vencerian acaso á la ciencia. ¿Y si no vencían?... El hombre político sentia pasar por los bulbos capilares un soplo glacial que le encogia el corazón. ¡Morir á los cuarenta y pico de años, con la inteligencia firme y con tantas cosas emprendidas y logradas! Y síntomas de muerte debian ser sin duda aquella sed abrasado-

ra, aquella bulimia nunca saciada, aquella sensacion enervante de derretimiento, de fusion, aquel liquidarse contínuo.

De repente recordó D. Victoriano la presencia de Segundo, que habia olvidado casi. Y apoyándole otra vez ambas manos en los hombros, y fijando en los del poeta sus ojos áridos, que requemaba un llanto contenido, exclamó:

—¿Quiére V. oir la verdad y recibir un buen consejo? ¿Tiene V. ambición, aspiraciones y esperanzas? Pues yo tengo desengaños, y quiero hacerle á V. un favor comunicándoselos ahora. No sea V. tonto; quédese V. aquí toda su vida; ayude á su padre, herédele el bufete, y cásese con esa muchacha tan frescota de Agonde... No abandone nunca este país de fruta de viñas, de clima tan dulce.. ¡Cuánto daría ahora por no haberme movido de él! ¡Si se pudiese ver la vida futura en cuadros como un panorama! Nada, hijo... Quieto aquí; eche usted aquí raíces; viva muchos años con prole numerosa... ¿Ha reparado V. qué sano está su padre! Da gusto verle con aquella dentadura tan fuerte y tan entera...Yo no tengo un diente por dañar: dicen que es uno de los síntomas de mi achaque... ¡Ah! si su madre de V. viviese, ahora le estarían naciendo á V. hermanitos!

Segundo se sonreía.

—Pero, Sr. D. Victoriano..., murmuró con arreglo á sus teorías de V., en lugar de vivir... vegetaríamos.

—Y qué dicha mayor que vegetar! respondió el hombre político asomándose al balcon. ¿Cree V. que no son dígnos de envidia esos árboles!

Tenía en efecto el huerto, á semejante hora en que declinaba el sol, cierta beatitud voluptuosa, cual si gozase un sueño feliz. Las hojas lustrosas de los limoneros y camelias, los gomosos troncos de los frutales parecían beber con deleite el fresco aliento vespertino, precursor del rocío vital de la noche. La atmósfera dorada se teñía á lo léjos en tíntas de acuarela, color lila. Empezaban á oirse mil rumores, preludios de cantos de insectos, de conciertos de ranas y sapos.

Interrumpió la contemplativa tranquilidad de la escena el trote precipitado de una mula, y Clodio Genday en persona, sofocado, girando como una devanadera, penetró en el huerto. Con las manos, con la cabeza, con el cuerqo todo, llamó, gritó, vociferó:

—¡La traigo buena... buena! Ya subo, ya subo.

Fuéronle á recibir á la escalera de la solana, y entró disparado, como un rehilete, viéndose que no traia cuello ni corbata, y venia desceñido, hecho una calamidad.

—Que nada, Sr. D. Victoriano, que nos la juegan, que nos la jugaron... Que si no toman pronto medidas perdemos el distrito... Mentira le parecería á V. lo que llevan revuelto y urdído, desde dias acá, en la botica de doña Eufrasia... Y nosotros inocentes, descuidadísimos... Toditos los curas metidos en el ajo: el de Lubrego, el de Boan, el de Naya, el de Cebre... Ponen de candidato al señorito de Romero, de Orense, que está dispuesto á aflojar la mosca... Pero ¿donde Anda Primo; ese majadero, ese pasmón que no se enteró de nada?

—Vamos á buscarle, hombre... ¡Que me cuenta V.! ¡Que me cuenta V.! Nunca pense que se atreviesen...

Y D. Victoriano, reanimado, excitado, siguió á Clodio que iba gritando por el salón:

—¡Primo! ¡Primo!

A poco rato vió Segundo que los dos hermanos y el ex-ministro recorrían el huerto, departiendo y gesticulando acaloradamente. Clodio acusaba, defendíase Primo, y conciliaba don Victoríano. En su furia, Clodio metia á Primo los puños en la cara, le desabrochaba el chaleco, mientras el inculpado sólo acertaba á contestar tartajosamente, haciéndose cruces muy de prisa;

—Jesús, Jesús, Jesús... ¡Avemaría de gracia!

El poeta les miraba pasar, observando la transformación de D. Victoriano. Al retirarse del balcón, vió enfrente de sí á Nieves que le decía con afabilidad:

—¿Y esos señores? ¿Le dejan á V. solito? A estas horas ya deben cantar los pinos. Se ha levantado la brisa.

—De fijo cantan ahora, contestó el poeta. Yo los oiré desde la silla del caballo, camino de Vilamorta.

El movimiento de sorpresa de Nieves no pasó inadvertido para Segundo, que clavando los ojos en ella, añadió con soberbia y frialdad:

—A no ser que V. me mandara quedarme.

Nieves enmudeció. Por cortesía, figurábase que era preciso detener al huesped; y al mismo tiempo, eso de decirle,—quédese V.,—estando los dos solos, le pareció cosa rara y grave compromiso. Al fin, con risa forzada, pronunció una frase ambigua:

—¿Pero que prisa tiene V.? Y... ¿volverá usted á hacernos otra visita?...

—Ya nos veremos en Vilamorta... Adiós, Nieves... No quiero interrumpir á D. Victoriano... Salúdele V. de mi parte y que cuente conmigo y con mi padre para todo.

Sín tomar la mano que Nieves le tendía y sin volver la cara, bajó al patio. Sentaba el pié en el estribo, cuando una figurilla menuda saltó allí cerca. Era Victorína que traia las manos llenas de terrones de azúcar y venia á ofrecérselos al jaco. Este alargaba ansiosamente sus belfos, con ondulaciones inteligentes de trompa de efefante. Segundo intervino.

—Hija, va á morderte...mira que muerde... Luego, en tono festívo, añadió:

—¿Quieres que te aupe aquí? ¿No? ¡A que sí te aupo!

La cogió y la sentó en el borren delantera de la silla. Forcejeaba la niña para escaparse, y su hermoso pelo envolvia la cara y hombros de Segundo, que la sujetaba por debajo de los brazos y por el talle. No sin sorpresa reparó que el corazón de la niña palpitaba fuerte y desordenadamente, bajo la imperceptible turgencia del seno impúber. Victorína, muy pálida, gritaba:

—¡Mamá... mamá!

Al fin logró desasirse, y hechó á correr hacia Nieves, que se reía á carcajadas del suceso. A medio camino se detuvo, retrocedió, anudó los brazos al cuello del caballo, y le dió en el mismo hocico, un beso muy cariñoso.

XI

Ocho ó diez dias mediaron entre la visita de Segundo á las Vides y el regreso de D. Victoriano y su familia á Vilamorta. Quería D. Victoriano tomar las aguas y á la vez desbaratar la tenebrosa maquinación, la candidatura Romero. Plan sencillo: ofrecer á Romero un distrito en otra parte, donde no tuviese que gastar un céntimo; y así quitado de enmedio el único rival que tenía prestigio en el país, evitaba el bofetón de una derrota por Vilamorta. Esto importaba hacer antes de Octubre, época señalada para la lucha electoral. Y mientras Genday, Garcia, el Alcalde y demás *combistas* manejaban los palillos, don Victoriano, instalado en casa de Agonde, bebía por las mañanas dos ó tres vasos del salutífaro licor; leía después el correo, y por la tarde á tiempo que el pegajoso bochorno convidaba á siestas, leía ó escribia en la fresca salita del botícario.

Frecuentemente le acompañaba Segundo en semejantes horas de soledad. Hablaban amigablemente, y el hombre político, léjos de insistir en la tésis desa-

rrollada allá en las Vides, alentaba al poeta, ofreciéndose de muy buen grado á buscarle en Madrid colocación adecuada á sus propósitos.

—Un puesto que no le robe á V. muchas horas ni le caliente mucho la cabeza... Yo veré, yo veré...Escudriñaremos...

Observaba Segundo en el rostro desecado del ministro indicios de mejoría evidente. Experimentaba don Victoriano el pasajero alivio que producen las aguas minerales en los primeros momentos, cuando su energía estimula el organismo, siquiera sea para desgastarlo más después. La digestión y circulación se habían activado, y hasta la transpiración, enteramente suprimida por la enfermedad, dilataba con grato fomento los poros, comunicando á las secas fibras elasticidad de carne mollar. Como la luz de una bujía brilla más al acelerarse la combustión, D. Victoriano parecía regenerarse, cuando en realidad iba consumiéndose.... Él, pensando renacer, respiraba dichoso la estrecha atmósfera de las intrigullas electorales, gozando en disputar palmo á palmo su distrito, en recoger adhesiones y testimonios de simpatía, y secretamente halagado hasta por la absurda proposición de incensarle en la iglesia que al párroco de Vilamorta hicieron sus feligreses. De noche se solazaba patriarcalmente en la

tertulia de Agonde con las historias cómicas de la botica de doña Eufrasia y con el menudo oleaje ocasionado por la proximidad de las fiestas. Poco á poco la inocente mesa de tresillo de Agonde se modificaba, convirtiéndose en algo de más malicia. Ya no eran las cuatro personas sentadas, si no una sola; y el resto de pié, formaba grupo. y tenia fijos los ojos en las manos del sentado. La izquierda del banquero se crispaba aferrando los naipes, y con nervioso impulso del pulgar de la diestra hacia ascender lentamente la postrera carta, hasta que se vislumbraba y adivinaba, primero la pinta, luego el número, luego la porra de un basto, la yema de huevo de un oro, la cola azul de un caballo, la corona picuda de un rey. Y habian otras manos que recogian puestas ó sacaban dinero del bolsillo y lo depositaban sobre los fatidicos pedazos de cartulina, y se oía decir:

—¡Al siete! ¡Al cuatro! ¡As en puerta!

Por pudor, Agonde se privaba de tallar mientras estuviese allí D. Victoriano, sofrenando á duras penas la única pasion que tenia el privilegio de calentar un tanto su sangre y esparcir su linfa, y cediendo el puesto á Jacinto Ruedas, famoso tahur ambulante, conocido en todo el universo, que andaba al olor de la timba como otros al de los banquetes: tipo raro entre chulo y polizonte, que decia en vos ronca chistes de

baja ley. No aclaran los cronistas si la autoridad civil de Vilamorta, ó sea el juez, intentó poner coto á la diversión ilegal que se permitian los tertulianos de la farmacia, pero es punto averiguado que teniendo el juez una pierna más corta que otra, el ruido de su muleta en las baldosas de la acera avisaba siempre de su proximidad á los jugadores. Y en cuanto á la autoridad municipal, sábese de cierto que un día, ó para mayor exactitud una noche, penetró en la trastienda del boticario lo mismo que una bomba, con dinero en la mano, y echándolo sobre una carta, gritó:

—¡Soy caballo, señores!

—¡Sea usted burro, si quiere! le replicó Agonde, dándole un enpujón con irreverencia notoria.

Aquel año, la presencia de D. Victoriano y la ya declarada lucha entre sus partidarios y los de Romero, prestaba á las fiestas carácter de batalla. Querian los combistas sacarlas más que nunca lucidas y brillantes, y los romeristas aguarlas si fuese posible. En el salón del Consistorio preparábase el globo padre, que ocupaba extendido toda la longitud de la pieza: sus cuarterones blancos iban cubriéndose de rótulos, figuras, emblemas y atributos, y por el suelo andaban desparramados calderos de hoja lata llenos de engrudo, pucheretes de berme-

llón, tierra de Siena y ocre, ovillos de bramante y recortes de papel. Del globo gigantesco nacían diariamente menudas crías, globitos en miniatura, hechos con retazos y muy ribeteados de azul y rosa. Hablábase con desdén en la tertulia de doña Eufrasia de semejantes preparativos, y se comentaba el arrojo del hijo del tabernero, solemne mamarrachista, que se proponía retratar á D. Victoriano en los cuarterones del gran globo. Las señoritas romeristas, frunciendo los labios y encogiéndose de hombros, protestaban que no asistirían á los fuegos ni al baile, aunque sus adversarios pusiesen, para conseguirlo, los santos en novena.

En cambio, las del bando combista formaron en torno de Nieves una especie de corte. Todas las tardes iban á buscarla para salir á paseo, y además de Cármen Agonde, la rodeaban Florentina la del Alcalde, Rosa, sobrinita de *Tropiezo*, y Clara, la mayor de las niñas de García. Andaba ésta descalza, muy ocupada en coger moras y echarlas en el mandil, cuando recibió la estupenda noticia de que su padre le encargaba un traje á Orense, para visitar á la señora del ministro. Y vino el traje, con sus lazos muy tiesos y sus forros de percalina muy engomados, y la chiquilla, lavada, atusada, incrustados los piés en botitas nuevas de *chagrin*, con la vista baja y con las

manos una encima de otra, en simétrica postura, fué á engrosar el séquito de Nieves. Declaróse Victorina protectora de Clara García; la compuso, la regaló un brazalete y se hicieron inseparables.

Solían pasear por la carretera, pero así que Clara tomó confianza, protestó, asegurando que por las veredas y los atajos era mucho más divertido y se encontraban cosas más bonitas. Y apretó el brazo de Victorina, exclamando:

—¡Segundo *te* sabe paseos preciosos!

Casualmente la misma tarde, al regresar al pueblo, divisaron á un hombre que se escurría pegado á las casas, y Clara, desde la acera de enfrente, echó á correr y le cogió por la cintura.

—Eh.... tú.... Segundo.... no te escapes, que bien te vemos.

Dió el poeta familiar encontrón á su hermana, y saludó ceremoniosamente á Nieves, que le correspondió con cordialidad suma.

—Mire V. que esta chica... Vamos, de seguro que le ha hecho á V. mala obra... V. dispense...

Se sentaron á tomar el fresco en los bancos de la plaza, y cuando al otro dia salió la caravana, despues de la siesta, Segundo se le incorporó haciendo estudio en no acercarse á Nieves, lo mismo que si entre los dos existiese alguna inteligencia secreta, al-

guna misteriosa complicidad. Mezclóse al grupo de las niñas, y deponiendo su seriedad acostumbrada, reía y bromeaba con Victorina, para quien recogía al borde de los setos, maduras zarzamoras, bellotas de roble, erizos tempraneros de castaña, y mil florecillas silvestres que la niña archívaba en un saquito de cuero de Rusia.

Unas veces las llevaba Segundo por caminos hondos, costaneros, abiertos en la piedra viva, guarnecidos de murallones, cubiertos por emparrados que apenas dejaban filtrarse la moribunda luz del sol, otras, por descubiertos, calvos y áridos montecillos, hasta llegar á alguna robleda añosa, á algún castaño dentro de cuyo tronco, resquebrajado y hendido por la vejez, podía Segundo esconderse, mientras las chiquillas, asidas de las manos, bailaban en derredor.

Un dia, las condujo al remanso del Avieiro, al puente de piedra bajo cuyos arcos el agua negra, fria é inmóvil, dormia siniestro sueño. Y les refirió que allí, por ser el río más hondo y calentar menos el sol; se guarecían las más corpulentas truchas, y que junto al estribo había aparecido el mes anterior un cadáver. También las guió al eco, donde las niñas gozaron locamente hablando todas á la vez, sin dar tiempo á que el muro repitiese sus gritos y risas. Y otra tarde les enseñó un curioso lago, del cual se

referian en el país mil consejas: que no tenía fondo, que llegaba al centro de la tierra, que bajo sus muertas ondas se columbraban ciudades sumergidas, que flotaban en él maderas extrañas y crecían nunca vistas flores. Era el tal lago, en realidad, una gran excavacion, probablemente una mina romana inundada, que presa entre la serie de montículos de toba arcillosa que la pala de los mineros había acumulado por todas partes, ofrecía sepulcral y fantástico aspecto, ayudando á la ilusión la melancolía de las vegetaciones palustxes que verdeaban en la sobre haz del gran charco. Como se aproximaba el anochecer, las niñas declararon que tan lúgebre sitio les infundía un miedo atroz: las muchachas confesaron lo mismo, y echaron á escape para salir pronto al camino real dejando á Nieves y Segundo rezagados. Era la primera vez que tal cosa ocurría, porque el poeta evitaba las ocasiones. Nieves, sin embargo, miró inquieta á su alrededor y bajó después los ojos; encontrando los de Segundo puestos en ella, interrogadores y ardientes. Y entonces, lo tétrico del paisaje y lo solemne del crepúsculo le encogieron el corazón, y sin saber lo que hacía, corrió lo mismo que las muchachas. Sentia detrás las pisadas de Segundo, y cuando por fin se detuvo, no lejos de la carretera, le vió sonreir y no pudo menos de reirse también de su propia necedad.

—¡Jesús... qué miedo tan estúpido... me he lucido... estoy á la altura de las chicas! Es que el dichoso charco impone... Diga V.: ¿cómo no han sacado vistas de él? Es muy raro y muy pintoresco.

Regresaban por la carretera, después de anochecido, y como si Nieves pretendiese borrar la impresión de su chiquillada, venia alegre y cariñosa con Segundo, dos ó tres veces se tropezaron sus ojos, y, sin duda por distracción, no los apartó. Hablaron de la expedicion del dia siguiente: había de ser por las orillas deí río, más alegres que el lago; un punto de vista admirable y no fatídico, como la charca.

En efecto, el camino que siguiéron al otro dia era muy lindo, aunque dificil, por lo espeso de los mimbrales y cañaverales, y lo enmarañado de los abedules y álamos nuevos que estorbaban á veces el paso. A cada momento tenia Segundo que dar la mano á Nieves y desviar las ramas frescas y flexibles que lo azotaban el rostro. Por más precauciones que tomó no pudo evitar que se humedeciese los piés, ni que se dejase girones del encaje de su pamela en un álamo Se detuvieron allí donde el río, dividiéndose, formaba en medio una isleta plobada de espadañas y de sencillos gladiolos. Un arroyo, bajando del monte, venia á perderse en el Avieiro, humilde y callado. Crecían á sus orillas dentados y variadísimos hele-

chos, y graciosa flora acuática. Segundo se arrodilló en el encharcado suelo y empezó á registrar entre las plantas.

—Tome V., Nieves.

Ella se acercó, y él, con una rodilla en tierra, le entregó un manojo de flores azules, de un azul pálido de turquesa, con tronco delgadísimo; flores que ella sólo había visto contrahechas, en adornos de sombreros, y cuya existencia le parecia un mito: flores soñadas, que se figuraba no crecerían si no en los bordes del Rhín, allá donde suceden todas las cosas novelescas; flores que se conocen con un nombre tan bonito: *no me olvides*.

XII

Era Nieves lo que suele llamarse una señora cabal, sin una página turbia en su historia, sin un pensamiento de infidelidad á su marido, sin más coquetería que la del vestido y tocado, y aun esa, libre de afeites ó desaliños tentadores, limítada á complacencias serviles con la moda. Su ideal, caso de tener alguno, se cifraba en una vida cómoda, alegante, rodeada de consideración social. Se había casado muy joven, dotándola D. Victoriano

en algunos miles de duros, y el día de la boda, su padre la llamó á su despacho de magistrado, y teniéndola de pié como á los reos, le encargó mucho que respetase y obedeciese al esposo que tomaba. Ella obedeció y respetó.

Y la obediencia y el respeto desesperaron á D. Victoriano, que buscaba en el matrimonio el desquite de largos años pasados en el bufete; años de abstinencia amorosa, en que los asiduos trabajos y la sedentaria vida no le consintieron atar un tierno lazo ni cultivar dulces afectos, permitiéndole á lo sumo algún lance rápido, alguna violenta é inrritante aventura que no satisfacía su espíritu. Juzgaba que la linda hija del presidente de sala le pagaría sus atrasos de amor, y notó con estéril y doloroso despecho que Nieves veía en él al marido grave á quien se acepta dócilmente. sin repugnancia, y nada más. Respetando mal de su grado la tranquilidad de aquella superficial criatura no supo ni osó despertarla, y sólo consiguió consumirse y deshacerse en vano, acelerar la destrucción de su organismo y apresurar la crísis de la madurez, multiplicando las ráfagas blancas que listaban su pelo negro.

Al nacer la niña, esperó D. Victoriano resarcirse con creces en nuevas y santas caricias, en un oasis puro. Más las exigencias de la posición política, el

tráfago de los negocios, la complicación y el engranaje implacable de su existencia, se interpusieron entre él y las delicias paternales. Vió á su hija de lejos siempre y apenas consiguió, á la hora del café. tenerla un rato á horcajadas sobre los muslos. Y después sobrevinieron los ataques de la enfermedad...

Desde que se declaró ésta con sus aflictivos síntomas, Nieves, por extraño caso se halló como desligada del vínculo conyugal, y en cierto modo, soltera. Juzgaba ella sinceramente y de buena fé que lo importante y esencial del matrimonio era la vida en común de los esposos, la cohabitación obligatoria. Libre de este deber, parecíale haber vuelto á los rosados dias del colegio, cuando mariposeaba y jugaba á los novios con sus compañeras, que le fingían inofensivas cartitas amorosas y se las metían debajo de la almohada. ¡Qué tiempos! Era pollita...

No había vuelto á divertirse desde entónces, no. ¡Valiente diversión la de aquella vida metódica y rutinaria de Madrid!... Sí, una temporada hubo en que el marqués de Cameros, el rico y jóven cliente de D. Victoriano, venia con cierta frecuencia, y aun le habían convidado dos ó tres veces á comer, *sin cumplido*... Persistía en Nieves el recuerdo de que el marqués la miraba mucho á hurtadillas, y que de noche se lo encontraban, casualmente, siempre en el mismo teatro á donde ellos iban... No pasó de ahí.

Ahora florecia la segunda juventud de Nieves, los veintenueve ó treinta años, época terrible en la vida femenina; y si no podía producir rojos cálices llenos de abrasadora pasión, en cambio deseaba adornarse con los soñadores *no me olvides* del poeta... Parecíale á Nieves que en el vaso de porcelana de China de su existencia faltaba una flor, y el frágil ramito azul venía á completar la gracia del juguete de sobremesa... ¡Bah! ¡Qué mal había en todo ello! Una chiquillada. Aquellas flores, conservadas entre las hojas de un devocionario lujoso, sólo le inspirarían pensamientos de color celeste bajo, inertes como las pobres corolas ya prensadas y secas...

Prendió en el pecho el grupo azul. ¡Qué bien hacía entre la cascada del encaje crudo!

—Mamá,—le preguntó Victorina de noche antes de recogerse:—¿te dió Segundo esas flores tan monas, dí?

—Ah... no recuerdo... Sí, creo que las ha cogido García.

—¿Me las das, para guardarlas en mi saquito.

—Anda, hijita, que te acuestes pronto... *Mademoiselle*, ¡hágala V. que rece!

XIII

La proximidad de las fiestas interrumpió los paseos largos. Únicamente se salía un poco hacia la carretera, regresando en breve al pueblo, donde andaba mucha gente por la plaza. Componíase el paseo de señoritas combistas muy emperejiladas, de curas de aldea alicaídos, mal afeitados y enfermos, de jugadores de heteréclita facha, de forasteras venidas del Borde, tipos todos que Agonde comentaba con mordacidad, entreteniendo bastante á Nieves.

—¿Ve aquellas? Son las señoritas de Gondás, tres solteronas y una solterita, que la tratan de sobrina, pero como las de Gondas no tienen hermano...Aquellas otras dos son las de Molende, de allá de Cebre, gente muy *aristócrata*, Dios nos libre... La gorda es capaz de pegarle un tiro de revólver al hijo del sol... ¡y la otra hace unos versos! yo animo á Segundo Garcia para que se le declare: compondrán una pareja de lo más refinado... Están de huéspedas en casa de Lamajosa: allí se encuentran ellas en su elemento, porque doña Mercedes Lamajosa, para que

las visitas sepan que es noble, les dice á las hijas:—niñas, traedme acá la calceta, que debe estar en el armario sobre la carta-ejecutoria... Esas dos tan guapitas y tan majas son las de Camino, hijas del juez...

La víspera de la feria salió mañana y tarde la música, aturdiendo las calles con su estrépito de murga victoriosa. Hallábase la plaza consistorial salpicada de tinglados que hacían vistosa confusión de colorines chillones y disparejos. Delante del Ayuntamiento se levantaban unos extraños armatostes, que así podían parecer instrumentos de martirio, como juguetes de chiquillos ó espantapájaros, y no eran sino los árboles y ruedas de fuego que á la noche habían de quemarse con magnífica pompa, favorecidos por la serenidad del aire. Del balcón del Consistrio salía, á manera de brazo titánico, el mástil donde debía izarse el magno globo; y por el barandado corría una série de vasitos de colores, formando las letras V. A. D. L. C.: delicado obsequio al representante del país.

Había cerrado la noche, cuando. D Victoriano y su familia salieron hacia el Ayuntamiento para presenciar la función de pólvora. Trabajo les costó romper por entre el gentio que llenaba la plaza, donde chocaban mil varios y opuestos ruidos, ya la pande-

reta y las castañuelas de un corro de baile, ya el mosconeo de la *zanfona*, ya una triste y prolongada copla popular, ya la interjeccion de un borracho agresivo, que quería tener por suyos los ámbitos de la féria. Agonde daba el brazo á Nieves, desviaba la gente y explicaba el programa de la fiesta nocturna.

—Nunca se ha visto un globo como el de este año: es el mayor que se recuerda: los romeristas están furiosos.

—¿Y qué tal ha salido mi estampa?—preguntaba con interés D. Víctoriano.

—¡Ah! ¡Una cosa soberbia! Mejor que el retrato de *La Ilustración*.

En el portal del Ayuntamiento redoblaron las dificultades, y fué preciso hollar sin misericordia pechos, vientres y espaldas de personas instaladas allí, y resueltas á no menearse ni perder el sitio.

—Mire V. qué pedazos de asnos—murmuraba Agonde...— Aunque uno los pisotee, nada... no se levantarán. Esos no tienen posada, y pasan ahí la noche; mañana se desperezan y se van tan contentos á sus aldeitas.....

Saltaron como pudieron por encima de aquel amasijo, donde en repugnante promiscuidad se amontonaban hombres, mujeres y muchachos en-

trenzados, adheridos, revueltos. Aún por los descansos de la escalera yacían grupos sospechosos, ó roncaba un labriego chispo, ahito de pulpo, ó contaba cuartos en el regazo una vieja. Entraron en el salón, donde no había más luz que la dudosa proyectada por los vasos de colores. Algunas señoritas ocupaban ya el balcón; pero el Alcalde, sombrero en mano, deshaciéndose de puro solícito, las fué arrinconando para dejar ancho sitio á Nieves, á Victorina y á Cármen Agonde, en torno de las cuales se formó una especie de círculo ó tertulia obsequiosa. Trajeron sillas á las señoras, y á D. Victoriano se lo llevó el Alcalde á la Secretaría, donde le esperaban en una bandeja botellas de *Tostado* y tagarninas infames. La chiquillería y las muchachas se colocaron en primera fila, apoyándose en el antepecho del balcón, desafiando el riesgo de que un cohete se les viniese encima. Quedóse Nieves algo más retirada, y se envolvió mejor en su chal argelino tramado de plata, porque en aquel salón lóbrego y vacío se notaba fresco. Había á su lado una silla desocupada, y de repente se apoderó de ella un bulto humano.

—Adiós, García..... Dichosos los ojos.... Hace dos días que no le vemos.

—Ni ahora me ve V. tampoco, Nieves—murmuró el

poeta inclinándose para hablarla en voz baja.—No es fácil verse aquí.

—Es verdad....—contestó Nieves turbada por tan sencilla observación.—¿Cómo no habrán traído luz?

—Porque perjudicaría al efecto del fuego..... ¿No le gusta á V. más esta especie de penumbra?—añadió anticipándose á sonreirse de lo muy selecto de la frase.

Nieves no chistó. Instintivamente le agradaba la situación, que era delicadísima mezcla de riesgo y seguridad, y tenia sus puntas de romancesca; sentíase protegida por el abierto balcón, por las chicas que se agolpaban en él, por la plaza donde hormigueaba la multitud, de donde salían rumores occeánicos y cantos y voces confusas, llenas de amante melancolía, pero al mismo tiempo la soledad y tinieblas del salón y la especie de aislamiento en que se hallaban ella y el *Cisne* preparaban una de esas ocasiones casuales que tientan á las mujeres semi-livianas, no tan apasionadas que se despeñen ní tan cáutas que huyan hasta la sombra del peligro.

Síguió callada, sintiendo casi en su rostro el aliento de Segundo. De pronto se estremecieron ambos. El primer cohete rasgaba el cielo con prolongadísimo arco luminoso, y su estallido, aunque apagado por la distancia, levantaba en la plaza un clamoreo. En

pos de aquella centinela avanzada salieron unas tras otras, á intérvalos iguales, ocho formidables, pausadas y retumbadoras bombas de palenque, la señal anunciada en el programa de las fiestas. Retemblaba el balcón al grave estampido, y Nieves no se atrevía á mirar al firmamento, sin duda por temor de que se viniese abajo con la repercusión de las bombas. Parecióle después ruido grato y ligero el de los voladores que á porfia se iban persiguiendo por las soledades del espacio.

Fueron los primeros cohetes vulgares y sin novedad alguna; un trazo de luz, un tronido sofocado y un haz de chispas. Mas en breve les llegó el turno á las sorpresas, novedades y maravillas artísticas. Fuegos habia que al estallar se partian en tres ó cuatro cascadas de lumbre, y con fantástica rapidez se sepultaban en las profundidades del cielo; de otros se desprendían, con misteriosa lentitud y silencio, lucecillas violadas, verdes y rojas, igual que si los angelitos volcasen desde arriba una caja llena de amatistas, esmeraldas y rubies. Caian las luces despacio, despacio, como lágrimas, y antes de llegar al suelo se extinguian repentinamente. Los más bonito eran los cohetes de lluvia de oro, que exhalaban caprichosamente una constelación de chispas, un chorro de gotas de lumbre tan presto encendidas

como apagadas. No obstante, el regocijo de la plaza fué mayor ante los fuegos de *tres est allos y culebrina*. Estos no carecian de gracía: salian y estallaban cocomo los cohetes sencillos, y de allí á poco soltaban una lagartija de luz, un reptil que bufando y haciendo eses correteaba por el cielo y se hundia de golpe en la sombra.

Tan pronto se quedaba á oscuras la escena como se inundaba de claridad y parecia ascender hasta el balcón la plaza, con su avispero de gente, las manchas de color de los tinglados y los cientos de rostros humanos vueltos hacia arriba, disfrutando y saboreando el gran placer de los hijos de Galicia, raza que ha conservado el culto y amor del celta por los fenómeno igneos, por la noche iluminada, compensación del brumoso horizonte diurno.

Tambien á Nieves le gustaba la alternativa de la luz con las tinieblas, fiel imágen del estado ambiguo de su alma. Cuando el firmamento se encendia y resplandecia, ella alzaba los ojos, atraida por la brillantez y júbilo de las luminarias que daban á momentos tan agradables un colorido veneciano. Cuando volvia á quedarse todo oscuro, atreviase á mirar al poeta, sin verle, pues sus pupilas, deslumbradas por la pirotecnia, no distinguian los contornos. El poeta, en cambio, tenia las suyas tenazmente fijas en Nieves, y

la veía inundada de claridad, con ese matiz lunar hermoso y raro que presta la luceria de los cohetes y que centuplica la suavidad y frescura de las facciones. Sentia vivos impulsos de condensar en una frase ardiente todo lo que ya era hora de decir, y se inclinaba.... y al fin, pronunciaba un nombre...

—¿Nieves?

—¿Qué?

—¿No habia V. visto nunca fuegos así?

—Nunca... Es una especialidad de este pais... ¡Me gustan mucho! Si fuese poeta como usted, diria de ellos cosas bonitas. Ande V., discurra V. alguna...

—Así debe brillar la felicidad en nuestra vida... breves momentos, Nieves... pero mientras brilla... mientras la sentimos....

Segundo renegaba en su interior de la frase pretenciosa, que no acaba de salir...¡Que simplezas estaba ensartando? ¿No era mejor bajarse otro poco más y tocar con los labios?... ¿Y si grita?... ¡No gritará, vive Dios! Animo...

En el balcón se armó un alboroto. Cármen Agonde, á voces, llamaba á Nieves.

—Nieves, venga...venga...El primer árbol... una rueda de fuego...

Nieves se levantó apresuradamente y reclinóse de

pechos en el balcón, pensando que convenía disimular y no estarse toda la noche depalique con Segundo. Empezaba á arder el árbol por un extremo, al parecer no sin trabajo, escupiendo dificilmente chispas rojas, pero de súbito se comunicó el fuego á todo el artefacto, y brotó una flamígera rueda, una enorme oblea de luz verde y roja, que giraba y giraba y se expandía, soltando su cabellera de chispas volantes y atronando el espacio con ruido de metralla. Calló breves instantes y hasta estuvo próximo á extingirse; téndiose un velo de humo rosado, y se vió detrás un foco de lumbre, un sol de oro que á poco se puso á dar vueltas vertiginosas, abriéndose y rodeándose de una aureola de sayos. Estos fueron apagándose uno por uno y el sol menguado y quedándose chiquito hasta reducirse al tamaño de una candelilla, que dió perezosamente algunas lángidas vueltas y, suspirándo falleció.

Al retroceder Nieves para sentarse otra vez, sintió unos brazos que rodeaban su cuello. Era Victorina, ébria de entusiasmo, prendada de los fuegos, chillando con su delgada vocecilla.

—Mamá...mamá...qué gracioso ¿eh? que bonito! Y dice Cármen que van á quemar otros árboles y un cubo...

Interrumpióse, viendo á Segundo en pié detrás de

la silla de Nieves. Bajó la cabeza, muy auergonzada de su infantil alegria. Y en ves de regresar al balcón, se quedó allí clavada haciendo caricias á su madre, para disimular la cortedad y timidez que se apoderaban de ella en cuanto la miraba Segundo. Dos arbolitos más ardían en los ángulos de la plaza, figurando un miriñaque y una parrilla de luminarias, primero doradas, después azules. La niña, á pesar de su admiración por la pirotecnia, no daba señales de marcharse dejando solos á Nieves y Segundo. Este se sentó como cosa de díez minutos; pero al observar que el grupo de la madre y la hija no se deshacía, levantóse violentamente, poseido de repentino frenesí, y recorrió el tenebroso salon á pasos desiguales, comprendiendo que por entónces no era dueño de sí mismo, ni capaz de contenerse.

—¡Por vida de... Bien empleado... Quién le mandaba ser un necio y desaprovechar los momentos favorables! Nieves le había alentado: el no lo soñaba no señor; miradas, sonrisas imperceptibles, pero evidentes; indicios de agrado y benevolencia, todo existia, todo le aconsejaba aclarar una situacion tan dudosa y enigmática. ¡Ah, si aquella mujer le quisiera! Y tenia que quererle, y no así por broma y pasatiempo, sino con delirio. No se contentaba Segundo con menos. Su alma ambiciosa des-

deñaba triunfos ligeros y efímeros: ó todo ó nada. Si la madrileña pensaba coquetear con él, se llevaba chasco: él la cogería por sus alas de mariposa, y aun á costa de arrancárselas la pararía: á las mariposas el que las quiere poseer les clava un alfiler ó les aprieta fuertemente la región del corazón hasta que espiran: Segundo lo había hecho mil veces cuando niño; volveria á hacerlo ahora; estaba resuelto. Siempre que una risa ligera y burlona, un ademán reservado una expresión tranquila de Nieves indicaban á Segundo que la señora de Comba se mantenia serena, el despecho concentrado subia á su garganta amenazando sofocarle; y al ver allí á la niña, con quien su madre sostenia animado diálogo, como para entretenerla y que la sirviese de defensa, adoptó la firme decisión de no dejar pasar la noche sin saber á que atenerse.

Tornó al lado de Nieves, pero ésta se habia incorporado, y la niña, cogiéndole las manos, la arrastraba al balcón. Era el momento solemne y crítico acababan de suspender del palo el globo mónstruo para incharlo; y en la plaza se oía gran vocerio, el rumor de la ansiedad. Una falange de artesanos combístas, entre los cuales figuraba Ramón el dulcero, despejaba el sitio para dejar espacio vacío donde pudiese arder libremente la mecha y verificarse la difícil ope-

ración. Veíanse las siluetas alumbradas por la luz de la mecha, agitándose, encorvándose, subiéndose, bailando un paso de danza macabra. Ya no alumbraban los cohetes la oscuridad nocturna, y el mar de gente parecía tenebroso como un lago de pez.

Plegado aun en dobleces innumerables, hecho un látigo, desmayábase el globo besando el suelo con su boca de alambre, donde empezaba á encenderse y á tomar vigor la apestosa mecha. Los artifices del colosal areostático lo iban desplegando suave y amorosamente, encendiendo debajo de él otras mechas para que auxiliasen á la central y facilitasen la rarefacción del aire en la panza de papel. Esta se pronunciaba, abriéndose los dobleces con blandos chasquidos, y el globo, de lánguido y apabuyado, volviase turgente por algunas partes. Todavia los dibujos de sus cuarterones aparecian prolongados como los presenta de lejos la superficie bruñida y convexa de las cafeteras; pero ya muchas orlas y letreros asomaban por aquí y por acullá, adquiriendo sus nuturales proporciones y colocación, y viéndose claramente los groseros brochasos de bermellón y azul.

Lo malo era que tuviese el globo tan ancha boca: escapábase por allí el aire dilatado, y si se aumentaban las mechas, habia peligro de prender fuego al papel y reducir instantáneamente á pavesas la sober-

bia máquina. Terrible calamidad, que importaba prevenir á toda costa. Así es que muchos brazos se agitaban extendidos, y cuando el globo se ladeaba hácia alguna parte, varias manos lo sostenían afanosamente; todo con ocompañamiento de gritos, palabrotas y maldiciones.

En la plaza aumentaban las mareas y crecía la ansiedad. Cármen Agonde, riéndose con su pastoso reir, explicaba á Nieves las intrigas de entre bastidores. Los que empujaban y querían meterse en el corro para volcar las mechas é impedir que el globo ascendiese, eran del partido romerista: buena centinela habia tenido que hacer el cohetero todo el dia para que no le mojasen los árboles de pólvora; pero la inquina mayor era contra el globo, por llevar el retrato de don Victoriano: se la tenian jurada, y afirmaban que no subiría semejante mamarracho mientras ellos viviesen, y que ellos echarían otro globo, mejor que el del Ayuntamiento, y único que saldría con felicidad. Por eso aplaudian y lanzaban burlescos aullidos cada vez que el globo magno, desalentado é incapaz de alejarse de la tierra, se dejaba caer á derecha é izquierda, mientras los partidarios de Victoriano atendian, de una parte á proteger de todo agravio el enorme corpachón del aerostático, y de otra á calentarle bien las entrañas é inflarle el vientre para que volase.

Nieves contemplaba atentamente el armatoste, pero estaba á mil leguas de él su espíritu distraido. Segundo habia logrado abrirse camino entre los espectadores del balcón, y allí le tenia Nieves, á su derecha, al lado suyo. Nadie les miraba entónces, y el poeta, sin más preámbulos, pasó el brazo alrededor del cuerpo de Nieves, apoyando con brío la palma de su abierta mano sobre el lugar donde anatómicamente está situado el corazón. En vez de la elástica y mórbida curva del seno y los acelerados latidos de la víscera, Segundo encontró la dureza de uno de esos largos corsés-corazas emballenados y provistos de resortes de acero, que hoy prescribe la moda: artificio que daba al talle de Nieves gran parte de su púdica esbeltez. ¡Maldito corsé! Segundo desearía que sus dedos fuesen garfios ó tenazas que al través de la tela del vestido, de las recias ballenas, de la ropa interior de la carne y de las mismas costillas, penetrasen y se incaran en el corazón, agarrándolo rojo, humeante y sángriento, y apretándolo hasta destrujarlo y deshacerlo y aniquilarlo para siempre. ¿Porqué no se sentian los latidos de aquel corazon? El de Leocadia y hasta el de Victorina saltaban como pájaros al tocarles. Y Segundo, desesperado apoyaba la mano, insistia, sin recelo de lastimar á Nieves, deseoso al contrario, de ahogarla.

Sobrecogida por la audacia de Segundo, Nieves callaba no atreviéndose á hacer el más leve movimiento por temor de que la génte observase algo, y protestando tan solo con la rigidez del talle y una mirada de angustia, que pronto bajó, no acertando á resistir la expresión de los ojos del poeta. Este proseguía buscando el corazón ausente sin lograr percibir mas que el golpeteo de sus propias arterias, dé su pulso comprimido por la firme plancha del corsé. Y al fin el cansancio pudo más, sus dedos se aflojaron, su brazo cayó inerte, y sin fuerza ni ilusion descansó en el talle flexible y férreo á la par, el talle de ballena y acero.

Entre tanto el globo, á despecho de las maniobras romeristas, redondeaba su enorme vientre, que iba llenándose de gas y luz, alumbrando la plaza como gigantésca farola. Columpiábase majestuosamente, y en sus cuarterones magnos se leian bien los letreros y dedicatorios ideadas por el entusiasmo combista. La efigie, ó mejor el celoso de D. Victoriano, que ocupaba todo un frente, seguia la forma rotunda del globo, y sobresalia, tan feo y desproporcionado, que daba gozo, tenia por ojos dos sartenes, por pupilas dos huevos que se freian sin duda en ellas, por boca una especie de pez ó lagarto, y por barbas un enmarañado bosque ó mapa de chafarrinones de sieno y

negro humo. Monumentales ramas de laurel verde se cruzaban la cabeza del gigantón haciendo juego con las palmas de oro de su uniforme de ministro trazadas con brochazos de ocre... Y el globo crecia, se ensanchaba, sus paredes se ponían eada vev mas tensas, y atirantábase la cuerda que contenia su masa, impaciente ya por lanzarse á las alturas del cielo. Los combistas rugían de júbilo. Alzóse un rumor un hondo rumor de zozobra...

La cuerda habia sido cortada diestramente, y sereno, poderoso, magnífico, se elevó el globo á unos cuantos metros de altura, ascendiendo con el apoteosis de don Victoriano, la gloria de sus laureles, rótulos y atributos. Resonó en el balcon y debajo de él una salva de aplausos y aclamaciones triunfales. ¡Oh vanidad de la humana alegría! No fué una piedra romerista, fueron tres lo menos las que entónces, disparadas por certera mano, abrieron brecha en el monumento de papel, y por las heridas empezó á escaparse á toda prisa el fluido vital, el aire caliente. Encogióse el globo, se contrajo como un gusano cuando lo pisan, doblándose al fin por la cintura y entregándose al fuego de la mecha, que en un decir Jesús se apoderó de él y lo envolvió en un manto de llamas.

Al mismo tiempo que fenecía miserablemente el

globo del candidato oficial, el globo romerista, chiquito y redondo, pintarrajeado con obscenos dibujos, subia listo y vivaracho desde una esquina de la plaza, resuelto á no parar hasta el último pabellon de nubes.

XIV

Nieves pasó la noche intranquila, y al despertar, los recuerdos de la víspera se le ofrecieron dudosos y como soñados; no acababa de dar crédito á la realidad de aquella singular osadía de Segundo, aquella toma de posesión directa, aquel apasionado ultraje que ella no supo resistir. ¡En qué grave compromiso la ponía el atrevido del poeta! ¿Y si álguien lo había notado? Al despedirse de las chicas que la acompañaban en el balcón, ellas se reían de un modo así.... particular. Cármen Agonde, la muchachona gruesa, con sus ojos dormilones y su genio de pastaflora, descubría á veces tanto la hilaza de la malicia....Pero quiá..... ¿cómo habían de ver nada? El chal argelino era largo y cubría todo el cuerpo....Y Nieves tomó el chal, se lo puso y se miró con dos espejos para cerciorarse de que con aquella prenda no podía verse un brazo pasado alrededor de un talle....Estaba en esta

ocupación cuando abrieron la puerta y entró una persona. Ella soltó el espejillo, estremeciéndose.

Era su marido, más que nunca amarillo, ó mejor dicho, color bazo, con las huellas del padecimiento escritas en el rostro....A Nieves le dió un vuelco la sangre. ¿Sabría algo D. Victoriano? No tardó en tranquilizarse oyéndole hablar, con despecho mal reprimido, del fracaso del globo y del descaro de los romeristas. El ministro necesitaba desahogar su contrariedad quejándose del dolorcillo del alfilerazo.

—Pero has visto, hija....¿qué te parece?....

Lamentóse después del contínuo ruido de la feria, que no le había consentido pegar los ojos. Nieves convino en que era cosa molestísima: también ella se encontraba desvelada. El ministro abrió la ventana y el ruido subió, más estruendoso y alto. Asemejábase á un gran coral ó sinfonía compuesta de voces humanas, relinchos de bestias, gruñidos de cerdos, mugidos de vacas, terneros y bueyes, pregones, riñas, cantares, blasfemias y sonidos de instrumentos músicos. La marejada de la feria cubría á Vilamorta.

Desde la ventana se veían las olas, un bullir de hombres y animales entreverados, embutidos por decirlo así los unos en los otros. Entre la masa de aldeanos se abria camino frecuentemente un rebaño de

seis ú ocho becerros, asustados, en dramática actitud; una mula llevada del diestro formaba corro, disparando un semicírculo de coces; oíanse chillidos y ayes de dolor, pero los de atrás empujaban y el hueco volvia á llenarse; un jaco, excitado por la proximidad de las yeguas, se encabritaba exhalando desesperados relinchos, caía al fin, y mordía, hidrófobo de celo, lo primero que encontraba. Los mercaderes de hongos de fieltro hacian muy rara figura, paseando su mercancia toda sobre la cabeza: una torre de veinte á treinta sombrerones, semejante á las pagodas chinas. Otros traficantes vendian en un mostrador portátil colgado al pescuezo por dos cintas, ovillos de hilo, balduque, dedales y tijeras; los vendedores de ruecas y husos los llevan alrededor de la cintura, del pecho, por todas partes, como el inhábil nadador lleva las vejigas; y los sarteneros relucian al sol, á modo de combatientes feudales.

Mareaban la confusion, el vaivén no interrumpido de la muchedumbre, la mescolanza de racionales y bestias, y era fatigoso el doliente mugir de las vacas apaleadas, el chillido de terror de las mujeres, la brutal hilaridad de los borrachos, que salian de las tabernas con el sombrero echado atrás, la lengua estropajosa, y muy deseosos de expansion y aire, de arremeter contra los hombres y pellizcar á las mozas.

Estas, aflígidas, levantaron el gríto, no logrando esquivar el brazo de los borrachos sínó para caer en las astas de algun buey, ó recibir la hocicada de alguna mula, que les bañaba sienes y frente en espumosa baba. Y lo más aterrrador era ver á unas cuantas criaturas de pecho, llevadas en alto por sus madres, bogando como endebles esquifes en tan irritado golfo.

Cosa de media hora estuvo Nieves asomada, hasta que se le cansaron los ojos y los oidos, y se retiró. A la tardecita se puso otro rato á la ventana. Se habia aplacado un poco el tráfago comercial, y el señorío del Borde empezaba á concurrir á la féria. Agonde, á quien en todo el día no se le habia visto el pelo, porque le absorvia la desesperada timba que funcionaba en la trastienda, subió entónces un rato, y limpiándose el sudor copioso, explicaba á Nieves las notabílidades conforme iban apareciendo, nombrándole los arciprestes, los párrocos, los médicos, los señoritos...

—Aquel flaco, flaco que trae un matalón pasado por tamiz, y adornos de plata en la montura, y espuelas también de plata.., es el señorito de Limioso ... una casa, Dios nos libre de la pierna del Cid... El Pazo de Limioso está á la parte de Cebre...Lo que es tener, no tienen un ochavo, rentitas de cente-

no y cuatro viñas que ya no dan uva... ¿Pero V. piensa que el señorito de Limioso entrará á comer en alguna posada? No señora: traerá en el bolsillo su pan y queso... y dormirá... ¿qué sé yo donde? Como es carlista, en la trastienda de doña Eufrasia le dejarán echarse sobre la silla del penco, porque un dia como hoy no sobran colchones... Si al espolista que lleva le abulta tanto la faja, es que de seguro viene ahí el pienso del jaco...

—Usted exagera, Agonde.

—¿Exagerar? Si, si... V. no tiene idea de lo que son estos señoritos. Aquí les llaman de *siete en bestia*, porque suelen traer para siete un solo caballo, que van montando por turno dos á dos; y un poco antes del pueblo se detienen para entrar á caballo uno á uno, muy armados de látigo y espuelas, y el jaco pasa siete veces con siete jinetes distintos... Pues mire V. quien viene allí en una borrica y una mula ... ¡Las señoritas de Loiro! Son amigas de las Molende... Repare V. el lío que traen delante: es el vestido para el baile de hoy.

—¿Pero es de veras?

—¡Vaya! Sí, señora: ahi vendrá todo, todito: el miriñaque ó como se llame eso que abulta detrás, los zapatos, las enaguas y hasta el colorete... ¡Ah! pues éstas son muy finas, que vienen á vestirse al pueblo:

la mayor parte, hace años, se vestian en el pínar que está junto al eco de Santa Margarita... Como no tenian casa aquí, ya se vé, ellas no habian de perder el baile, y á las diez y media ó á las once estaban entre pínos abrochándose los cuerpos escotados, prendiéndose lacitos y perendengues, y tan guapas... Entre todo este señorío, créame, Nieves, no se junta el valor de un peso... Son gente que por no gastar grasa ni hacer caldo, almuerza sopa en vino... El mollete de pan de trigo lo cuelgan allá en las vigas para que no lo alcance nadie y dure años... Ya los conoce uno: vanidad y nada más...

Enseñábase el boticario, muítiplicando por menores y recargándolos, con rabia de plebeyo que coge al vuelo una ocasión de ridiculizar á la aristocracia pobre, y refiriendo historias de todos los señoritos y señoritas, miserias más ó menos hábilmente recatadas. Reíase don Victoriano recordando algunos de aquéllos cuentos, ya proverbiales en el país, mientras Nieves, tranquilizada por la risa de su marido empezaba á pensar sin terror, antes con cierta complacencia recóndita, en los episodios de los fuegos. Habia temido ver á Segundo entre la multitud, pero á medida que venia la noche y se borraban los vivos colores de los tinglados y se encendían lucecillas y eran más roncos los cantos de los beodos, se sosega-

ba su ánimo y el peligro le parecía muy remoto, casi nulo. En su inexperiencia se había figurado al pronto que el brazo de Segundo le dejaría señal en el talle, y que el poeta aprovecharía el primer momento para aparecer exigente y loco de amor, delatándose y comprometiéndola. Mas el día se deslizaba sereno y sin lances, y Nieves probaba la impaciencia inevitable en la mujer que no ve llegar al hombre que ocupa su imaginación. Al fin pensó en el baile. Allí estaría Segundo, de hecho.

XV

Y se compuso para el baile del poblachón con secreta ilusioncilla, esmerándose lo mismo que si se tratase de un sarao en el palacio de Puenteancha. Claro está que el tocado y vestido eran muy diferentes, pero no menor el estudio y arte en la elección. Un traje de crespón de China blanco, subído y corto, guarnecido con encaje de *valenciennes*: traje plegado, adherente y dúctil lo mismo que una camisa de batista, y cuya original sencillez completaban los largos guantes de Suecia, oscuros, arrugados en la muñeca, que subían hasta el codo. Un terciopelo negro rodeaba la garganta y lo cerraba una herradura de brillantes y záfiros. El hermoso pelo rubio, reco-

gido á la inglesa, se insubordinaba un tanto en la frente.

Casi le dió vergüenza de haber calculado este atavío cuando atravesó del brazo de Agonde la fangosa plaza, y oyó la ratonera música, y vió qne, como la víspera, estaba el zaguan del Consistorío lleno de gente acurrucada, á la cual era necesario pisar para llegar hasta la escalera. Por los descansos corrian las heces de la féria, un reguero oscuro, color de vino... Agonde la desvió.

—No pise ahí, Nieves... cuidadito...

Ella se síntió repelida por tan feo íngreso, y recordó el vestíbulo y la escalera de los duques de Puente-ancha, de mármol, alfombrada por el centro, con macetas á los lados... A la puerta del salon donde ahora penetraba, habia una cantina provista de azul carillos, rosquillas y dulces, y la mujer de Ramon el confitero, con su inseparable mamón, despachaba el género mirando torvamente á las señoritas que entraban á divertirse.

Sentaron á Nieves en el lugar más conspícuo de salon, frente á la puerta. No estaban muy limpias las caleadas paredes, ni muy flamantes las banquetas cubiertas de paño grana; y ni las luces muy despabiladas, ni la araña de hojalata con bujías formaban un espléndido alumbrado. La mucha gente era causa de que el calor rayase en insufrible.

Hácia el centro del salon se arracimaban los hombres, confundiéndose en negra masa la juventud de Vilamorta con aguistas, forasteros, tahures y señoritos monteses. Cada vez que la música atronaba el recinto con la indiscreta sonoridad de sus metales, del grupo central se destacaban los animosos bailarines, lanzándose en busca de pareja.

Nieves miraba, sorprendida, el aspecto del baile. Producíanle un efecto raro y cómico las señoritas con sus peinados abultados y pingües en rizos, sus teces rafagueadas de polvos de arroz ordinarios, sus escotes por poco más abajo del percuezo, sus largas colas de telas peseteras, pisoteadas y destrozadas por las recias botas de los galanes, sus flores de tarta mal prendidas, y sus guantes cortos de muñeca, de grueso cabrito, que amorcillaban las manos... Acordábase Nieves de las descripciones de Agonde, del tocador establecido en el pinar, y se daba aire con su gran pericón negro, tratando de alejar la atmósfera pestilente en que el bureo del baile la envolvía. Allí se bailaba á destajo, como si disputasen un premio ofrecido á quien echase más pronto los bofes; iban las parejas arrastradas por su propio impulso á la vez que por los ajenos empujones, pisotones y rodillazos; y Nieves, habituada á presenciar el baile acompasado y fino de los saraos, se admi-

raba de la fé y resolución con que brincaban en Vilamorta. Algunas muchachas á quienes los taconazos habían desgarrado los volantes del traje, se paraban, remangaban la cola, arrancaban el adorno todo al rededor rápidamente, lo enrollaban, y después de arrojarlo á una esquina, volvian risueñas y felices á los brazos de su pareja. Los caballeros se enjugaban el sudor con el pañuelo, pero era inútil; cuellos y pecheras se reblandecian, el pelo se pegaba á las frentes, por los sobacos de los corpiños de seda se extendia una mancha, y los cinco dedos de los galanes se señalaban y quedaban impresos en la espalda de las señoras... Y la gimnasia proseguia, y el polvo y las mulécolas de sudor viciaban el aire, y el piso del salón se cimbreaba... Había parejas hermosas, jóvenes frescas y mancebos gallardos, que danzaban con la alegría sana de la mocedad, con los ojos brillantes, rebosando expansión física; y otras muy resibles, de hombres chiquítos con mujeres alias, de mujeronas cón niños barbiponientes, de un anciano calvo con una inmensa jamona. Algunos hermanos bailaban con sus hermanas, por cortedad, por no atreverse á sacar á otras señoritas, y el secretario del ayuntamiento, casado hacia años ya con una orensana rica, vieja y muy celosa, saltaba toda la noche

con su mujer. y por no morir asfixiado imprimia á polkas y valses el compás de las habaneras.

Cuando Nieves entró la miraron las demás mujeres con curiosidad primero y sorpresa después. ¡Cosa más rara! ¡Venir tan sencillita! ¡No traer una cola de vara y media, ni una flor en el peinado, ni brazaletes, ni zapatos de seda! Dos ó tres forasteras de Orense; que abrigaban la pretensión de poner raya en el baile de Vilamorta, cuchicheaban entre sí comentando aquella negligencia artística y el pudor de aquel corpiño blanco, subido y la gracia de aquella cabeza chiquita, casi sin moño, vaporosa como la de los grabados de *La Ilustración*. Se proponían las de Orense copiar el figurín; en cambio las de Vilamorta y el Borde censuraban acerbamente á la *ministra*.

—Viene así como vestida de casa...

—Lo hace porque aquí no se quiere poner nada bueno... Ya se ve, para un baile de aquí... Pensará que no entendemos... Pero mujer, siquiera peinarse algo mejor... Y bien se le conoce que se aburre, mira, ¡si parece que se está durmiendo!

—Antes parecía que no se podía estar quieta sentada... daba con el pié en el suelo, de ganas que tenía de reirse...

¡Ah! ¡Efectivamente, Nieves se aburría! ¡Y si las señoritas censoras pudiesen adivinar la causa!

No veía á Segundo en parte alguna, por más que le buscaba con los ojos, al principio disimuladamente y sin rebozo después. Por fin vino el abogado Garcia á saludarla, y entonces no se pudo contener, y esforzándose por hablar en tono natural y corriente, le preguntó:

—¿Y el pollo? ¡Milagro que no anda por aquí!

—¿Quien? ¿Segundo? Segundo es allá... tan raro.. ¡vaya V. á saber lo que estará haciendo él á estas horas! Leyendo versos, ó componiéndolos... Hay que dejarlo con sus manías.

Y el abogado agitó las manos, como indicando que era preciso respetar las extravagancias del genio, mientras pensaba para sus botones:

—Estará con la condenada de la vieja,

La verdad era que el poeta, dadas las circunstancias, por nada del mundo iría á un baile como aquel, donde sus conocidas, las chicas del pueblo, le comprometerían á bailar, á recibir empellones y sudar el quilo como los demás muchachos. Y su retraimiento, hijo del instinto estético, surtió efecto maravilloso en Nieves, borrando del todo los resíduos del temor, estimulando la coquetería y pícando la curiosidad.

Hablábase en el mismo baile, en el círculo radical que se formó alrededor de D. Victoriano y su esposa, de la salida inmediata para las Vides, á presenciar la vendimia: proyecto que regocijaba al exministro, como regocija á un niño cualquiera diversión extraordinaria. Se nombraba á las personas á quienes el hidalgo tenía convidadas ó pensaba convidar para tan alegre época, y al pronunciar Agonde el nombre de Segundo, Nieves alzó los ojos, su rostro se animó, mientras se decía interiormente:

—Es capaz de no ir.

XVI

Gran día en las Vides aquél que el ayuntamiento señala para la vendimia! El año entero transcurre en preparativos y espectación del hermoso tiempo de la cosecha. La parra se ha vestido de púrpura y oro, pero ya va soltando lentamente parte de su rico ornato, como la desposada sus velos al pie del tálamo nupcial: las avispas se encarnizan en los racimos, avisando al hombre de que están maduros; Setiembre ostenta la serena placidez de sus últimos días: á vendimía sin tardanza.

Ni Primo Genday, ni Méndez se dan punto de reposo. Hay que atender á las cuadrillas de vendimiadoras y vendimiadores que venien de distantes parroquias á alquilarse, distribuirles la labor, organizar el movimiento de la recolección para que resulte armónico y fructuoso. Y es que el trabajo de la vendimia se asemeja algo á una gran batalla, donde se exije al soldado extraordinaria desarrollo de energía, despilfarro de músculos y sangre, pero en desquite es preciso tenerle siempre prevenido lo necesario para reparar sus fuerzas en los monentos de descanso. Para que la gente vendimiadora estuviese dispuesta y animada á la penosa faena, importaba que encontrasen á punto, en la bodega, la ancha vasija llena de mosto donde bebiesen á discreción los *carretones*, al llegar exhaustos de subir el pesado *coleiro* ó cestón henchido de uva por las cuestas agrias; importaba que el espeso caldo de calabazo, condimentado con sebo de carnero, las sardinas arenques y el pan de centeno abundasen cuando los reclamaba el apetito devorador de las cuadrillas; á cuyo fin, ni se apagaba el hogar de las Vides, ni nunca se veían desocupados los calderos enormes donde hervía el rancho.

Si á esto se añade la presencia de huéspedes numerosos y distinguidos, se comprenderá el bulli-

cio del caserón solariego en tan incomporables días. Encerraban sus paredes, aparte de la familia Comba. á Saturnino y Carmen Agonde, al joven y afable cura de Naya, al monumental arcipreste de Loiro, á *Tropiezo*, á Clodio Genday, al señorito del Limioso y á las dos señoritas de Molende. Hallabánse allí representadas todas las clases y era como *microcosmos* ó breve compendio del mundo de aquella provincia; atraídos los curas por Primo Genday, los radicales por el diputado, y la aristocracia por el mayorazgo Méndez. Y toda esta gente de tan diversa condición, al encontrarse reunida, se dió á divertirse y gozar en la mejor armonía y concordia.

Al júbilo de los vendimiadores respondía como un eco el de los huéspedes. Era imposible resistir á la expansión báquica, á la embriaguez que se respiraba en el aire. Entre los espectáculos deleitosos que la naturaleza ofrece, no cabe otro más grato que el de su fecundidad en la vendimia: aquellos cestos colmados de racimos rubios ó del color de la cuajada sangre, que hombres fornidos, casi desnudos, semejantes á faunos, suben y vacían en la cuba ó en el lagar; aquella risa de las vendimiadoras escondidas entre el follaje, disputando, desafiándose á cantar desde una viña á otra, desafíos que concluían al anochecer como concluyen todas las expansiones vio-

lentas en que se gasta mucho vigor muscular; por desahogos melancólicos, por algún prolongado gemido céltico, algún quejumbroso *a-lad-lad*... La pagana sensación de bienestar, el rústico regocijo, el contentamiento de vivir se comunicaban á los espectadores de tan lindos cuadros; y por la noche, mientras los coros de faunos y bacantes bailaban al son de la flauta y la pandereta, el señorío se divertía tumultuosamente, con pueriles retozos, en el caserón.

Dormían las señoritas juntas en una gran pieza destartalada, la sala del Rosario, y á los huéspedes varones les había alojado Méndez en otra sala muy espaciosa, llamada del *Biombo*, por encerrar uno tan feo como antiguo; sin que de este sistema de acuartelamiento quedase exento más que el arcipreste, cuya obesidad y ronquidos eran tales, que ninguna persona medianamente sensible le podria sufrir por compañero de dormitorio; y con estar así repartida en dos secciones la gente traviesa y maleante, sucedió que vino á armarse una especie de guerra y que las inquilinas de la sala del Rosario sólo pensaban en hacer travesuras á los inquilinos de la del Biombo, resultando de aquí mil chistosas invenciones y divertidas escaramuzas. Entre los dos campos estaba uno neutral: la familia de Comba, respetada en su sueño, invulnerable en materia de bromas pesadas,

si bien el bando femenino solía tomar á Nieves por confidente é inspiradora.

—Nieves, venga acá... Nieves, mire qué tonta es Carmen Agonde... Mire... dice que le gusta más el arcipreste, ese barril, que D. Eugeniño, el de Naya... Porque dice que le da mucha risa ver cómo suda, y aquellas rollas de carne que tiene en el cogote... Y diga, Nieves, ¿qué le haremos esta noche á D. Eugeniño? ¿Y á Ramón Limioso, que todo el día nos está desafiando?

La que así hablaba era por lo regular Teresa Molende, morena y hombruna, de negros ojos, buen ejemplar de raza montañesa.

—La de ayer nos la han de pagar—añadía su hermana Elvira, la sentimental poetisa.

—¿Pues qué ha sido?

—Ha de saber V. que encerraron á Carmen ¡son el demonio! La encerraron en el cuarto de Méndez... Lo que no discurren: Le ataron las manos atrás con un pañuelo de seda, le taparon la boca con otro para que no chillase, y me la dejaron allí como el ratón en la ratonera... Nosotros busca que te busca á Carmen, y Carmen sin aparecer... Nosotros echando malos pensamientos... Hasta que va Méndez á acostarse y me la ve allí... ¡Por supuesto que tropezaron con esta boba, que si dan conmigo...

—Lo mismo la encerraban á V.—alegó Carmen.

—¡A mí!—exclamó la amazona enderezando su robusto cuerpo. ¡Como no fuesen ellos los encerrados!

—Pero si me cogieron la acción...—aseguraba la de Agonde poniendo el rostro compungido de un bebé.—Mire, Nieves, me dijeron así: «Eche las manos atrás, Carmiña, que le vamos á meter en ella una monedita de cinco duros». Y yo las eché... y fueron tan traidores que me las ataron!

Aquí Nieves hacía coro á las carcajadas de las dos hermanas. Aquella sencillez no se ha de negar que tenía mucho gracejo. Nieves creía vivir en un mundo nuevo donde no existía la rutina, las gastadas fórmulas de la sociedad madrileña. Es verdad que tan candorosos y bulliciosos deportes podían rayar en inconvenientes ó groseros, pero á veces eran verdaderamente entretenidos. Desde que se levantaban los huéspedes, á la mesa, por las tardes, todo era solaz y jarana. Teresa se habia propuesto no dejar comer á *Tropiezo*, y con suma destreza cogía al vuelo las moscas y se las echaba disimuladamente en el caldo, ó le escanciaba vinagre en vez de vino, ó le untaba de pez la servilleta á fin de que se le pegase á la boca. Para el arcipreste tenía otra chanza: la de hacerle hablar de ceremonias, conversación á que era muy

afecto, y al verle entretenido retirarle de delante el plato, que equivalía á arrancarle la mitad del corazón,

De noche, en el salón de los espejos turbios, donde el piano y las mecedoras campeaban, formábase una brillante tertulia: se cantaban trozos de anticuadas zarzuelas, como *El Juramento* y *El Grumete*; se jugaban partidas de burro escondido y sin esconder, de briscas con señas y de malilla; cansados de los naipes, acudían á las prendas, al florón, á apurar una letra y á adivinar el pensamiento... Y despierta ya la retozona sangre campesina, se pasaba á los juegos físicos, á las cuatro esquinas, á la gallina ciega, que tiene la sal y pimienta del ejercicio, del grito, del encontrón y la palmada...

Recogíanse después excitados aún por el juego, y era la hora más tremenda, la de las grandes diabluras: la hora en que se ataban cerrillas encendidas al cuerpo de los grillos, para meterlos por debajo de la puerta del dormitorio; la hora en que se quitaban tablas á la tarima de *Tropiezo*, para que, al acostarse, se hundiese y diese formidable costalada... Oíanse por los corredores risas, pasos tácitos, y se veían bultos blancos que escurrían precipitadamente y puertas que se cerraban con llave y ante las cuales

se amontouaban muebles, mientras salía de dentro una voz gruesa y pastosa diciendo:

—¡Que vienen!

—¡Cerrar bien, chicas!... ¡No se abre ni al Espíritu Santo!...

XVII

SEGUNDO fué el último en gozar la hospitalidad de las Vides. Como era poco aficionado á juegos y Nieves tampoco tomaba en ellos parte muy activa, encontraríanse aislados á no ser por Victorina, que no se despegaba de su madre apenas veía próximo á Segundo, y también por Elvira Molende, que desde el primer instante se adhirió al poeta como la enredadera al muro, dedicándole un repertorio de miradas, suspiros, confidencias y vaguedades capaces de empalagar á un mozo de confitería. Al punto y hora en que Segundo pisó las Vides, perdió Elvira todo el vapor de su animación, y adoptó la acostumbrada postura lánguida y sentimental, que hacía parecer más hendidas sus mejillas y más ojerosos y marchitos sus párpados. Recobró su andar la melancólica inclinación del sáuce, y dejando á un lado bromas y retozos, se consagró por completo al *Cisne*.

Como hacía luna y eran las noches apetecibles para gozadas, así que se ponía el sol y se acababa el bureo de la labor y las parejas de vendimiadores se reunían á danzar, algunos de los huéspedes se juntaban á su vez en el huerto, especialmente al pié de un paredón que tenía por límite camelios frondosos ó bien se detenían, al regresar de paseo, en algún lugar de esos que convidan á sentarse y á un rato de plática. Sabía Elvira de memoria muchos versos buenos y malos, por lo regular pertenecientes al género tristón erótico y elegiaco; no ignoraba ninguna de las flores y ternezas que constituyen el dulce tesoro de la poesía regional, y al pasar por sus delgados labios, por su voz suave, timbrada con timbre cristalino, al entonarlos con su mimoso acento del país, los versos gallegos adquirían algo de lo que la saeta andaluza en la boca sensual de la gitana: una belleza íntima y penetrante, la concreción del alma de una raza en una perla poética, en una lágrima de amor. De tan plañideras estrofas se alzaba á veces irónica risa, lo mismo que el repique alegre de las castañuelas suele destacarse entre los sones gemidores de la gaita. Ganaba las poesías en dialecto y parecía aumentarse su frescura y agreste aroma al decirlas una mujer, con blanda pronunciación, en la linde de un pinar ó bajo la sombra de un emparrado, en serenas noches

de luna: y el ritmo pasaba á ser melopea vaga y soñadora como la de algunas baladas alemanas; música labial, salpicada de muelles diptongos, de *eñes* cariñosas, de *x* moduladas con otro tono más meloso que el de la silbadora *ch* castellana. Generalmente, después de haber recitado buen rato, se cantaban canciones: D. Eugenio, que era rayano, sabía *fados* portugueses; y Elvira se pintaba sola para entonar aquella popularísima y *saudosa* cántiga de Curros, que parece hecha para las noches druídicas, de lunar.

Segundo tembló de vanidad cuando, en turno con los de los poetas conocidos y amados en el país, recitó Elvira de corrido la mayor parte de los cantos del *Cisne*, impresos en periódicos de Vigo ó de Orense. Segundo no había escrito nunca en dialecto, y sin embargo, Elvira tenía un libro donde recortaba y pegaba con engrudo todas las producciones del desconocido *Cisne*. Y Teresa, terciando en la animada conversación, delató, con el mejor propósito, á su hermana.

—Esta también compone. Anda, mujer, dí algo tuyo. Tiene un cuaderno así de cosas suyas, discurridas, escritas por ella.

Recitó la poetisa, después de los indispensables remilgos, dos ó tres cosillas casi sin forma poética,

flojas, sinceras en medio de su falsedad sentimental: de esos versos que no revelan facultades artísticas, pero son indicio cierto, infalible, de que el autor ó autora siente un anhelo no satisfecho, aspira á la fama ó á la pasión, como el inarticulado lloro del párvulo declara su hambre. Segundo daba tormento al bigote; Nieves bajaba los ojos y jugaba con las borlas de su abanico, impaciente y aun algo aburrida y nerviosa. Sucedía esto á los dos ó tres días de la llegada de Segundo, el cual todavía no había podido realizar la menor tentativa de decirle á Nieves dos palabras.

—¡Qué señoritas estas tan cursis!—pensaba la de Comba, mientras en voz alta repetía:—¡Qué bonito, qué tierno! Se parece á unas composiciones de Grilo...

XVIII

No hablaban de versos el mayorazgo de las Vides, ni los Gendays, ni el arcipreste, instalados en el balcón so pretexto de tomar la luna; en realidad para debatir la palpitante cuestión de vendimia.

¡Buena cosecha, buena! La uva no tenía ni señales de oidium: era limpia, gruesa, y tan sazonada,

que se pegaba á los dedos lo mismo que si estuviese regada con miel. De seguro valía más el vino nuevo de aquel año que el viejo del anterior. ¡El anterior fué mucho cuento! ¡Que granizo por acá, que agua por acullá!... Estaba la uva abierta ya con tanto llover y sin pizca de sustancia; resultó un vino que apenas manchaba la manga de la camisa de los arrieros...

Al recordar semejante calamidad, Méndez fruncía su arrugada boca, y el arcipreste resoplaba... Y la conversación seguía, sostenida por Primo Genday, que muy verboso, salivando y riendo, recordaba pormenores de cosechas de veinte años atrás, afirmando:

—La de este año es igualita á la del sesenta y uno.

—Lo mismo, hombre, confirmaba Méndez. Lo que es el Rebeco no da esta vez menos cargas; y la Grilloa, no sé, no sé si aun nos meterá en casa seis ó siete más... ¡Es mucha viña la Grilloa!

Después de tan alegres augurios de pingüe recolección, complacíase Méndez en detallar á su atento auditorio algunas mejoras que introducía en el cultivo: tenía ajustada la mayor parte de sus pipas con arcos de hierro, más costosos que los de madera, pero mas duraderos y que ahorraban la pesada faena

de preparar y domar arcos á cada vendimia: además pensaba instalar, por vía de ensayo, un lagar con no sé qué hidráulicos artificios, que evitasen el feo espectáculo de la la uva pisada por humanos piés; y no queriendo tampoco desperdiciar el bagazo de la uva, destilaría un alcohol refinado que le había de comprar Agonde á peso de oro para remedios...

Al arrullo de las voces graves que discutían importantes puntos agrícolas en el balcón, don Victoriano, un tanto rendido de su expedición á las viñas, fumaba en la mecedora, sepultado en penosas meditaciones. Desde su regreso de las aguas, sentíase cada vez más débil: la efímera mejoría se evaporaba, creciendo la postración, la bulimia, la sed y la desecación del pobre cuerpo. Recordaba que Sánchez del Abrojo le había indicado cuánto alivio le proporcionaría un ligero sudor, y al observar los primeros días, después de beber el agua sulfurosa, el restablecimiento de esta función de la piel, su alegría no tuvo límites. ¡Mas cuál fué su terror al advertir que la camisa tiesa y dura, se le pegaba al cutis, como si estuviese empapada en almíbar! Apoyó los labios en un pliegue de la manga y percibió un sabor dulzón. ¡Evidente! ¡Sudaba azúcar! ¿La secreción glicosa era, pues, incoercible, y por tremenda ironía de la suerte, todas las amarguras de su existencia venían á resol-

verse en aquella extraña elaboración de materias dulces!

Notaba de pocos días á esta parte otro alarmante síntoma. Su vista se alteraba. Al desecarse el humor acuoso del ojo, se le iba empañando el cristalino, y presentábase la catarata de los diabéticos. Don Victoriano sentía escalofríos. Ya le pesaba haberse puesto en las homicidas manos de *Tropiezo*, y haber tomado las aguas. Indudablemente le erraban la cura. Desde aquel día, régimen severo, dieta de frutas, de féculas, de leche. ¡Vivir, vivir siquiera un año, y ocultar el mal!... Si los electores veían á su diputado ciego y moribundo, iríanse todos con Romero... ¡El boletón de perder las elecciones próximas le parecía tan humillante!...

Carcajadas argentinas y exclamaciones juveniles que subían del huerto cambiaron el curso de sus ideas. ¿Por qué Nieves no se hacia cargo del grave estado de su marido? Él quería disimular ante el mundo entero, pero ante su mujer... ¡Ah! Su mujer le pertenecía, su mujer debía estar allí sosteniéndole la frente, acariciándole, en vez de gozar y loquear entre las camelias como una chiquilla! Si era linda y fresca y su marido achacoso, peor para ella... Que se aguantase, como era su deber... ¡Bah, qué disparate! ¡Nieves no le quería; no le había querido nunca!

Las risas y el alboroto aumentaban abajo. Era que agotados los versos, Victorina y Teresa habían propuesto jugar al escondite. Victorina chillaba á cada momento:—¡Tulé... panda Teresa! ¡Tulé... panda Segundo!—Era el huerto muy adecuando para semejante ejercicio, á causa de su complicación casi laberíntica, debida á estar dispuesto en inclinadas mesetas; sostenidas por paredillas, divididas por tupidísimo arbolado, y comunicadas por escalinatas desiguales, como sucede á las fincas todas en tan accidentado país. Así es que el juego producía gran alborozo, pues difícilmente conseguía el que pandaba acertar con los escondidos.

Procuraba Nieves ocultarse bien, por pereza; por no pandar y tener luego que correr mucho detrás de los demás jugadores. Deparóle la fortunà un refugio soberbio, el limonero grande, situado al extremo de una meseta, cerca de varias escalerillas que favorecían la retirada. Se emboscó, pues, en lo mas denso de la gruta de follaje, haciendo por disimular su vestido claro. Breves momentos llevaba allí, cuando la oscuridad aumentó y una voz murmuró muy quedo:

—¿Nieves?

—Eh... chilló asustada.—¿Quién me busca por aquí?

—No, no la buscan á V... Sólo yo la busco excla-

mó enérgicamente Segundo, penetrando en el albergue de Nieves con tanta impetuosidad, que los tardíos azahares que aun blanqueaban en las ramas del corpulento árbol soltaron sus pétalos sobre la cabeza de los dos, y gimió armoniosamente el ramaje.

—Por Dios, García, por Dios... No sea usted imprudente... márchese V... ó déjeme salir... Si vienen y nos encuentran aquí, que dirán... por Dios...

—¿Que me vaya?... pronunció el poeta. Pero señora, aunque me encuentren aquí... no tendrá nada de particular; hace un rato estuve con Teresa Molende allá detrás de un camelio... ó se juega ó no se juega... En fin, si V. lo manda, por darle gusto... Pero antes, dígame V. una cosa que necesito saber...

—En otra parte... en el salón... balbuceó Nieves prestando ansioso oido á los lejanos rumores y gritos del juego.

—¡En el salón!...¡Rodeados de unos y de otros!... No, no puede ser...Ahora, ahora...¿usted me oye?

—Si, ya oigo, pronunció ella con voz apagada por el temor.

—Pues la adoro, Nieves. La adoro y V me quiere á mí.

—¡Chisst! ¡silencio, silencio! Están cerca...Suenan así como pasos...

—No, son las hojas... Dígame que me quiere y me voy.

—¡Qué vienen! Por Dios, ¿yo me voy á morir del susto! Basta de broma, García; yo le suplico...

—Sabe V. demasiado que no es broma...¿Ya no se acuerda V. del día de los fuegos? Si V. no me quisiese, aquel día hubiera apartado el cuerpo...ó gritado... V. me mira á veces...me devuelve las miradas... ¡No me lo puede V. negar!

Segundo estaba al lado de Nieves, hablando con arranque fogoso pero sin tocarla, por mas que la embalsamada y rumorosa celda que ocupaban ambos oprimiese blandamente sus cuerpos, como aconsejándoles aproximarse. Pero Segundo se acordaba de las frías y duras ballenas, y Nieves, trémula, se echaba atrás. Trémula, si, de miedo. Podía llamar á la gente; pero si Segundo no se desviaba, que disgusto, qué explicaciones, que vergüenza. Después de todo, el poeta llevaba razón: la noche de los fuegos ella había sido débil, y estaba cogida. ¿Y qué haría Segundo después de oir el *sí?* Él reitera su orgullosa y vehemente afirmación.

—Usted me quiere, Nieves... V. me quiere... Dígalo una vez, una sola y me marcho...

Dejóse oir á corta distancia la voz acontraltada de Teresa Molende, haciendo una especie de convocatoria...

—Nieves, ¿donde está? Victoriniña, Carmen... adentro, que cae rocío...

Y otro órgano atiplado, el de Elvira, lanzó á los ecos:

—¡Segundo! ¡Segundo! ¡Nos retiramos!

Caía, en efecto, esa mollizna imperceptible que refresca las noches calurosas de Galicia; las hojas charoladas del limonero, en el cual se embutía Nieves para desviarse de Segundo, estaban húmedas de relente; el poeta se inclinó y sus manos encontraron otras heladas de frío y pavor... Apretólas hasta estrujarlas.

—O me dice V. si me quiere...

—¡Pero Dios mío, están llamándonos... me echan de menos... tengo frío!

—Pues dígame la verdad. Si no, no hay fuerzas humanas que de aquí me arranquen... suceda lo que suceda. ¿Tan difícil es decir una palabra sola?

—¿Y que he de decir, vamos?

—¿Me quiere V.? Sí ó no.

—¿Y me deja V. salir... ir á casa?

—Todo... todo... ¿pero me quiere V.?

El *sí* no se oyó casi. Fué una aspiración, una *s* prolongada. Segundo le deshacía las muñecas.

—¿Me quiere V... como yo la quiero? Dígalo usted claro.

Esta vez Nieves, con esfuerzo, articuló un *sí* redondo. Segundo le soltó las manos, se llevó las suyas á la boca en apasionado ademán de gratitud, y saltando por las escalerillas, desapareció entre los frutales.

XIX

Respiró Nieves. Estaba... así... como aturdida. Sacudió las muñecas, doloridas por la presión de los dedos de Segundo, y se compuso el pelo, mojado de rocío y revuelto con el roce del ramaje. ¿Qué había dicho, señor?... Cualquier cosa para salir de tan grave aprieto... Ella se tenía la culpa, por apartarse de la gente y esconderse en un punto retirado... Y, con ese deseo de dar publicidad á los actos indiferentes, que acomete á las personas cuando tienen que ocultar algo, gritó llamando á todo el mundo:

—¡Teresa! ¡Elvira! ¡Carmen! ¡Carmen!

—¿Dónde está? ¡Nieves! ¡Nieves! respondieron desde varios sitios.

—Aquí... junto al limonero grande... ¡Ya voy!

Cuando entraron en la casa, Nieves, más serena, recapacitaba y se asombraba de sí misma. ¡Decirle á Segundo *que sí!* Ello habia salido medio á la

fuerza; pero al cabo, había salido de su boca. ¡Qué atrevimiento el del poeta! Imposible parecía que fuese tan resuelto el chico del abogado de Vilamorta. Ella era una dama de distinción, muy respetada: su marido acababa de ser ministro. Y aquella familia de García... ¡Bah!... unos nadies; el usaba cada cuello deshilachado, que daba pena; no tenían criada, las hermanas corrían descalzas á veces... El mismo Segundo, á la verdad... se le notaba muchísimo el aire de provincia, y el acento gallego. No, feo no podía llamársele: tenía algo de particular en la cara y en el tipo... ¡Hablaba con tanta pasión! Como si en vez de rogar mandase... ¡Qué aire de dominio el suyo! Y era lisonjero un perseguidor así, tan entusiasta é intrépido... ¿Quién se había enamorado de Nieves hasta la fecha? Cuatro galanterías; uno que la miraba con los gemelos... Todo el mundo en Madrid la trataba con esa tibieza y consideración que inspiran las señoras respetables...

Por lo demás, no dejaba de comprometerla aquel empeño de Segundo. ¿Se enterarían las gentes? ¿Lo notaría su marido? ¡Bah!... su marido sólo pensaba en sus achaques, en las elecciones... Con ella apenas hablaba de otra cosa. ¿Y si se hacía cargo? ¡Que horror, Dios mio! Y las del escondite, ¿no maliciarían?... Elvira se mostraba más lánguida y

suspirona que de costumbre... ¡A Elvira le gustaba Segundo! A él... no; él no le hacia pizca de caso... Y los versos de Segundo sonaban bien, eran lindos; podían figurar en *La Ilustración*... En fin... Como antes de las elecciones tendrían que marcharse á Madrid, apenas existía peligro grave... Siempre le quedaría un grato recuerdo del veraneo... El caso era evitar, evitar...

No se atrevió Nieves à decirse á sí misma lo que convenía evitar, ni había dilucidado este punto cuando penetró en el salón, donde la partida del tresillo funcionaba ya. Sentóse la señora de Comba al piano, y tecló varias cosillas ligeras, polkas y rigodones para que bailasen las muchachas. Estas le pidieron á voces otra música.

—Nieves ¡la muiñeira!

—¡La *riveirana*, por Dios!

—¿La sabe toda, Nieves?

—Todita. ¿Pues no la he oído en las fiestas?

—A echarla. Venga de ahí.

—¿Quien la echa?

—¿Quien la *repinica*, ¡A ver, á ver!

Alzáronse varias voces delatoras.

—Teresa Molende... ¡juy! Da gusto vérsela bailar.

—¿Y la pareja?

—Aquí... Ramonciño Limioso, que puntea que es un pasmo.

Reíase Teresa, con viriles y sonoras carcajadas, jurando y perjurando que había olvidado la *muiñeira*, que nunca la supo á derechas. De la mesa de tresillo se elevó una protesta: la del dueño de la casa, Méndez. ¡Vaya si Teresiña bailaba bien! Que no se disculpase, que no le valía la disculpa: no habia en todo el Borde moza que echase la *riveirana* con más salero: es verdad que cada día se iba perdiendo la costumbre y el chiste para estas cosas tradicionales, antiguas....

Cedió Teresa, no sin afirmar por última vez su incompetencia. Y después de recogerse con alfileres la falda del vestido para que no le hiciese estorbo, cesó de reir, y adoptó un continente modesto y candoroso, dejando caer el velo de los párpados encima de sus gruesos y ardientes ojos, inclinando la cabeza sobre el pecho, descolgando los brazos á lo largo del cuerpo, é imprimiéndoles leve oscilacion, mientras frotaba una contra otra las yemas del pulgar é índice; y así, andando á menudos pasitos, con los piés muy juntos, siguiendo el ritmo de la música, fué dando la vuelta al salón con singular decoro y la mirada puesta en el piso, deteniéndose al fin en el testero. Mientras esto sucedia, el señorito de Limioso se quitaba

su chaquet rabicorto, quedándose en mangas de camisa, se calaba el sombrero, y pedía un objeto indispensable.

—Victoriña, las postizas.

Corrió la niña y trajo hasta dos partes de castañuelas. El señorito afianzó el cordón entre los dedos, y prévio un arrogante repique, entró en escena. Era la propia estampa de don Quijote en lo seco y avellanado, y como al hidalgo manchego, no se le podía negar distinción y señorío, por más que imitase escrupulosamente los torpes movimientos de los mozos aldeanos. Colocóse delante de Teresa, y la requirió con un punteo apresurado, cortés, pero apremiante, análogo á una declaración de amor. Unas veces hería el suelo con toda la planta del pié, otras con el talón ó la punta sola, dislocando el tobillo y haciendo mil zapatetas, al par que tocaba briosamente las postizas, que en manos de Teresa respondían con débil y pudoroso repiqueteo. Echando el sombrero atrás, el galán miraba osadamente á su pareja, acercaba el rostro al de ella, la perseguía, la acosaba tiernamente de mil modos, sin que Teresa modificase nunca su actitud humilde y sumisa, ni él su aspecto conquistador, sus gimnásticos y resueltos movimientos de ataque.

Era el amor primitivo, el galanteo de los tiempos

heróicos, revelado en aquella expresiva danza cántabra, guerrera y dura; la mujer dominada por la fuerza del varón y, mejor que enamorada, medrosa; todo lo cual resultaba más picante atendido el tipo de amazona de Teresa y el habitual encogimiento y circunspección del señorito. Llegó, sin embargo, un instante en que el galán asomó bajo el vencedor bárbaro, y en medio de los más complicados y rendidos zapateos, dobló la rodilla ante la hermosa, haciendo la figura conocida por *punto del Sacramento*. Fué instantáneo: púsose en pié de un brinco, y dando á su pareja un halagüeño empellón, quedaron de espaldas el uno al otro, pegaditos, acariciándose y frotando amorosamente hombro contra hombro y espinazo contra espinazo. A los dos minutos se separaron de golpe, y con algunos complicados ejercicios de tobillo y algunas vuelas rápidas que arremolinaron las enaguas de Teresa, acabó la *riveirana* y estalló en la sala un motin de aplausos.

Mientras el señorito se enjugaba el sudor de la frente, y Teresa se desprendía la falda, Nieves, alzándose del piano, reparó que en el salón no se encontraba Segundo. La misma observación, pero en voz alta, hizo Elvira. Agonde les dió la clave del misterio.

—De seguro que á tal hora está en el pinar, ó por la orilla del río... Rara es la noche que no va á dar paseos así, muy extravagantes: en Vilamorta hace lo mismo.

—¿Y cómo se cierra la puerta sin venir él? Ese rapaz es loco, declaró Primo Genday. No vamos á quedarnos todos sin dormir, teniendo que madrugar para las labores, por causa de un casquivano. ¿Eh, me comprenden? Yo cierro y que se arregle como pueda. ¡Ave Maria de gracia!

Protestaron Méndez y don Victoriano en nombre de la cortesía y de los deberes de la hospitalidad, y hasta media noche estuvo franco el portal de las Vides, aguardando el regreso de Segundo. Mas como éste no volvía, á las doce fué Genday en persona á poner las trancas á las puertas, diciendo entre dientes:

—Ave Mar... Que duerma al sereno si se lo pide el cuerpo.

Segundo, en efecto, subía hácia el pinar. Encontrábase muy excitado, y juzgaba imposible presentarse delante de gente ni atender á conversación alguna. Nieves, aquella mujer tan respetada, tan bella, le habia dicho *que sí!* No era, pues, vano sueño, ni aspiración propia de un insensato la tendencia á ideales venturas que atormentaba su espíritu, ni la

gloria sería inaccesible cuando el amor estaba ya al alcance de su diestra ansiosa y febril, y con extenderla podia tocarlo. Pensando en esto trepaba por la pendiente senda, y recorría delirante el pinar, recostándose á veces en alguno de los negros troncos, embelesado, sin sombrero, bebiendo el aire nocturno, escuchando como en sueños la misteriosa voz de los árboles y la doliente del río que corría á sus piés. ¡Ah! qué momentos de dicha, cuánta suprema satisfacción le prometía aquel amor que halagaba el orgullo, excitaba la fantasía y satisfacía su delicado egoismo de poeta, ávido de pasión, de goces que la imaginación soñadora abrillanta y la musa puede cantar sin mengua! Todo lo soñado hasta entonces en los versos iba á ser real en la vida; y el canto se alzaría más penetrante, y la inspiración alentaría más poderosa, y las estrofas irian trazadas con sangre, haciendo palpitar el corazón de los lectores!

A despecho del deber y la razón, Nieves le amaba... ¡Lo habia dicho! El poeta sonrió desdeñosamente pensando en D. Vlctoriano y sintió el gran desprecio del ideólogo hacia el hombre práctico pero inepto en cosas del alma.... Luego miró alrededor. Triste estaba el pinar á aquellas horas. Y hacia frío... Además debia ser tarde. En las Vides extrañarían su ausencia. ¿Se acostaría

Nieves ya? Con estos pensamientos fué bajando por el difícil sendero, y llegó al portal diez minutos después de que la mano solícita de Genday habia afianzado la tranca. El contratiempo no alarmó á Segundo: tendría que escalar alguna pared, y casi le agradaba lo novelesco del lance... ¿Por donde entraría?

Indudablemente el ingreso más fácil era el del huerto, al cual podia descolgarse por un talud muy rápido que formaba el monte: cuestión de arañarse los muslos, de rozarse las palmas, pero de estar en la posesión antes de díez minutos sin encontrarse con los perros que guardaban el patio, ni con gente; por hallarse deshabitada aquella parte, que correspondía al comedor. Dicho y hecho. Volvió atrás y ascendió, no sin trabajo, al montecillo: ya en él, dominaba la solana y buena parte del huerto. Estudió la bajada para no caer sobre la paedilla y fracturarse acaso una pierna. Como el montecillo era escueto y sin vegetación, la figura del *Cisne* se recortaba sobre el fondo del cielo.

Al fijar los ojos en la solana para orientarse, Segundo vió á su vez algo que le turbó los sentidos con suavísimo mareo: algo que le causó uno de esos sobresaltos deleitosos que agolpan toda la sangre al corazón para repartirla después gozosa y ardiente por

las venas. En la penumbra de la solana, entre los tiestos, su vista penetrante distinguía, sin que le cupiese la menor duda acerca de la realidad de su visión, una figura blanca, una silueta de mujer cuya actitud parecía indicar que ella tambien le había visto, que le observaba, que le aguardaba allí.

Velozmente le dibujó la fantasía los trazos y perfiles de la escena: un coloquio, un divino coloquio de amor con Nieves, entre los claveles y las enredaderas, á solas, sin más testigos que la ya poniente luna y las flores envidiosas de tanta felicidad. Y con un movimiento prontísimo se echó á rodar por la escarpada pendiente, cayendo sobre la dura paredilla. No hizo caso del golpe, de las descalabraduras ni del molimiento de sus huesos: saltó de la paredilla al huerto y buscó el rumbo de la solana. Los árboles frutales le ocultaban el camino, y dos ó tres veces erró la ruta: por fin logró salir al pie de la solana misma, y entonces alzó la vista para cerciorarse de la verdad de la deseada aparición. En efecto, una mujer esperaba allí, ansiosa, vestida de blanco, apoyada sobre el balaustre de madera de la solana; mas ya la distancia no consentía ilusiones ópticas; era Elvira Molende, con su peinador de percal y el pelo tendido, á guisa de actriz que representa la *Sonámbula*. ¡Con qué afán se inclinaba la pobrecilla!

Casi tenía el cuerpo fuera del balcón. Jurara el poeta que hasta le llamaba por su nombre, muy bajo, con ceceo cariñoso...

Y él pasó de largo. Dió la vuelta á todo el huerto, entró en el patio por la puerta anterior, que no se cerraba de noche, y llamó estrepitosamente á la de la cocina... El criado acudió, renegando de los señoritos que se recogen tarde porque no tienen que madrugar para abrir la bodega á los pisadores.

XX

Como se prolongaban tanto las vendimias y las faenas de elaboración en la magna bodega de Méndez, y por aquel país el que más y el que ménos tiene su poquillo de *Borde* que vendimiar y recojer, emigraron parte de los huéspedes, deseosos de atender á sus propias viñas. El señorito de Limioso necesitaba ver en persona cómo entre oidium, mirlos, vecinos y avispas no le habían dejado un racimo para un remedio, las señoritas de Molende tenian que colgar por sus mismas manos la uva de su famoso *Tostado*, célebre en el país, y por razones análogas fueron despidiéndose Saturnino Agonde, el arcipreste y el cura de Naya, quedándose la corte de las Vides reducida á Carmen Agonde, da-

ma de honor, Clodio Genday, consejero áulico, *Tropiezo*, médico de cámara, y Segundo, que bien podia ser el paje ó trovador encargado de distraer á la castellana con sus endechas.

Ardía Segundo en impaciencia febril, nunca sentida hasta entonces. Desde el dia del coloquio en el limonero, Nieves rehuía toda ocasión de hallarse á solas con él; y el sueño calenturiento de sus noches, la angustia intolerable que le consumía era no pasar del fugitivo *si*, que á veces hasta dudaba haber oído. No podía, no podía resistir el *Cisne* esta lenta tortura, este martirio incesante: menos desdichado si en lugar de alentarle, Nieves le pagase con claros desdenes. No era el ansia brutal de victorias positivas lo que así le atormentaba: sólo quería persuadirse de que le amaban realmente, y que bajo el acerado corsé latía y sentía un corazón. Y era tal su locura, que cuando todo el mundo se interponía entre Nieves y él, le acometían violentos impulsos de gritar:—«Nieves, dígame V. otra vez que me quiere!»—¡Siempre, siempre obstáculos entre los dos; siempre la niña al lado de su madre! ¿De qué servía estar libres de Elvira Molende, que desde la famosa centinela en la solana miraba al poeta con ojos entre satíricos y elegiacos? La marcha de la

poetisa quitaba un estorbo, pero no resolvía la situación.

Y Segundo sufría en su amor propio, herido por la reserva sistemática de Nieves, y también en su ambición amorosa, en su ardiente sed de lo imposible. Corría ya la primer decena de Octubre; el exministro, abatido y lleno de aprensión, hablaba de marcharse cuanto ántes; y aunque Segundo contaba con colocarse luego en Madrid mediante su influjo, y volver á encontrar á Nieves y la suya no existía otro lazo de unión sino la pasajera estancia en las Vides, la poesía del otoño, la casualidad de vivir bajo el mismo techo, y que si no consolidaba aquel devaneo antes de la separación, sería tan efímero como las hojas de la parra, que caían arrugadas y sin jugo.

Despedíase de su galas el otoño: se veía la arrugosa y rugosa deformidad de las desnudas cepas, la seca delgadea de los sarmientos, y el viento gemía ya tristemente despojando las ramas de los frutales. Un dia le preguntó Victorina á Segundo:

—¿Cuándo hemos de ir al pinar, á oir como canta?

—Cuando gustes. hija... Si tu mamá quiere que sea esta tarde...

La niña sometió la proposición á Nieves. Es el ca-

so que Victorina estaba, de algun tiempo acá, más pegajosa y sobona que nunca con su madre: apoyaba continuamente la cabeza en su pecho, escondía la cabeza en el cuello de Nieves, paseábale las manos por el peinado, por los hombros y, sin causa ni motivo, murmuraba con voz que pedía caricias:

—¡Mamá...mamá!

Pero los ojos de la mujercita en miniatura, entornados, de mirada ansiosa y amante al través de las espesas pestañas, no estaban fijos en su madre, sino en el poeta, cuyas palabras bebía la chiquilla, poniéndose muy colorada cuando él le dirigia cualquier chanza, ó daba cualquier indicio de notar su presencia.

Nieves, al principio, se resistió algo, alardeando de persona formal.

—Pero quién te mete á tí en la cabeza...

—Mamá, cuando Segundo dice que los pinos cantan... Cantan, mujer: no te quepa duda.

—¿Pero tú no sabes.... murmuró Nieves regalando al poeta una sonrisa con más azúcar que sal—que Segundo hace versos, y que los que hacen versos tienen permiso para... para mentir... un poco?

—No señora, exclamó Segundo: no enseñe usted á su hija errores; no la engañe V. Mentiras son, generalmente, las cosas que en sociedad hablamos, lo

que tenemos que pronunciar con la lengua, aunque nos quede dentro lo contrario; pero en verso... En verso revelamos y descubrimos las grandes verdades del alma, lo que entre gentes hay que callar por respeto... ó por prudencia... Créalo V.

—Y dí mamá: ¿vamos hoy á eso?

—¿A qué, hija?

—Al pinar.

—Sí te empeñas... ¡Qué manía de chica! Y es que tambien me pica á mi la curiosidad de oír esa orquesta...

Solo tomaron parte en la espedicion Nieves, Victorina, Cármen, Segundo y *Tropiezo*. Quedóse la gente mayor fumando y presenciando la importante operacion de tapar y barrar algunas de las primeras cubas para que se aposentase el mosto, ya fermentado. Al ver salir la comitiva, les dijo Méndez con tono de paternal advertencia:

—Cuidado con la bajada... La hoja del pino, con estos calores, resbala, que parece que está untada de jabón... Darles el brazo á las señoras... Tú, Victorina, no seas loquita, no corras por allí...

Cosa de un cuarto de legua distaria el famoso pinar, pero se tardaban tres cuartos de hora lo menos en la subida, que era como al cielo, por lo pendiente, estrecha y agria, y á cierta distancia empezaba á

alfombrarse de hoja de pino, bruñida, lisa y seca, que si facilitaria probablemente más de lo preciso el descenso, en cambio dificultaba el ascenso, rechazando el pié y cansando las articulaciones del tobillo y rodillas. Nieves, molestada, se detenía de vez en cuando, hasta que se cogió del rollizo brazo de Cármen Agonde.

—¡Caramba... es de prueba este camino! ¡A la vuelta, el que no se mate no dejará de tener maña!

—Cárguese bien, cárguese bien, decía la robusta mocetona.., Aquí ya se rompieron algunas piernas, de seguro... Esta subida pone miedo...

Arribaron por fin á la cima. La perspectiva era hermosa, con ese género de hermosura que raya en sublimidad. Hállabase el pinar, al parecer, colgado encima de un abismo; entre los troncos se divisaban las montañas de enfrente, de un azul ceniciento que tiraba á violeta por lo más alto y remoto; mientras á la otra parte del pinar, la que caía sobre el río, el terreno, muy accidentado, formaba un rapidísimo escarpe, una vertiente casi tajada, sino á pico, al menos en declive espantoso: y allá abajo, muy abajo, pasaba el Avieiro, no sosegado ni sesgo, sino alborotado y espumante, impaciente con la valla que le oponían unos peñascos agudos y negros;

empeñados en detenerle y que sólo conseguían hacerle saltar con epiléptico furor, partiéndose en varios irritados raudales, que se enroscaban alrededor de las piedras á modo de coléricas y verdosas sierpes imbricadas de plata. A los mugidos sollozos del río hacía coro el pinar con su perenne queja, entonada por las copas de los pinos que vibraban, se cimbreaban y gemian trasmitiéndose la onda del viento, beso doloroso que les arrancaba aquel ¡ay! incesante.

Los expedicionarios se quedaron mudos, impresionados por el trágico aspecto del paisaje, que les echó á los labios un candado. Sólo la niña habló; pero tan bajito como si estuviese en la iglesia.

—¡Pues es verdad, mamá! Los pinos cantan. Oyes? Parece el coro de obispos de *La Africana*... ¿Si hasta dicen palabras... atiende... así con voces de bajo... como aquello de *Los Hugonotes*...

Convino Nieves en que efectivamente era musical y muy solemne el murmurio de los pinos. Segundo, apoyado en un tronco, miraba hacia abajo, al lecho del río; y como la niña se aproximase, la detuvo y la obligó á retroceder.

—No, hija... si resbalas y ruedas por esa cuestecita... Anda, apártate.

No ocurriéndoseles ya más que decir sobre el tema de los pinos, se pensó en la vuelta. Inquietaba á Nie-

ves la bajada, y quería emprenderla antes de que el sol acabase de ponerse.

—Ahora sí que nos rompemos algo, don Fermín,.. —decíale al médico.—Ahora sí que tiene usted que preparar vendajes y tablillas...

—Hay otro camino— afirmó Segundo saliendo de su abstracción.—Por cierto que bastante menos molesto, y con menos cuestas.

—¡Si vénganos con el otro camino! — exclamó *Tropiezo*, fiel á sus hábitos de votar en contra.—Aun es peor que el que trajimos.

—Hombre, que ha de ser. Es un poco más largo, pero como tiene menos declive resulta más fácil. Va rodeando el pinar.

—¿Me lo querrá V. enseñar á mí que me se todo este país como mi propia casa? No se anda ese camino: se lo digo yo

—Y yo le digo á V. que sí; y á la prueba me remito. No ha de ser V. terco en su vida. ¡Si lo pasé no hará muchos dias! ¿Se acuerda usted, Nieves, la noche que jugamos al escondite en la huerta; la noche que me cerraron el portal y entré muy tarde ya por la paredilla.

A no estar el lugar tan sombrío por lo espeso de los pinos y lo desmayado y escaso de la luz solar, se vería el rubor de Nieves.

—Vamos—dijo eludiendo la respuesta—por donde sea más fácil y haya mejor piso... Yo soy muy torpe para andar por vericuetos...

Segundo la ofreció el brazo, murmurando en tono de broma:

—Este bendito de *Tropiezo* está tan fuerte en caminos como en el arte de curar... Venga usted y se convencerá de que ganamos mucho.

Tropiezo, por su parte, decía á Cármen Agonde, meneando con obstinacion la cabeza:

—Pues tambien hemos de tener el gusto de ir por el atajo y llegar antes que ellos, y sanos y buenos gracias á Dios.

Victorina, según costumbre, iba colocarse al lado de su madre; pero el médico la llamó.

—Cójete aquí, al puño de mi bastón, anda, que si no resbalarás... Á mamá le basta con no resbalar ella... ¡Y Dios nos aparte de un *tropiezo*! añadió riendo á carcajadas de su propío retruécano.

Las voces y los pasos se alejaron, y Segundo y Nieves prosiguieron su ruta, sin pronunciar una sola frase. Nieves empezaba á sentir cierto temor, por lo muy endiablado de le vereda que pisaban. Era un senderillo escavado en el desplome del pínar, al borde mismo del despeñadero, casi perpendicular con el río. Aunque Segundo dejaba á Nieves el lado

menos expuesto, el del pinar, quedándose él sin tierra en que sentar la planta, y teniendo que poner un pié horizontalmente delante del otro, no por eso cedia el pavor en el ánimo de Nives, ni le parecía menos arriesgada la aventura; se centuplicó su recelo al ver que iban solos.

—¡No vienen! murmuró con angustia.

—Les alcanzaremos antes de diez minutos... Van por el otro camino, respondió, Segundo, sin añadir más palabra amorosa, ni estrechar siquiera el brazo que se crispaba sobre el suyo con toda la energía del terror.

—Pues vamos... suplicó Nieves con apremiante ruego.—Deseo llegar...

—¿Por qué? preguntó el poeta, que se detuvo de repente.

—Estoy cansada... sofocada...

—Pues va V. á descansar y á beber si gusta...

Y con loco ardimiento, sin aguardar respuesta, Segundo arrastró á Nieves, torció á la izquierda, bajó una cuestecilla, y dando vunlta á la roca, detúvose en una meseta estrecha que avanzaba atrevidamente sobre el río. Á las últimos rayos del sol se veía rezumar hilo á hilo, por la negra faz del peñasco, un límpido manantial.

—Beba V., si gusta... en el hueco de la mano porque vaso no lo tenemos; indicó Segundo,

Nieves obedeció maquinalmente, sin saber lo que hacía, y soltando el brazo de Segundo, quiso acercarse al manantial; pero la base de la roca, continuamente bañada por el agua, había criado esa vegetación húmeda, que resbala como las algas marinas, y Nieves, al apoyar el tacón en el suelo, sintió que se deslizaba, que perdía el pié... Allá, en el fondo de su vértigo, vió el río terrible y mugidor, los cortantes peñascos que habían de recibirla y destrozarla, y sintió el frío ambiente del abismo... Un brazo la cogió por donde pudo, por la ropa, acaso por las carnes, y la sostuvo y la levantó en peso... Dobló ella la cabeza sobre el hombro de Segundo, y este sintió por vez primera latir el corazón de Nieves bajo su mano:.. ¡Y bien aprisa! Latía de miedo. El poeta se inclinó, y derramó en la boca misma de Nieves esta pregunta:

—¿Me amas, dí? ¿me amas?

La respuesta no se oyó, porque, caso de haberse formado en la laringe, no pudieron los sellados labios articularla. Durante aquel brevísimo espacio de tiempo, que compendiaba, sin embargo, una eternidad, cruzó por el cerebro de Segundo cierta idea poderosa, destructora, como la chispa eléctrica... El poeta estaba de frente al precipicio, y Nieves á su orilla, de espaldas, sostenida únicamente por el bra-

zo de su salvador. Con apretar un poco más los labios, con avanzar dos pulgadas é inclinarse, el grupo caería en el vacío... Era un final muy bello, digno de un alma ambiciosa, de un poeta... Pensándolo, Segundo lo encontraba tentador y apetecible... y no obstante el instinto de conservación, un impulso animal, pero muy superior en fuerza á la idea romántica, le ponía entre el pensamiento y la acción muralla inexpugnable. Recreábase, en su imaginación, con el cuadro de los dos cadáveres enlazados, que las aguas del río arrastrarían... Hasta presentía la escena de rocogerlos, las exclamaciones, la impresión profunda que haría en la comarca un suceso semejante... y *algo*, algo lírico que se agitaba y latía en su alma juvenil, le aconsejaba el salto.... pero á la vez, un frio temor le congelaba la sangre, obligándale á caminar poco à poco, y no hacia el abismo sino en sentido contrario, hacia la senda...

Todo esto, breve en la narración, fué momentáneo en el cerebro. Segundo advertia en sí un hielo que le paralizaba para el amor como para la muerte... Era la yerta boca de Nieves, desmayada en sus brazos...

Mojó el pañuelo en la fuente, y se lo aplicó á sienes y pulsos. Ella entreabría los ojos. Se oía hablar á *Tropiezo*, reír á Cármen: venían sin duda á bus-

carles y á cantar victorra. Nieves, al recobrar los espíritus y verse con vida, no hizo el menor movimiento para apartarse del poeta.

XXI

Como por tácito acuerdo, los dos héroes de la aventura disminuyeron la importancia del peligro corrido, primero ante sus compañeros de excursión, después ante el senado consulto de las Vides. Segundo guardaba cierta reserva sobre los detalles del caso; Nieves, en cambio, hablaba más que de costumbre, con nerviosa locuacidad, repitiendo cien veces los mismos insignificantes pormenores: habia resbalado; García le tendió la mano; ella se cogió, y como era así, medrosa, se asustó un poquillo, por más que la cosa no lo merecía... Pero el terco de *Tropiezo,* con mansa sorna, le llevó la contraria. ¡Jesús, que disparate! ¡No haber peligro! ¡Pues si era un milagro que Nieves no estuviese á estas horas nadando en el Avieiro! El terreno resbala allí como jabón puro, y las piedras de abajo cortan como cuchillos, y el rio lleva una fuerza, que no sé... Nieves negaba, haciendo por reirse; mas el terror de la cátastrofe duraba escrito en su rostro con tan indelebles rasgos, que su fresca fisonomía, de

sana y caliente palidez, se habia convertido en un rostro ojeroso, deshecho, un cuerpo agitado por escalofrios y espasmos, de esos que llaman *muerte chiquita*...

Ansiaba Segundo decirle dos palábras, para pedirle una entrevista: comprendia que era preciso aprovechar el primer instante en que la gratitud y la pavura ablandaban el alma de Nieves, haciendo palpitar su insensible corazón bajo las ballenas de su corsé, En la breve escena del precipicio apenas dió lugar la llegada de *Tropiezo* para que Nieves correspondiese explícitamente al arrebato del poeta, y Segundo queria concertar algo, arbitrar un medio para verse. para hablarse, para establecer de una vez que aquellos afanes, desvelos é intrigas eran amor, y amor correspondido: mútua pasión, en fin... ¿Dónde y cuándo lograría la apetecida ocasión de ponerse de acuerdo con Nieves?

Diríase que existe en toda historia amorosa un primer período en que los obstáculos se amontonan y las dificultades renacen pujantes é invencibles, desesperando al galan propuesto á vencerlas; y tambien que llega siempre otro segundo período en que la fuerza misteriosa del deseo y el dinamismo de la voluntad derrocan esos estorbos, y las circunstancias, momentáneamente sometidas, se ponen al servicio de

los amantes. Así aconteció la noche de aquel memorable dia. Como la niña se había asustado algo al saber el peligro de su madre, hiciéronla acostarse temprano; y para que cogiese fácilmente el sueño, la acompañó Cármen Agonde dispuesta á contarla cuentos y simplezas. Suprimidos así por los principales testigos, y engolfados los señores mayores en una de sus interminables discusiones vitícolas, agrícolas y sociológicas, Nieves, que habia salido al balcón á respirar porque sentía como un nudo en la garganta, pudo charlar diez minutos con Segundo, situado á la parte de afuera, entre las vidrieras y no lejos de las mecedoras.

A veces ambos interlocutores levantaban la voz, tratando de cosas indiferentes: del riesgo de por la tarde, de lo curioso que era el ruido del pinar... Y bajito, muy bajito, la negociación diplomática seguía su curso... Una entrevista, una conversación con cierta libertad... ¡Pues no había de poder ser!... ¿Y por que no en la solana, aquella misma noche?... ¡Bah! nadie tendría el capricho de ír allí á curiosear lo que pasaba...Él se descolgaría fácilmente al huerto...¿Que nó? Era muy medrosa...¿Hacer mal? ¿Por qué...Cansada y asi como enferma... Si se comprende. Preferia qué fuese de día...Bien; mejor sería del otro modo, pero...¿Sin falta? ¿Á la hora de

la siesta? ¿En el salón?...No, no venía gente nunca; todo el mundo dormía...¿Palabra formal? ¡Gracias! Si, convenía disimular para que no se hiciesen cargo.

Entretanto, los señores de la mesa de tresilllo, hablaban de las vendimias y de sus consecuencias...

Las pobres muchachas del país ganaban bastante en aquella labor: pero ¡bah! murmuró *Tropiezo* riéndose; no ganaban sólo dinero... Ganaban á veces otras cosas... Con esto de andar las cuadrillas mezcladas, y de retirarse de noche, por los caminos oscuros, resultaba que... Ya era axiomático en el país que los hijos del carnaval y de la vendimia no tienen padres conocidos. A propósito de lo cual, don Victoriano emitió algunas ideas de su repertorio favorito, citando la legislación inglesa, alabando la sabiduría de aquella gran nación, que al reglamentar el trabajo material, estudia detenidamente los problemas que entraña, y se preocupa de la suerte del niño y de la mujer... Con estas serias disquisiciones se acabó la velada retirándose cada mochuelo á su olivo.

Sentada Nieves ante la mesita donde tenía abierto su *neceser* y colocado un espejillo de pié con marco de plata, iba desprendiendo una á una las horquillas de concha que sujetaban las roscas de su moño, y

Mademoiselle recogía y y alineaba las horquillas primorosamente en un estuche... Entrenzó después el pelo á Nieves y ésta se echó atrás, respirando con esfuerzo; de pronto, alzó la cabeza.

—¿Si me pudiese V. hacer una taza de tila?.... ¿Allá en su cuarto... sin molestar?

Salió la francesa, y Nieves, muy cavilosa, apoyó el codo en la mesa y la mejilla en la palma de la mano, sin dejar de mirarse al espejo... Estaba con una cara de desenterrada, que imponía. No, aquella vida no podia continuar, ó de lo contrario la llevarían al cementerio... Encontrábase nerviosísima: ¡qué escalofríos, qué desazón, qué momentos tan amargos! Habia visto la muerte cara á cara, y pasado más sustos, más recelos, más congojas en un día que en todos los años anteriores de su exissencia. Si eso era el amor, á la verdad tenia poco de divertido: no servía ella para tales agitaciones.... Una cosa es que agrade parecer bonita y oirlo, y aun poseer un rendido apasionado, y otra estas angustias incesantes, estas aventuras que le ponen á uno el alma en un hilo y le colocan á dos dedos de la vergüenza, y le quebrantan el cuerpo.... Y aseguran los poetas que esto es la felicidad... Será para ellos: lo que es para las pobres mujeres.... Y vamos á ver, por que carecía ella de valor para decirle á Segundo—¡acabemos, no

puedo con estas zozobras, tengo miedo, lo paso muy mal! ¡Ah! Tambien le tenía miedo á él... Era capaz de matarla: sus hermosos ojos negros despedían á veces chispas de electricidad y vislumbres fosfóricas. Y luego él siempre le cogía la acción, se imponía, la dominaba... Por él estuvo á punto de caer en el río, de despedazarse en las rocas... ¡María Santísima! ¿Pues hacia media hora, no faltó poco para otorgarle la cita en la solana? Lo cual era una grandísima locura, siendo imposible dirigirse á aquel rincón de la casa sin que *Mademoiselle*, ó cualquiera, la echase de menos y se descubriese el pastel. ¡Ay Díos mio! ¡Todo aquello era terrible, terrible! ¡Y mañana tenía que acudír al salón, á la hora de la siesta!... Era, una resolución enérgica: acudiría, corriente; pero acudiría á desatar aquel enredo, á decir á Segundo cuatro verdades para que se contuviese: amarla, concedido; no se oponía, muy bueno y muy santo; comprometerla de aquel modo, eso era inaudito; le rogaria que se volviese á Vilamorta; ellos ya se irían pronto á Madrid.... ¡Ah! ¡cuánto tardaba aquella bendita *Mademoisselle* con la tila!

La puerta se abrió... No entró *Mademoiselle*, sino D. Victoriano. Nada tenia de sorprendente su aparición, pues dormía en una especie de despachito, al lado del cuarto de su mujer y dividido de este

por un corredor, y todas las noches, antes de recogerse, daba un beso á la niña, cuyo lecho estaba pegado al de su madre; sin embargo, á Nieves se le puso carne de gallina, y por instinto se volvió de espaldas á la luz, tosiendo á fin de disimular su turbación.

La verdad es que D. Victoriano venía grave, y aun algo fosco y severo... No andaba muy alegre ni expansivo desde el recrudecimiento de su enfermedad; pero sobre su aire abatido resaltaba entonces no sé qué cosa, un velo más negro aún, un nubarrón preñado de tempestades... Nieves, observando que no se acercaba á la cama de la niña, bajó los ojos y fingió alisarse el pelo con el batidor de marfil.

—¿Cómo te encuentras, hija? ¿Te dura el susto —preguntó el marido.

—Sí; aún estoy un poquillo... He pedido tila.

—Bien hecho... Mira, Nieves...

—¡Qué... qué!...

—Mira, Nieves, nos vamos á Madrid cuanto antes.

—Cuando tú digas... Ya sabes que yo...

—No; si es que es necesario, indispensable; es que yo tengo que ponerme formalmente en cura, hija, porque me acabo si así continúo... He incurrido

en la debilidad de confiarme á este bestia de D. Fermín, Dios me perdone... y creo... —añadió con amarga sonrisa—que me ha embromado... Veremos si Sánchez del Abrojo me saca del paso.:. ¡que lo dudo bastante!

—¡Jesús, qué aprensión!—exclamó Nieves, respirando y aprobechando el recurso de la enfermedad. —¡No parece si no que tienes males incurahles! En poniendo el pié allá y tomándote Sánchez de su cuenta... dentro de dos meses ni te acuerdas de ese achaquillo.

—¡Bravo, hija, bravo! Yo no quisiera lastimarte ni parecerte regañón... pero eso que dices... eso que dices prueba que ni me miras, ni te importa un bledo mi salud, ni me haces caso alguno... lo cual, francamente... dispensa... pero ¡no te honra! Mi mal es grave, muy grave... es la diabetes sacarina, que se lleva las gentes al otro mundo bonitamente... Estoy convertido en azúcar... se me debilita la vista... me duele la cabeza... no tengo sangre... y tú ahí, tan serena, tan alegre, retozando como una niña... Eso no lo hace la mujer que quiere á su esposo.. A ti no te ha preocupado mi ettado físico, ni mi estado moral... Estás gozando, pasando una temporada divertidísima... y lo demás,.. ¡buen cuidado te da á ti!

Nieves se levantó trémula, casi llorando...

—¿Qué me dices?... Yo... yo...

—No te alteres, hija; no llores... Tú eres jóven y sana, yo estoy muy gastado y achacoso... Peor para mí... Pero oye... Aunque te parezca seco y grave... yo te quise mucho, Nieves... te quiero aún... tanto como á esa niña que está ahi durmiendo... lo juro delante de Dios... y tú podías... podías quererme algo... como una hija... é interesarte por mí... Será poco tiempo ya de molestia: me siento tan enfermo...

Nieves se acercó en actitud cariñoña, y su marido le rozó la frente con los denegridos labios, apretándola al mismo tiempo contra contra sí... Y añadió:

— ¡Aún tengo que hacerte otra advertencia... echarte otro sermón, hija!

—¿Cuál? — murmuró la esposa sonriendo, pero azorada.

—Ese chico de García... No te sobresaltes, hija, que no es para tanto... Ese chico... te mira algunas veces de un modo muy raro... como si te hiciese el amor.., ¡No, si yo no dudo de tí! Has sido y eres una señore intachable... no te acuso... ni le doy importancia á semejante necedad... Es que... te parecerá mentira... estos chicos de aquí son muy atrevidos; tienen ménos soltura para presentarse, pero

en el fondo más osadía que los de la corte... Yo pasé aquí mis años verdes, y les conozco... Sólo te aviso para que pongas á raya á ese mequetrefe... En los días que nos quedan, suprime los paseos largos y todas esas cursilerías que aquí se hacen... Una dama como tú es, en este sitio, la reína; y no está bien que contigo se tomen las bromas que con las señoritas de Molende ú otras así... ¡Si ya te he dicho qué no me cruza ni por el pensamiento la idea! Una cosa es que ese *Cisne* de lugar se haya enamorado de tí y te dé la mano en los despeñaderos, otra que yo te injurie... ¡Hija!

Poco después se presentó *Mademoiselle* con la tila humeante. ¡Buena falta que le hacía la tíla á Nieves! Tenía los nérvios más tirantes... Estaba convulsa. Hasta neucias la atacaron al beber las primeras cucharadas. *Mademoiselle* le ofreció un poco de poción anti-histérica. Tragóla Nieves, y con algunos bostezos y dos ó tres lagrimillas se alivió su crisis. Pensó en acostarse, y entró en la alcoba, Allí vió algo que renovó su desasosiego. Victorina, en vez de dormír, tenía los ojos abiertos. Probablemente habría oído la convesración.

XXII

Y en efecto, la había oído toda, todita, desde la primera palabra hasta la última. Y las frases del diálogo conyugal daban vueltas en su magín, rodando, entrelazándose, destacándose en letras rojas, impresas en su memoria vírgen. Las repasaba, las comentaba interiormente, las pesaba, hacía deducciones...

Nadie acertará á decir cuál es el momento crítico que divide la noche del día, el sueño de la vigilia, la juventud de la madurez y la inocencia del conocimiento. ¿Quién es capaz de fijar el instante en que aquel niño, convirtiéndose en adolescente, nota en sí ese algo inexplicable que acaso pueda llamarse conciencia sexual; en que el vago presentimiento se trueca en rápida intuición; en que, sin tener noción precisa de las realidades concretas del vivir, adivina todo lo que más tarde le ha de confirmar y puntualizar la experiencia: en que entiende la importancia de una indicación, la trascendencia de un acto, el carácter de una relación, el valor de una mirada ó el sentido de una reticencia? ¿El minuto en que sus ojos, abiertos solamente á la vida exterior, adquieren facultades para

escrudiñar tambien la interior, y perdiendo su brillo superficial, el claro reflejo de su pureza candorosa, toman la concentrada é indefinible expresión que constituye una *mirada de persona grande?*

Llegó para Victorina ese minuto á los once años, aquella noche, sorprendiendo un diálogo entre su padre y su madre. Inmóvil, sujetando la respiracion, con los piecesillos fríos y la cabeza ardorosa y congestionada, la niña escuchó, y después, en la dudosa penumbra de la alcoba, ató algunos cabos sueltos, recordó pormenores, y comprendió al fin, sin darse cuenta de lo que comprendía, pero discurriendo con precocidad singular, debida acaso á la dolorosa viveza con que la fantasía trabajaba en el silencio nocturno y en la quietud del lecho...

Es lo cierto que la niña pasó mala noche, dando vueltas en su monástica y breve camita. Dose dias, sobre todo, se le iban introduciendo y le barrenaban la cabeza á manera de clavos. Su papá estaba muy enfermo, muy enfermo, y además muy disgustado y quejoso porque Segundo se habia enamorado de su mamá... De su mamá. ¡De ella no! ¡Ella, que guardaba todas las flores de Segundo como reliquias!

Las penas de la infancia no conocen límite y consuelo. Cuando se tienen más años y se han corrido mas tormentas y se ha visto con asombro que el hom-

bre puede sobrevivir á ciertos pesares y que la bóveda del firmamento no se hunde cuando perdemos lo que amábamos, entonces casi no existe la desesperación absoluta, patrimonio de la primera edad. Para Victorina era evidente que su papá se moría y que su mamá era muy mala... y Segundo un bribón... y y que se acababa el mundo... y que ella también, se quería morir. Si á los once años de edad fuese posible volverse el pelo blanco, Victorina se cubriría de canas durante la noche en que el sufrimiento la hizo, de niña, mujer, y de criatura indecisa tímida, ruburosa, persona moral, resuelta al mayor heroismo.

Tampoco Nieves gozó mucho los blandos favores del sueño. Las palabras de su marido la dejaron meditabunda. ¿Sería mortal la enfermedad de don Victoriano? ¡Tal vez sí! Estaba muy desmejorado el pobre... Y Nieves experimentaba un comienzo de pena y reconcomio: señor, ¿quien duda que ella quería á su esposo y temía su muerte? No sentiría por él un amor grande, de los que las novelas pintan... ¡bah!.. pero cariño, sí... ¡Ojalá que el mal fuese leve! ¿Y si no lo éra?...¿Y si se quedase vi...? Ni aun mentalmente se atrevía á concluir la palabreja... Pensar en eso, parece ya alimentar malos deseos... No, pero el caso es que las mujeres, en efecto, al morírseles sus

maridos suelen quedarse vi... ¡Maria Santisima! Debia ser una desgracia... Bien; y *¿si sucedía*? Segungundo... ¡Jesús que desatino! De fijo que á él no se le habia pasado por la cabeza semejante absurdo... Los Garcias, unos nadies... Y aqui volvia Nieves á repasar la parentela, el modo de vivir de Segundo...

De buena gana haría novillos á la cita del día siguiente, porque su marido andaba receloso, y era comprometido el lance, aunque en el lugar designado para la entrevista siempre se podría achacar á casualidad el encuentro... Y por otra parte si faltaba, aquel Segundo tan apasionado sería muy capaz de dar un escándalo, de ir á buscarla á su cuarto de entrar por la ventana.

Bien pensado, juzgó mas prudente asistir, y rogar á Segundo... que... que la olvidase... que por lo menos, no la comprometiese... Era lo mejor.

Pasó Nieves la mañana en un estado de quebrantamiento tan grande, que apenas comió; y, durante la comida, no miró ni una sola vez á Segundo, temerosa de que su marido observarse y sorprendiese entre ellos alguna furtiva señal de inteligencia. Para mayor desgracia, Segundo, deseoso de recordarla con los ojos su promesa, la miró aquel más que de costumbre: afortunadamente D. Victoriano parecía distraido por su apetito desordenado de comer y be-

ber. Acabada la comida, se retiraron todos, como siempre, á descabezar la siesta. Nieves tomó el camino de su cuarto. Encontró en él á Victorina, tendida sobre la cama. Por precaución, la hizo preguntas.

—¿Vas á dormir la siesta, monina?

—A dormir, no... Pero estoy á gusto así...

Miróse Nieves al espejo, y se vió descolorida. Se lavó los dientes, y después de cerciorarse con una rápida ojeada de que también reposaba su marido en el cuarto inmediato, se deslizó hasta el salón á paso ligerísimo... Temblaba. Aquella atmósfera de tempestades y peligros, grata para el ave marina, era mortal para el lindo pájaro doméstico. No era vivir estar siempre así, escalofriada de terror y con la sangre cuajada por el susto. ¡No era vivir, ni respirar!... Acabaría por volverse loca: ¿pues no creía sentir pasos, como si alguien la siguiese? Dos ó tres veces se paró, reclinándose desfallecida en las paredes del corredor, prometiéndose á sí misma que no la cogerían en otra.

Al entrar en el salón, se detuvo sobrecogida. ¡Estaba tan silencioso y soñoliento, medio á oscuras, con las maderas casi cerradas,—que sólo permitían el paso á un rayo de sol en que danzaban áureas partículas de polvo,—con sus espejos narcotizados

que tenían pereza de reflejar algo en sus turbias lunas, con la modorra del asmático reloj, cuya esfera parecía un rostro humano que la espiaba y tosía desaprobándola!... De pronto sintió pisadas veloces, juveniles; y Segundo, audaz, enloquecido, vino á caer á sus plantas, con los brazos enlazados en torno de su cuerpo... Ella quería contenerle, avisarle, explicarle... No se lo consintió el poeta, que pronunciaba tiernas exclamaciones de gratitud y de pasión, y, ya en pié, la levantaba del suelo, con el irresistible impulso amoroso que no calcula los actos.

Don Victoriano, al ver entrar en su aposento á la niña, blanca como la cera, casi livida, despidiendo fuego por los ojos, en una de esas actitudes de horror que ni se fingen ni se imitan, saltó de la cama donde, despierto, fumaba un puro... La niña le decía con voz ahogada:

—¡Ven,papá!... ¡Ven, papá!

¿Que pasaría por la mente del padre? Jamás se supo el porqué siguió á la niña, sin dirijirla ni una leve pregunta. En el umbral del salón, detúvose el grupo... Nieves exhaló un chillido altisonante, y Segundo, con hermoso arranque varonil y apasionado, la escudó con su cuerpo... Defensa innecesaria ya. La figura de hombre detenida en la puerta no amenazaba: lo que de ella infundía miedo, era cabal-

mente su actitud de estupor y anonadamiento: parecía un cadáver, un espectro abrumado de desesperación impotente. El rostro, más que amarillo, verde; los ojos abiertos, nublosos y fijos; las manos y rodillas trémulas... Aquel hombre hacía vanos esfuerzos para hablar; la parálisis empezaba por la lengua: inútilmente intentaba revolverla en la boca, formando sonidos... ¡Lucha horrible! Pugnaba la frase por salir de los lábios, y no salía: la faz, de lívida, pasaba á roja, congestiouándose, y la niña, abrazando la cintura de su padre, viendo aquel combate de la inteligencia con los órganos, gritaba:

—¡Socorro! ¿Socorro! ¡Se muere papá!

Nieves, sin osar acercarse á su marido, pero comprendiendo que en efecto algo grave le sucedía, chilló también pidiendo socorro. Y fueron apareciendo por las puertas Primo Genday en mangas de camisa Méndez con un pañuelo de algodón atado sujetando las orejas, *Tropiezo* con los pantalones á medio abrochar...

Segundo, silencioso,quieto en mitad de la sala, no sabía que hacer de su persona: el irse,era desairado; el quedarse... *Tropiezo* le sacudió:

—Anda, chico, volando á Vilamorta... Dile á Doroteo el del coche que salga á Orense y traiga un médico de allá, el de más nombre... ¡Yo no quiero

este *tropieciño!* indicó guiñando un ojo. — Corre, disponte.

El *Cisne* se acercó á Nieves, que derrumbada en el sofá, lloraba, con su fino pañuelo apoyado sobre la boca.

—Me mandan á buscar un médico, Nieves, ¿Qué hago?

—¡Vaya usted!

—¿Vuelvo?

—No....déjemo usted por Dios....¡Que venga que venga el médico!—Y sollozó más fuerte

. . . . . .

Por pronto que anduvo, hasta la madrugada del dia siguiente no llegó el facultativo á las Vides. Opinó que el caso no era extraordinario: la diabetes suele terminar así, con parálisis seguida de derrame seroso: una de las complicaciones más frecuentes en tan terríble enfermedad... Añadió que era conveniente trasladar á Orense al enfermo, con precauciones. La traslacion se hizo sin grandes dificultades, y don Victoriano aun vivió unos dias. A las veintieuatro horas de su entierro, Nieves y Victorina, rigurosamente enlutadas, salieron para la córte.

XXIII

OBRE Vilamorte ha caido el negro cortinaje de invierno. Llueve, y por la calle principal y la plaza, empapadas y cubiertas de sucio barro, sólo cruza, de tiempo en tiempo, algún cumpesino invísible bajo su capa de juncos, ginete en un rocín cuyas herraduras baten el suelo y alzan un chapoteo de fango. Ya no hay fruteras, por la plausible razón de que tampoco hay fruta: todo está solitario, húmedo, enlodado y mohoso. Cansín, con zapatillas de orillo y bufanda, se pasea sin cesar ante su puerta por evitar los sabañones; el Alcalde aprovecha un reducidísimo soportal que hay frente á su casa para entretener la tarde, dando diez pasos hácia arriba y diez hácia abajo, patear muy fuerte y calentarse los piés; ejercicio sin el cual afirma que no digiere.

¡Ahora sí, ahora sí que la pobre villita está muerta! Ni agüistas, ni forasteros, ni férias, ni vendimias. Una paz, un abandono de cementerio y una humedad tan terca, que deja rastros verdes en los sillares de las casas en construcción. Las villitas así, en invierno, son capaces de producir murria al más alegre:

son la raíz cuadrada del fastidio, la quintesencia del esplín, la desidia de peinarse, la pereza de vestirse. la interminable noche el aguacero terco, el frio lúgubre, el aire color de ceniza y el cielo color de panza de burro...

En medio de aquella especie de sueño letárgico que duerme Vilamorta, hay, sin embargo, unos seres felices, unos seres en la plenitud de su ventura, aunque prózimos á concluir su existencia del más trágico modo: seres que, con sólo el ínstinto natural, han adivinado la moral de Epicuro y la practican, y comen y hozan y se regodean, y no temen á la muerte ní piensan en la inexplorada región cuyas puertas se abren al morir: seres que gozan en recibir el agua llovediza en su estirado pellejo; seres para quienes el lodo es baño deleitosísimo donde muy gustosos se chapuzan y revuelcan, abandonando la incomodidad y estrecho de sus cubiles y pocilgas. Ellos son, en esta época del año, dueños y señores indiscutibles de Vilamorta: ellos, los que con sus fastos y hazañas dan pábulo á la conversación de la boticas y entretienen las véladas familiares, en que se discute su respectiva corpulencia y se les estudia desde el punto de vista de sus cualidades propias, trabándose acaloradas discusiones acerca de si la oreja corta ó larga, el rabo bien enroscado, la pezuña más ó menos re-

cogida y el hocico más ó menos agudo, prometen carne más suculenta y grasa más copiosa. Hácense comparaciones: el marrano del *Pellejo* es soberbio como tamaño, pero sus carnes de un rosa erisipelatoso y su bandullo inmenso y flofo, delatan al cerdo de fibra muelle, mantenido con despojos de tahona: cochino soberbio, el del Alcalde, cebado con castaña: algo más chico, pero ¿qué jamones ha de tener! ¡qué jamones!: que tocinos! ¡qué lomos, que dan ganas de sentarse en ellos! Ese será el cerdo de la temporada. Sin embargo, hay quien afirma que el superior, el soberano marranil de Vilamorta, es la cerda de la tía Gaspara, la de Garcia. Las ancas de tan magnífico bestión parecen una carretera: ya ha estado á punto de ahogarse con su propia gordura: ¡sus glándulas mamarias tocan con las pezuñas y besan el barro de la calle. ¿Quien puede calcular las libras de grasa que rendirá, ni las morcillas que se llenarán con su sangre y lalonganiza que saldrá de sus asaduras?

Cesa de llover una semana; arrecia el frio; cae helada y la escarcha se depoiita en tersos cristales sobre las yerbas de los linderos y enburece la tierra.... Es la señal de la hecatombe, á la cual todos los auspicios son favorables, pues además del frío, es cuarto creciente de luna; que si fuese menguante,

menguaría la carne muerta....Ha llegado la hora de empuñar el cuchillo. Y en las largas noches de Vilamortá se oyen á la hora menos pensada desaforados gruñidos: primero de furor, que indican la impotente rabia de verse sujeto al banco, y revelan en el enervado cerdo doméstico la prole del jabalí montés; luego de dolor, cuando la cuchilla penetra al través de los tejidos; un grito casi humano, de suprema agonía, cuando la hoja se hunde en el corazón; y por último, una serie de quejidos desesperados, que van debilitándose al paso que la fuerza y la vida se escapan envueltas en el caliente chorro sanguíneo....

Ocurría este drama espeluznante en casa del abogado García á las once de una glacial y serena noche de Diciembre. Las niñas, locas de gozo, muertas de curiosidad, se atropellaban alrededor del agonizante cerdo, en cuyo corazón y garganta sepultaba el cuchillo el matachín, de arremangados brazos. Segundo, encerrado en su dormitorio, tenia pliegos de papel más ó menos emborronados....¡Hacía versos! Mas como llegase hasta él el ruido de la tragedia, soltó la pluma con desaliento. Había heredado de su madre un profundo horror al espectáculo de la matanza: á su madre solía costarle diez ó doce días de padecimientos, en que no probaba bocado, asqueada por

la vista de la sangre, de los intestinos y vísceras, tan semejantes á intestinos y vísceras humanas, por el olor groseramente aperitivo y excitante del mondongo y de las especias, por las pingüedinosas moles de tocino pendientes del techo.... Aborrecía Segundo hasta el nombre del cerdo, y en el estado enfermizo de su ánimo, en la excitación nerviosa que le consumía, era para él no imaginado suplicio el no conseguir poner el pie fuera de casa sin tropezarse, sin enredarse en los malditos y repugnantes animales, ó ver, á través de las puertas entreabiertas, trozos de sus cadáveres suspendidos en garfios. Todo Vilamorta trascendía á muerte de cerdo, á vaho de mondongada: Segundo no sabía ya dónde meterse, y se encuartelaba en su aposento con las puertas y las ventanas bien cerradas, aislándose del mundo exterior, para vivir con sus sueños y fantasías en un país donde no había marranos y solo existían pinares, flores azules, precipicios.... ¡Insuficiente precaución para librarse del tormento de aquella época brutal del año, puesto que el drama de la glotonería y de la materia le asediaba allí, en su misma casa.... El poeta cogió el sombrero y salió de estampía. Necesitaba huir donde no oyese aquellos gruñidos, ni le envolviesen aquellos olores. Pasó de largo por el zaguán, cerrando los ojos para no ver, á

la luz del candil que sustentaba una de las chiquillas, á la tía Gaspara con su brazo de esqueleto desnudo hasta el codo, agitando en un barreñón un líquido rojo y espumante. Al ver salir á Segundo, las hermanas soltaron el trapo riéndose á carcajadas, y le llamaron ofreciéndole regalos grotescos, innobles despojos del moribundo....

Leocadia no se había acostado: sentíase indispuesta, y dormitaba envuelta en un gran mantón, transida de frío; prestamente abrió la puerta á Segundo, preguntándole alarmada si le sucedía algo. Nada, á la verdad.....En casa de Segundo estaban matando el cerdo: noche toledana; no le dejarían dormir.... Hacía además tanto frío aquella noche....que se encontraba no muy bien, así como pasmado....Que le hiciese una tacita de café ó mejor un ponche de ron....

—Las dos cosas, corazón. Enseguidita.

Recobró Leocadia su actividad y brío como por ensalmo. Pronto ascendió de la ponchera la llama color de zafiro del ponche; á su reflejo traidor, la cara de la maestra parecía muy demacrada. Faltábale aquel aspecto saludable, aquel tono suyo, moreno caliente, como de corteza de pan. La madurez femenina, la crisis fatal de los últimos años de amor, se leía en el semblante empalidecido, en el brillo fe-

bril de la mirada, en el cárdeno tinte de los labios. Sobre la prosa de sus facciones vulgarísimas imprimía el dolor sello casi poético; como había enflaquecido, resultaban mayores sus ojos; ya no era la mujerona de buenas carnes, limpia y fresca de boca, que picada de viruela y todo aún arrancaba al tabernero un requiebro bestial; abrasábala el fuego interior de una pasión imperiosa, exigente, incoercible: la pasión postrera, la más poderosa, la que ni vence la razón, ni borran los años, ni puede cambiar de objeto; la que hinca sus garras en las entrañas y no suelta la presa sino cuando ya la ha matado.

Y tenía esta pasión tan extraño carácter, que siendo insaciable, volcánica, desesperada, lejos de dictar á Leocadia actos de violencia y arrancarle rugidos de leona, le inspiraba una abnegación y generosidad sin límites, suprimiéndola por completo el egoismo. Horribles habían sido para ella los días del verano, las vendimias, todo el tiempo en que apenas veía á Segundo, en que le contaba que no se acordaba de ella, que se consagraba á otra mujer; ¡y sin embargo, ni salió de su boca una palabra de celos, ni un reproche, ni le pesó de haber dado á Segundo el dinero; y al ver al poeta era su alegría tan franca, tan grande, que borraba como por magia todos los sufrimientos y los compensaba con creces!

Ahora existía un motivo más para que ella se desviviese por el poeta. Tampoco el andaba bueno. ¿Qué le dolía? Ignorábalo él mismo. Mal del espíritu, nostalgia, murria, ahogo producido en sus pulmones de soñador por el mezquino ambiente que respiraba....Constante inapetencia, negra melancolía, el estómago fatigado, los nervios como cuerdas de guitarra....Y no era su pasión por Nieves como la de Leocadia, de esas que absorben el sér todo, interesan el corazón, atenacean la carne y subyugan el alma: Nieves sólo vivía en su cabeza, en su amor propio, en sus facultades líricas, en sus desvaríos románticos, generadores eternos de la ilusión. Nieves encarnada en forma visible, gentil y halagüeña, sus ansias de gloria, su ambición artística.

Leocadia sirvió el ponche y el café, y como le temblaba la mano de placer y emoción, dejó caer el líquido hirviente, quemándose un poco: mas no hizo caso de la quemadura y siguió tan solícita, cuidando como siempre, de que todo estuviese á la perfección. Para hablar con el poeta de algo que le agradase y divirtiese, le preguntó por el tomo de poesías que traía entre manos y debía extender su fama lejos de Vilamorta así que se imprimiese en Orense...Segundo no se mostró entusiasmado con tal perspectiva.

—En Orense, mujer....en Orense....¿Sabes que he mudado de idea? Ó lo imprimo en Madrid.... ó no lo imprimo: poco perderán con eso las musas españolas.

—¿Y porqué no te gusta ya imprimirlo en Orense?

—Verás....Le sobra razón á Roberto Blánquez, que me lo aconseja desde Madrid....Ya sabes que ahora Roberto está allá, empleado....Dice que las obras impresas en provincias no las lee nadie; que él ha visto el desprecio con que se miran allí las que traen pie de imprenta de fuera de la corte...Que además aquí tardan un siglo en imprimir un tomo, y salen plagados de erratas, y con una forma tan fea.... En fin, que no gustan....Y para eso....

—Pues á Madrid con el libro; ¿qué importa?

—Chica....Roberto me asusta con los precios de las ediciones....Parece que la broma cuesta un ojo de la cara....No hay editor que compre versos, ni siquiera que vaya á medias con el autor....

No contestó Leocadia, limitándose á sonreir. Tenía la salita aspecto de íntimo bienestar: aunque el invierno había despojado de sus encantos al balcón, poniendo amarillas las albahacas y mustios los claveles, allí dentro del gorgoteo de la cafetera, el vaho alcohólico del ponche, la quietud, el solícito cariño

de la maestra, todo parecía templar y suavizar el ambiente. Segundo sentía apoderarse de su cuerpo un sopor grato.

—¿Me das una manta de tu cama? dijo á la maestra. Hoy en mi casa no hay medio de descansar, mujer.... Yo reposaría un poco aquí en este sofá.

—Tendrás río.

—Estaré en la gloria. Anda.

Leocadia salió y volvió arrastrando un objeto pesado, enorme: un colchon. Después trajo la manta; luego, fundas. Total, una cama de veras. Para lo que faltaba, las sábanas no más.... ¡Bah! También las trajo.

XXIV

No vaciló Leocadia al día siguiente. Sabía ya el camino y fué derecha á casa del abogado. Éste la recibió con el entrecejo fruncido. ¿Pensaban que fabricaba moneda? Leocadia ya no tenía bienes que empeñar; los que llevaba valían tan poca cosa.... Si se resolvia á hipotecar la casa, él hablaria con su cuñado Clodio que tenia ahorros y ganas de una finca así.... Leocadia exhaló un suspiro de pena. Sucedíale lo contrario que á los campesinos

ningún apego á los terrones; ¡pero la casita! ¡Tan limpia, tan mona, tan cómoda, hecha á su gusto!

—Psh....con abonar el importe de la hipoteca.... la recobra usted en seguida.

Dicho y hecho. Clodio aflojó la mosca, lisonjeado con la esperanza de adquirir por la mitad de su valor un nido tan cuco, donde acabar su vida solterona. De noche, Leocadia pidió á Segundo que le enseñase el cuaderno de sus poesias y le leyese algunas. Hablábase mucho allí, con reticencias y alusiones trasparentes, de ciertas flores azules, de las voces de un pinar, de un precipicio y de otras varias cosas que bien entendía Leocadia no eran inventadas, sino que tenía su clave en pasados y para ella misteriosos acontecimientos. La maestra adivinó una historia de amor, cuya heroína sólo podia ser Nieves Méndez. Pero lo que no podia entende ni explicarse, era cómo estándo ya la señora de Comba viuda y libre para premiar el amor de Segundo, no lo hacia inmediatamente... Los versos revelaban profundo desaliento, ardiente delirio amoroso y amargura muy honda.... ¡Ahora comprendia Leocadia las tristezas de Segundo, su decaimiento, su pasión de ánimo! ¡Cuánto padeceria allá por dentro! Los poetas, á fuer de tales, deben sufrir más y con más crueles torturas que el resto de los humanos....No cabia duda: aquella ausencia,

aquellos recuerdos estaban matando á Segundo lentamente...Leocadía no sabia por donde empezar la conversación.

—Mira, oye... Esos versos son preciosos y merecen que los impriman con letritas doradas... Casualmente, chico, estos días he recogido unos cuartos de Orense... ¿Sabes que he pensado la otra noche, mientras tú dormías en la camita que te armé? Qué era mejor irlos tú á imprimir en persona... Allá... á Madrid...

Con gran sorpresa vió nublarse el rostro de Segundo. ¡Ir el á Madrid ahora! Imposible: era preciso antes saber algo de Nieves.... La trágica escena final de sus amoríos, el desenlace de la repentina viudez, todo alzaba entre los dos una valla difícil de salvar... Nieves era rica... y hoy Segundo, al presentarse en su casa, al caer á sus pies, no sería el enamorado que pide pasión, sino el aspirante á marido.... que alega derechos anteriores, y fundado en ellos aspira á reemplazar al difunto.... Y Segundo, que había aceptado dinero de Leocadia, sentía que su orgullo se sublevaba á la idea de que Nieves pudiese tomarle por un especulador, ó desdeñarle por oscuro y pobre.... ¿Pero no le amaba Nieves? ¿No se lo había dicho? Entonces, ¿cómo no trataba de saber de él? Es verdad que tampoco él intentaba comunicarse con la be-

lla viuda, ni refrescar sus recuerdos.... Es que temía hacerlo sin arte, sin oportunidad, y abrir la herida causada por el fallecimiento del esposo....

El tomo de versos.... ¡Excelente idea! El tomo de versos era el único medio de volver á la memoria de Nieves en bella forma, llevado en alas del aplauso público.... Si aquel tomo se leía, se elogiaba, gustaba, conquistaba á su autor una reputación, desaparecería entre él y Nieves toda diferencia social que pudiese hacer absurdas sus pretensiones... ¡Casarse!... pensaba Segundo... Lo del casamiento le parecía secundario... Que Nieves le amase... No bodas, amor pedía él. En la misma mesita de Leodia escribió á Roberto Blánquez dándole instrucciones, y preparó el manuscrito para certificarlo y le puso el índice y la portada, con el impaciente júbilo del que, olfateando la suerte, compra un billete de lotería....

Así que él se retiró, quedóse Leocadia profundamente preocupada. ¡Segundo no quería ir *allá!* Entonces.... El relámpago de ventura que cruzó ante sus ojos con la idea de que Segundo echase raíces en Vilamorta, lo apagaron dos pensamientos: uno, que Segundo allí se secaría de tedio; otro, que ella no podría facilitarle mucho tiempo ya lo que necesitara.... Hipotecar la casa; era quemar el último car-

tucho.... ¿Qué hipotecaría después? ¿Su propia persona? Y sonrió con tristeza.

En el corredor resonaban los gruesos zapatos del olvidado jorobadito, que iba en busca del lecho, donde Flores tardaría poco en arrullarle con sus solecismos y letanías bárbaras. La madre suspiró. ¿Y aquel ser, aquel ser que no tenía mas sostén que ella? ¿De qué viviría? Cuando su madre, arruinada del todo, no le pudiese dar ni cama, ni alimento ¿qué mudo y continuo reproche sería para ella la presencia del infeliz? Y ¿cómo le hacía trabajar?...

¡Trabajar! Esta palabra le recordó algunos planes, ya madurados en esas noches de desesperación é insomnio en que pasamos revista á nuestra vida entera y trazamos nuevas combinaciones y recorremos mentalmente todos los caminos posibles... Claro está que Minguitos no servía para el trabajo material de la tierra, ni para hacer zapatos, ni para moler chocolate como aquel buen mozo de Ramón; pero sabía leer y escribir, y en cuentas, con poco que Leocadia le repasase, sería un prodigio... Estar detrás de un mostrador no mata á nadie: atender al que llega, contestarle, cobrar, apuntar lo vendido, más son ocupaciones divertidas y que espacían el ánimo, que labores molestas... ¡Así se distraería el jorobadito, y perdería un poco el horror á la gente, el miedo á que se riesen de él!

Dos años antes, Leocadia habria insultado á quien le propupiese apartarse de su niño, robarle el calor de sus brazos amantes. ¡Ahora, la solución de hacer de él un dependientito de comercio le parecía tan sencilla y natural! Algo, sin embargo, latía aún en el fondo de su corazon de madre; unas fibrillas muy pegadas todavía al alma, que sangraban, que dolían... A arrancarlas pronto. Todo era por bien del chico, por hacerle hombre, para que hoy ó mañana...

Celebró Leocadia dos ó tres conferencias con Cansín, que tenia en Orense un primo, dueño de un establecimiento de paños; y Cansín, encareciendo mucho su alta influencia y la importancia del favor, dió á la maestra una carta de recomendacíon eficaz. Fué Leocadia á la capital, vió al patrón, y estipularon las condiciones de la admisión de Minguitos. Le mantendrían, le lavarian la ropa, y le harían algún traje de los retales de paño que quedasen por el almacen... Pagar no le pagarían nada, hasta que supiese bien el ocio, y allá á la vuelta de un par de años...¿Y era muy jorobado? porque eso le gusta poco á la clientela....¿Y era honradito? Nunca le habia cogido á su madre dinero de los cajones, ¿verdad?

Leocadia volvió con el alma empapada en acíbar. ¿Como se lo decía á Minguitos y á Flores? ¡Sobre todo á Flores! Imposible, imposible: armaría un escán-

dalo que alborotase á la vecindad... Y había prometido llevar á Minguitos sin falta á su puesto el lúnes próximo... Ideó una estratagema. Afirmó que estaba en Orense una parienta suya, y que le llevaba el niño para que le conociese: pintó la expedición con risueños colores á fin de que Minguitos creyese que iba á divertirse... ¿No tenia ganas de ver otra cosa á Orense? Pues es un pueblo magnífico: ella le enseñaría las Burgas, la Catedral... El niño, con su horror instintivo á los sitios públicos, al trato con hombres, meneaba tristemente la cabeza; y en cuanto á la vieja criada, como si algo rastrease, estuvo furiosa toda la semana. Cuando llegó el domingo y se metieron madre é hijo en el coche, al subir al estribo, Flores se arrojó al cuello de Minguitos y le dió un abrazo trémulo y senil de abuela choca, babándole el rostro con el besuqueo de sus arrugados lábios... Después se pasó el dia sentada en el umbral de la casa, murmurando en alta voz palabras de sorda cólera ó de cariñosa lástima, apretándose la frente con ambas manos, en desesperado ademán.

Leocadia, ya en el coche, trató de convencer á su hijo y le describió la buena vida que le esperaba en aquel precioso establecimiento, situado en lo más céntrico de Orense, tan entretenido, donde tendría poco trabajo y la esperanza de ganar, hoy ó mañana

algún dinerito suyo... A las primeras palabras, el niño fijó en su madre los ojos atónitos, en los cuales, poco á poco, la inteligencia se abrió paso... Minguitos solía comprender á media palabra. Bajo la cabeza y, arrimándose á su madre, se recostó en su regazo. Como callaba, Leocadia le preguntó:

—¿Que tienes? ¿Te duele la cabeza?

—No...déjame dormir así... un poquito... hasta Orense.

Permaneció, en efecto, quieto y callado y al parecer, dormido, acunado por el traqueteo del coche y el ruido ensordecedor de los cristales. Al llegar á la ciudad, Leocadia le tocó en el hombro:

—Ya estamos...

Saltaron del coche y entonces notó Leocadia que tenia el regazo húmedo y que alli donde se habia apoyado la frente del niño, resbalaban sobre el merino negro dos ó tres irisadas gotas de agua... Pero al verse entre gente desconocida, en el lóbrego almacen, abarrotado de piezas de paño oscuro, la actitud del jorobado dejó de ser resignada: cogióse á su madre con desesperado inpulso, exhalando un solo grito, resumen de todas sus quejas y afectos:

—Maaamá...maaamá...

Aquel grito aun lo oía dentro de su corazón Leocadia cuando, de regreso á Vilamorta, vió á Flores

que la acechaba en la puerta. Acechar es la palabra exacta, pues Flores se lanzó sobre ella como un perro de presa, como una fiera que reclama y exige su cria. Y lo mismo que el hombre furioso arroja contra su adversario cuanto á mano encuentra, asi Flores derramó sobre Leocadia toda clase de injurias, gritándole con su voz balbuciente de vejez y odio:

—¡Ladrona, ladrona, infame! ¿Dónde tienes á tu hijo, ladrona? ¡Anda, borracha, mala mujer, anda á beber licores... y tu hijo puede ser que se esté muriendo de hambre! Perdida, loba, falsa, ¿y el chiquillo? ¿Dónde está, ángel de Dios? ¿Donde lo tienes bribona, que rabiabas por librarte de él para quedarte con el otro señorito de morondanga? ¡Loba, loba, que aun las lobas quieren á los hijos! ¡Loba lobona... si tuviese un fusil, tan cierto como estoy aquí que te cazaba con perdigones!

Pálida, con los ojos enrojecidos, Leocadia extendió las manos para tapar la boca á la frenética vieja; pero ésta, con sus desdentadas encías, apretó aquellas manos, dejando en ellas la baba de su cólera; y mientras la maestra subía la escalera, la vieja iba detrés, fatídica, murmurando en voz sorda:

—Nunca bien te ha de querer Dios, loba...Dios te castigará y la Virgen Santísima... Anda, anda, regodéate porque hiciste tu voluntad... Maldita seas, maldita seas... maldita, maldita.

La maldición estremeció á Leocadia... La casa, con la ausencia de Minguitos, parecía un cementerio: Flores no habia preparado comida, ni encendido luz... Leocadia, sin ánimos para hacerlo, se echó en la cama vestida, y mas tarde se desnudó y acostó sin probar bocado.

XXV

Con qué interés leía Segundo las cartas de Roberto Blánquez, durante aquella temporada en que le daba noticias de su libro! Roberto tenía algunos años más que el *Cisne:* no tantos que lesimpidiesen haber sido muy amigotes allá cuando estudiantes; pero suficientes para que Blánquez conociese algo más el mundo y pudiese servir al poeta de guía y mentor. También Blánquez había tenido su época de *cisne*, rimando versos gallegos; ahora se dedicaba á la prosa de un humilde empleillo y hacía artículos de carácter administrativo; Madrid le ilustraba; y con la penetración natural é ingénita en quien tiene en sus venas sangre gallega de las rías, iba conociendo la vida práctica.... Profesaba á Segundo fanática admiración y cariño ver-

dadero, de esos que se forman en las aulas y duran siempre. Segundo le escribía con absoluta confianza: unas primas de Blánquez eran amigas de la madre de Nieves Méndez, y por tal conducto sabía el poeta algo de su dama. No ignoraba Blánquez los episodios del verano. Y solía dar en los primeros tiempos, noticias muy satisfactorias. «Nieves vive retiradísima.... Me enteraron mis primas.... Apenas sale sino á misa.... La niña no está buena.... Dicen los médicos que es el desarrollo.... La van á llevar à un convento del Sagrado Corazón, para educarla. ¡La madre dicen que está guapa, chico! Parece que quedaron muy bien de intereses.... El libro no tardará ya mucho.... Ayer escogí el papel para la tirada, y el de los cien ejemplares de lujo en papel de hilo.... Los caracteres serán elzevirianos, que es lo más de moda.... La portada.... ahora se hacen preciosas seis tintas.... ¿Quieres que represente una cosa bonita, algo alegórico?».... Así por este estilo eran las cartas de Roberto, manantial de ensueños, alimento único de la fantasía de Segundo en aquel largo invierno, tétrico y oscuro, en aquel ignorado rincón, en la prosa de su casa, en los recuerdos de su malograda empresa amorosa.

Corría Marzo, mes ambiguo, de agua y sol, en que ya la primavera se anuncia con abundancia de viole-

tas y prímulas, y el frío empieza á disminuir, y por el cielo, de un azul acuarela, flotan como girones de lino blancas nubes, cuando Segundo recibió esa cosa inefable, que hace palpitar de júbilo y de ansiedad y de inexplicable temor el corazón del hombre; esa cosa sólo comparable, por las sensaciones que produce, al hijo primogénito recien nacido: ¡el primer libro impreso! ¡Parecíale un sueño que estuviese allí el libro, allí, delante de sus ojos, en sus manos, con la cubierta blanca satinada donde el dibujante había entrelazado graciosamente, alrededor de un grupo de pinos, unos cuantos tallos floridos de *no me olvides*; con su papel color garbanzo, que hacía parecer antigua y rancia la edicion, y encabezadas las composiciones con tres misteriosos asteriscos! Al ver allí sus versos, limpios de borrones, nítidos, correctos, con el pensamiento destacado por la enérgica negrura de la tinta sobre la página clara, daban ganas de creer que habían nacido así, tan fáciles y con tan adecuados consonantes y sin enmiendas ni ripios.

A Leocadia la conmovió el libro, más todavía que al autor. Rompió la maestra en copioso llanto de gozo. ¡Era la gloria de su poeta, obra suya en cierto modo! Por dos ó tres dias anduvo contentísima, olvidando las malas nuevas que le traia Flores de Orense todos los domingos; de Orense, adonde Leocadia no

se atrevia á ir por temor de ceder á los ruegos y ablandarse ante las súplicas del niño, pero donde latían aquellas fibrillas de su corazón que aún destilaban sangre, y que Flores torturaba con el relato de los sufrimientos de Minguitos, cada vez más desmejorado siempre quejándose de que en el almacén se mofaban de él y le echaban en cara su joroba.

¡Enigmas del corazón humano! Segundo, que desdeñaba el lugar de su nacimiento; que creía y no se equivocaba, que en Vilamorta no existía persona alguna capaz de aquilatar el mérito de una poesía, no pudo, sin embargo, dejar de ir una noche á casa de Saturnino Agonde, y sacando negligentemente del bolsillo el tomo, echarlo sobre el mostrador diciendo con fingida indiferencia:

—¿Que te parece esta impresión, chico?

Al punto se arrepintió de semejante debilidad, tantas fueron las tonterías y patochadas que el elegante tomo inspiró á la irreverente tertulia. ¡Nunca lo hubiera enseñado! En fin, él se tenía la culpa. ¡Si el público no le trataba mejor que sus conciudadanos!... Nunca es dueño el hombre de prescindir por completo de la atmósfera que respira: siempre ha de interesarle aquel horizonte que ve. Por poca importancia que concediese Segundo al dictamen de los vilamortanos, y aunque ciertamente su aproba-

ción no lograria enorgullecerle, su inepta befa le ulceró y enconó el alma... Retiróse á su casa lastimado y dolorido. Pasó una noche febril, de esas noches en que se conciben magnos proyectos y se adoptan resoluciones decisivas.

Las condensaba en su carta á Blánquez... Este no contestó á vuelta de correo: pasaron días y días, y Segundo fué todas las mañanas á la estafeta, recibiendo siempre la misma respuesta lacónica... Por fin le entregaron una carta voluminosa, certificada.

XXVI

L abrirla cayeron varios números de periódicos, donde señalados con una cruz de tinta estaban los párrafos en que se hablaba del libro recien impreso, del tomo de poesías titulado *Cantos nostálgicos*, que tal nombre dió en la pila Segundo á sus rengloues desiguales.

Venía también una carta de Roberto, de cuatro carillas..,. Era su contenido tan importante para Segundo, de tal manera había de pesar y ejercer influencia en su porvenir lo que aquellas letras con-

tuviesen, que las dejó á un lado, temeroso, sin saber por qué, de leerlas, queriendo dilatar lo que tanto deseaba....Veía la carta abierta, y le saltaban á los ojos ciertos nombres, ciertas palabras repetidas...Allí se nombraba muchas á veces la viuda de Comba.... Para dominar su turbación, puramente nerviosa, recogió los periódicos, y se determinó á leer antes lo que traía la señal de la cruz.... Rocorrió el via-crucis, en toda la extensión de la palabra.

El Imparcial daba un estrepitoso bombo al país gallego, y para probar que en él nacen poetas con la misma facilidad que exquisitas pavías y bellísimas flores, citaba, sin nombrarle, al autor de *Cantos nostálgicos*, lindo tomito acabado de poner á la venta. Y ni una línea más, ni una apreciación crítica, ni un leve indicio de que nadie, en la redacción del popular diario, se hubiese tomado el trabajo de cortar las páginas del tomo. *El Liberal*, mejor informado, aseguraba en tres renglones que los *Cantos* revelaban en su autor gran facilidad para versificar. *La Epoca*, en lo más rezagado de su sección de *Libros nuevos*, alababa la elegancia tipográfica del libro; no aprobaba el sabor romántico del título y la portada; y, de refilón, lamentaba, que la musa del poeta fuese la *infecunda nostalgia*, habiendo por ahí tantas cosas sanas, alegres y fecundas que cantar. *El Día*....

¡Ah! Lo que es en *El Día* le pegaban á Segundo un varapalo en regla; pero no de esos varapalos sañudos, intencionados, enérgicos, en que se toma la vara á dos manos para deslomar á un adversario fuerte y temible, sino un latigazo de desprecio, un capirotazo con la uña, como el que se dá á un insecto cuando molesta; una de esas críticas sumarias, que el crítico no se toma el trabajo de fundar y razonar por ser tan evidente lo que dice, que no requiere demostración: una ejecución capital por medio de dos ó tres chistes, pero de las que acaban con un autor novel, le hunden, le relegan para siempre á los limbos de la oscuridad... Venía el crítico á decir que hoy, cuando los versos magistrales carecen de lectores, es lástima grande hacer gemir las prensas con rimas de inferior calidad, que hoy, cuando Becquer pertenece ya al número de los semidioses de la poesía, habiendo ingresado en el panteón de los inmortales, es pecado que se le falte al respecto imitándole torpemente, y estropeando y contrahaciendo sus pensamientos mejores; y por último, que es de sentir que jóvenes muy estimables, dotados quizá de felicísimas disposiciones para el comercio ó para las carreras del notariado y farmacia, gasten el dinero de sus papás en ediciones lujosas de versos que nadie comprará ni leerá...

Debajo de tal filípica había escrito de su puño y letra Roberto Blánpuez: «No hagas cass de este animal. Lee mí artículo».

Con efecto, en un periódico oscuro y subterráneo, de esos innumerables que ven la luz en Madrid sin que Madrid los vea, Blánquez vertía y desahogaba toda la bílis de su amistad y patriotismo herido, poniendole al crítico las peras á cuarto, encareciendo el libro de Segundo y declarándolo digna pareja del de Becquer, sólo, que en poco más dulce, un poco más soñador y melancólico todavia, á fuer de hijo de un país hermoso cuanto desventurado, un país más bello que Andalucía, que Suiza y que todos los países bellos del orbe: acabando por decir que, si Becquer hubiese nacido en Galicia sentiría, pensaría y escribiría como El Cisne de Vilamorta.

Segundo cogió el manojo de periódicos, y mirando un rato con los ojos fijos y el gesto torvo, hízolo al fin pedazos, primero grandes, luego chicos, luego más chiquitos aún, que lanzó por la ventana y fueron á caer revoloteando, á manera de simbólicas mariposas, ó plateados pétalos de la flor de la ilusion, al charco de lodo más inmediato.... Segundo sonreía con amargura. Allá vá la gloria.... pensó. Ahora... creo que ya estoy más sereno.... Vamos á leer la carta!...

Lo importante de éstas son ciertos trozos... adicionados con los comentarios que no en voz alta sino mentalmente hace el lector.

«Estuve, segun tu encanrgo, en casa de la viuda de Comba, á entregarle el ejemplar que me remitiste tan cerradito y tan selladito...—¡Claro! Llevaba dentro una dedicatoria que no me gustaba que viese *ella* que podías haberla leído *tú*...Tiene una casa preciosa, con mucha cortina de seda y flores naturales.—Todo, todo lo suyo es así, delicado y bonito...—Pero tuve que ir dos veces ó tres antes de que me recibiese, por que siempre era mala hora..,—No recibirá ella al dos por tres al primero que se presente...—Por último me recibió con un sin fin de etiquetas y cumplidos... Está muy guapa de cerca, aún más que de léjos; y parece mentíra, chíco, que tenga una niña de doce años: ella representa, lo más, veinticuatro ó veinticinco...—¡Qué cosas me cuenta á mí Roberto!—Pues nada, en cuanto le dije que iba de parte tuya...—¡A ver!—se puso..¿cómo te diré yo?—¡Ruborizada!—disgustada y sobresaltadísima, chico; y además, tan sería, que yo me quedé volado y sin saber que hacer... —¡Infame! ¡Infame! Temía que yo... A ver, concluyamos, concluyamos...—No quiso recibir el libro por mas instancias que le dirigí...—Pero esto no se concibe! ¡Ah, que mujer!...—porque asegura que le

recordaría mucho este país, y el fallecimiento de su esposo, que Dios haya; y por consiguiente te ruega que la dispenses...—¡Miserable!—de abrir el paquete...y de leer tus versos...y te da las gracias...—¡Já, ja, ja!—¡Bravo! ¡Gran actriz!

«Yo, á pesar de todo, como tu me encargabas expresamente que se lo entregase, me propuse no volver á casa con él, y saludándola y tomando el sombrero dejé tu paquetito sobre un mueble; pero al día siguiente por la mañana ya lo tenía en casa, cerrado lacrado, intacto...—Y yo no la arrojé al Avieiro aquel dia en que nuestras bocas...—¡Estúpido de mí! En fin, acabemos...

«Ante esa conducta de la viudita, conjeturo que tú debes haber inventado todo aquello del precipicio del balcón... me lo contarías para guasearte conmigo... ó como eres así, tan loco, soñaste que te sucedió, y confundiste el sueño con la realidad...—Hace bien en mofarse.—De todos modos, chico, si la viuda te interesaba, no pienses mas en ella... Sé de fijo, por mis primas, que lo saben con certeza por su padre, que al acabarse el luto se casa con un marqués de Cameros, que tuvo distrito en Lugo...—Sí, sí... comprendido.—La cosa no va de broma: ya le están bordando, segun dicen mis primas, sábanas con corona de marquesa... »

La carta fué desgarrada con mas lentítud que los periódicos, en trozos más menudos, casi en polvillo de papel... Con los restos hizo Segundo una boltia, y la despidió briosamente para que se hundiese muy adentro en el charco de lodo... ¡Es el amor!... pensó, riéndose á carcajadas.

Comenzó á pasearse por la habitacion, primero con cierta monótoma regularidad, despues con desasociego y furia. Clara, la hermana mayor, entreabió la puerta del cuarto.

—Dice la tía Gaspara que vengas.

—¿A qué?

—A comer.

Segundo tomó su sombrero, y se lanzó á la calle, dirigiéndose á las orillas del río, presa del furor que las necesidades diarias de la vida causan á los que sufren algún violento choque moral, un desengaño.

XXVII

Que paseo el suyo por las húmedas y encharcadas márgenes del Avieiro! Iba unas veces de prisa, sin causa alguna que le obligase á acelerar su marcha, y otras, tambien sin motívo, se paraba, quedándose con los ojos clavados en algun objeto: pero, en realidad no volviendolo poco ni mucho... Un remordimiento, un pesar roedor, le mordia el corazón cuando recordaba el pasado: así como al naufragar un buque cada náufrago lamenta especialmente, la pérdida de un objeto que á todos preferia asi Segundo, del ayer desvanecido ya, sólo echaba de ménos un instante; un instante que; quisiera á toda costa revivir; el del precipicio el momento en que pudo conseguir digna y gloriosa muerte, arrastrando consigo al abismo la noble carga de sus ilusiones, y el cuerpo de una mujer que sólo en aquel minuto inolvidable pudo amarle de veras...

¡Cobarde entonces y cobarde hoy! pensaba el poeta, llamando en su ayuda desesperadas resoluciones y no encontrando el valor indispensable para abrazarse de una vez al agua fria y fangosa ...¡Que horas! Borracho de dolor, se sentó en las piedras, á la orilla del rio, mirando con idiota fijeza como las gotas de agua de lluvía al ir cayendo en diagonal del cielo grís, hacian en el rio unos círculos que trataban de prolongarse, y no lo conseguian, por que otros infinitos círculos iguales se tropezaban con ellos, y se mezclaban, y se renovaban incesantemente y volvían á nacer, y á confundirse, marcando en la sobrehaz del río unos dibujos ondulantes, muy parecidos à esa labor de la plata que llaman *guilloché*. . . .No notaba siquiera el poeta que aquellas mismas gotas que sobre el Avieiro rebotaban espesas y frecuentes, descargaban también sobre su sombrero y hombros, escurrían á la frente. se introducían por el cuello, se colaban entre la ropa y la carne. Lo observó así que la demasiada frialdad le hizo estremecerse, levantarse y tomar á tardo paso el camino de su casa, donde ya todo el mundo había comido y nadie le ofreció una taza de caldo.

Á los dos ó tres días se le declaró una fiebrecilla, ligera al pronto, luego más grave. *Tropiezo* la calificó de *gástrica y catarral;* la sinceridad obliga á

decir que le administró remedios no enteramente desacertados; esto de las fiebres gástricas y catarrales es para los médicos practicones una bendición de Dios, un campo glorioso donde suelen contar por victorias las jornadas; un camino trillado en que no corren riesgo de extraviarse. Por allí no se irá al desconocido polo de la ciencia, pero al menos no se va tampoco á despeñadero alguno....

Salía *Tropiezo* una noche de visitar á Segundo, é iba muy arrebujado en su bufanda. A la puerta misma del abogado, de entre la sombra que proyectaba el paredón contiguo, se destacó una mujer, en pelo, vestida con una bata vieja. Lo claro de la noche permitió á don Fermín ver sus facciones, y no sin trabajo reconoció á Leocadia, tal estaba la pobre maestra de desfigurada, mudada y envejecida. Se leía en su semblante la más viva ansiedad cuando preguntó al médico:

—¿Y que tal, don Fermín? ¿Cómo le va á Segundo?

—¡Ah! Buenas noches, Leocadia.... Sabe que al pronto no me hacía yo cargo....Bien, mujer, bien; no se apure. Hoy mandé que le diesen ya un puchero y una sopa.... No valió nada la cosa; una mojadura....Pero el rapaz es algo caviloso, y le entró tal tristeza y tal abatimiento, que pensé que nunca

íba á volverle el apetíto....En este tiempo hay que abrigarse: tenemos un día bueno y luego, cuando menos se piensa, carga el agua y el frío otra vez.... ¿Y V. cómo lo pasa? Me dijeron que tampoco andaba buena...Hay que cuidarse, mujer.

—Yo no tengo duda, don Fermín.

—Pues más vale así....¿Noticias del rapaz?

—Allá por Orense.... el pobre.... No se acostumbra.

—Ya se irá acostumbrando.Ya se ve....estaba hecho á los mimos....Vaya, Leocadia, abur. Váyase á su casa, mujer, váyase á su casa.

Don Fermín se alejó, subiéndose la bufanda hasta la nariz. Aquella mujer estaba loca: ¡pues no le había dado poco fuerte el cariño! ¡Y qué deshecha, qué acabada en meses? Las viejas aún se enemoran más que las rapazas. Él había estado prudente, muy prudente, en no contarle los planes nuevos de Segundo.. ¡Era capaz de allanar la casa si tal supiese! No, silencio, silencio. En boca cerrada no entran moscas. Que lo averiguase por otro lado, por él no. Y con tan sanas ideas y honrados propósitos. *Tropiezo* llegó á la tertulia de Agonde, y al cabo de un cuarto de hora de sesión desembuchó la nueva. Segundo García se marchaba á América á probar fortuna. Así que

asignase del todo, por supuesto.... Iría á la Coruña á tomar el vapor.

Fué ocasión propicia para que la tertulia en pleno lamentase una vez más el fallecimiento de D. Victoriano Andrés de la Conba, protector y padre de todos los vilamortanos sin colocación, diputado útil y agente infatigable de la comarca.... A vivir él, no se iría seguramente un muchacho de tanto mérito, un poeta—aquella noche toda la tertulia convenía en que Segundo tenía mérito, era poeta— á cruzar los procelosos mares en busca de una posición decente.... Pero desde que le faltaba D. Victoriano, Vilamorta carecía de eco en las regiones del favor y la influencia, pues el señorito de Romero, actual dueño del distrito, pertenecía á la raza de los diputados dóciles que no se imponen al Gobierno, que acuden á votar cuando se les llama, y se tasan á bajo precio, cotizándose apenas al de unos cuantos estanquillos y media docena de credenciales por legislatura.... Agonde se desquitó aquella noche, espaciándose por el terreno de su conversación favorita, que era renegar del funesto influjo eufrasiano, culpable de que Vilamorta decayese y su juventud emigrase al nuevo mundo.... El boticario expuso sus teorías: á él le gustaba que los diputados volviesen por el distrito: ¿de qué servían si no? Para él, el ideal del diputado era aquel famoso

hombre político á quien el barbero del pueblo que representaba había pedido un destino, fundándose en que, por culpa del reparto de credenciales entre todas las personas de su posición del pueblo, no le quedaban ya parroquianos que afeitar, y se moría de hambre.... En esto intervino el alcalde diciendo que él sabia de buena tinta que el señorito de Romero pensaba interesarse muy de veras por Vilamorta; lo confirmó el dulcero y algunos de los presentes, promovióse un altercado que demostró de modo irrefragable que á diputado muerto no hay amigos, y que el nuevo representante del país tenía ya en el mismo foco de los antiguos radicales combistas sus paniaguados y devotos.

XXVIII

El *Cisne* ha dejado su lago natal ó mejor dicho, su charca: ha cruzado el Atlántico en alas del vapor. ¿Volverá algún día? ¿Regresará con el rostro amarillento, el hígado estropeado, con algunos miles de duros en letras, guardados en la cartera, á concluir sus días donde los empezó, así como el buque desvencijado por las tempestades viene á recibir la última carena en el astillero en que fué construido? ¿Le sorprenderá á la entrada del continente jóven ese temeroso mal antillano, verdugo de los iberos que tratan de emular á Colón conquistando á América, *el vómito negro*! ¿Se quedará por las zonas tropicales arrastrando coche, unido en matrimonial vínculo con alguna criolla? ¡Llegará á presidir cualquiera de esas repúblicas minúsculas, donde los

doctores son generales y los generales doctores? ¿Se curarán sus melancolías al salitroso beso del aura marina, al contacto de tierras vírgenes, al dur o acicate de la necesidad que, empujándole á la lucha, le dirá: trabaja?

Acaso algún día narrará la historia las metamorfosis del *Cisne*, su odisea y sus vicisitudes; sólo que es necesario que corran los años, pues aún fué ayer, como si dijéramos, cuando salió de Vilamorta Segundo García, dejando á la maestra de escuela hecha un mar de lágrimas. Y esto de la maestra es el único cabo suelto de la crónica del *Cisne* que en la actualidad podemos recoger.

Mucho dió que hablar Leocadia en Vilamorta. Estaba enferma, según unos; según otros, arruinada; y según bastantes, no muy cabal de juicio. Viéronla rondar la casa de Segundo varias noches, durante la enfermedad del poeta; se aseguraba que había vendido sus bienes, y que tenía su casita hipotecada á Clodio Genday: pero lo más extraño de todo, lo que acerbamente se censuraba, era el abandono en que dejaba á su hijo, después de haberle cuidado y mimado tanto de pequeño, no yendo á verle ni un solo día á Orense, al paso que la vieja Flores iba sin cesar y á cada paso daba peores nuevas del chiquillo: que se consumía que echaba, sangre por la boca, que

se moría de tristeza....Leocadia, al oirlo, dejaba caer la barba sobre el pecho, y algunas veces se movían convulsivamente sus hombros, como si sollozase....Por lo demás, solía aparecer tranquila, aunque muy callada, y sin la actividad habitual en ella. Ayudaba á Flores en la cocina, atendía á las niñas en la escuela, barría, todo lo mismo que un autómata, y Flores, que la espiaba cruelmente para tomar nota de sus distracciones, se complacía en gritarle:

—Mujer, has dejado sucio este lado de la sartén... Mujer, ¿en qué piensas? Hoy voy á Orense; tienes tú que cuidar del puchero...

A fines del verano, Clodio pidió los réditos de su empréstito, y Leocadia no pudo pagarlos; por lo cual se le anunció que el acreedor estaba en su derecho al reclamar la finca previos los trámites legales. Fué aquel un golpe terrible para Leocadia.

Acontece á veces que un prisionero, ínsigue personaje, rey quizás, confinado por reveses de la suerte en estrecha mazmorra, despojado de sus grandezas, privado de cuanto constituía su dicha, pasa años sobrellevando con resignación sus males, aunque abatido, sereno....Y si un día, por un refinamiento de crueldad de los carceleros, se le quita á ese resignado preso un dije, un objeto, una fruslería con la cual llegó á encariñarse....el dolor contenido se des-

borda y sobrevienen los extremos de la desesperación. Algo parecido le sucedió á Leocadia, cuando supo que era preciso abandonar para siempre aquella casita amada, donde había pasado con Segundo horas únicas en su existencia; aquella casita dirigida por ella, recostruida con sus ahorros; aquella casita limpia y primorosa ayer, todo su orgullo....

Flores la oyó muchas noches llorar á gritos; pero cuando alguna vez, movida á compasión involuntaria, entró la vieja á preguntarle que sucedía, ó si quería algo, Leocadia tapándose con la ropa solía responderle en voz sorda:—No tengo nada...mujer, déjame dormir.... ¡Ni dormir me dejas!

Mostró aquellos días gran versatilidad é hizo mil planes; habló de irse á vivir á Orense, dejando la escuela y poniéndose á coser en casa; habló tambien de aceptar las proposiciones de Clodio Genday, que habiendo despedido á su criadita moza, no se sabe porqué ofrecía á Leocadia á tomarla de ama de llaves, con lo cual se quedaría en su propio domicilio, eliminando por supuesto á Flores. Todas estas resoluciones duraron breve tiempo, y fueron deschadas para adoptar otras no menos efímeras; y con la eerie de proyectos y cambios, el tiempo se apresuraba y Leocadia se hallaría pronto sin asilo.

Un dia de feria salió Leocadia á comprar diversas

cosas que Flores necesitaba urgentemente: entre otras, un cedazo y una chocolatera nueva, porque la suya estaba ya inservible. El vaivén del gentío, los empujones de los vendedores, la luz clara del sol otoñal, le mareaban un tanto la cabeza, débil con las vigilias, con el poco comer y el mucho sufrir. Paróse delante del puesto en que se vendían los cedazos. Era una especie de cajón de sastre, y allí se feriaban mil baratijas, cachibaches indispensables, como molinillos, sartenes, cazos, jeringas, aparatos de petróleo, y en una esquina, dos mercancias muy solicitadas del público en aquel pais, consistentes en unos papelitos color de rosa claro, y blandos como el papel de estraza, y unos polvos blancuzcos, de un blanco suspechoso, parecidos á averiada harina, Leocadia fijó sus ojos en ellos, y al punto la vendedora, creyendo que los deseaba, empezó á ponderarle sus cualidades, explicándole que los retacitos rosa, humedecidos y puestos en un plato, no dejaban mosca que allí no feneciese, y que los polvos blancos eran *séneca* para matar ratones, dándosela en ciertas bolitas de queso bien preparadas....Como Leocadia le pidiese tanto asi de los polvos, preguntándole cuánto costaban, la mujer alardeó de generosa, y cogiendo con una espátula un buen puñado de polvi-

tos se lo entregó envuelto en un papel, por no sé qué friolera de cuartos. Poco, en efecto, valía la droga, común en el país, donde el arsénico nativo abunda en los espatos calizos que forman una de las vertientes del Avieiro, y el ácido arsenioso, el *mataratones,* se vende libremente, más que en la botica, en las ferias. La maestra se guardó sus polvos, compró por diferencia media docena de papelitos rosa, y al volver á su casa, entregó puntualmente á Flores los objetos encargados.

Flores notó que después de comer se encerraba Leocadia en su dormitorio, donde la oyó hablar alto, como si rezase. Habituada á sus rarezas no lo extrañó. Terminado el rezo, la maestra salió al balcón, y estuvo un largo rato mirando los tiestos; pasó á la sala y contempló otra buena pieza el sofá, las sillas, la mesita, los lugares que recordaban su historia. En seguida la vió Flores penetrar en la cocina. La vieja aseguraba después,—¿pero en tales casos, quién renuncia á preciarse de zahorí?—que ya la llamó á ella la atención aquel modo de entrar....

—¿Tienes ahí agua fresca?

—Si, mujer,

—Dame un vasito.

Flores declaraba que al coger el vaso, la mano de la maestra temblaba como si tuviese alferecía, y lo

más singular fué que, no llevando el vaso azúcar, Leocadia cogió una cuchara de boj y la metió dentro....

Sin embargo, hasta de allí á una hora ú hora y media, no oyó Flores á Leocadia gemir.... Se coló en el cuarto y la vió sobre la cama, con un color que ponía miedo: violentas náuseas levantaban su pecho acongojado, y tras de las náuseas y las arcadas y los convulsivos esfuerzos para vomitar, un frío sudor inundaba la frente de la enferma y se quedaba sin movimiento ni voz....Flores, espantada, salió corriendo en busca de D. Fermín. Que se apurase, que esto no era de broma....Cuando vino don Fermín todo sofocado y preguntó:

—¿Pero vamos á ver, Leocadia, qué es esto? ¿Qué tiene, mujer? ¡qué tiene?

Ella, entreabriendo sus dilatados ojos, murmuró:

—Nada, don Fermín....Nada.

A la cabecera de la cama estaba el vaso, sin agua ya, pero una capa de polvos blancos adheridos al fondo y raspados á trechos por la cucharilla, pues el agua no había podido disolverlos y la maestra no quería dejarlos allí....

Conviene que también en esta ocasión declaremos que el insigne *Tropiezo* no dió ninguno en el expedito camino del tratamiento de tan sencillo caso. Ya había

reñido *Tropiezo* algunas batallas más con aquella vulgar sustancia tóxica, y conocía sus mañas: acudió sin vacilar á los enérgicos vomitivos, al emético, al aceite....Sólo que el veneno, mas listo que él, había pasado ya á la circulación, y corría por las venas de la maestra, helándolas....Cuando las náuseas y los vómitos cesaron, sobre la mortal palidez de Leocadia asomaron unas manchillas rojas, una erupción semejante á la escarlatina....Duró este síntoma hasta que vino la muerte á desatar aquel triste espíritu y emanciparlo de sus padecimientos, que fué al amanecer.

Poco antes de espirar, en un momento de calma, Leocadia hizo una señal á Flores, y le dijo al oido:

—Dame palabra....que no lo sabrá el chiquillo, ¿eh?....¡Por el alma de tu madre no le digas.... no le digas el modo de mi muerte!

Pocos días después, defendíase *Tropiezo* en la tertulia de Agonde, en la cual, por gusto de hacerle rabiar, le achacaban la desgracia de la maestra.

—Una, que me llamaron tarde, muy tarde, cuando ya la mujer estaba casi en la agonía.... Otra, señores, que se tomó una cantidad de arsénico, que ni era tanta que la pudiera arrojar, ni tan poca que le produjese un coliquito y quedase despachada.... Si tomase más, era más fácil gobernarlo, señores. En lo

que no estuve muy acertado fué en no llamar antes al cura.... Lo hice con buena intención, por no asustarla, y por si la íbamos sacando adelante.... Cuando le pusieron la *extrema*, ya no daba á píe ni á pierna....

—¡De modo, murmuró malignamente Agonde, que con V, ó el cuerpo ó el alma no se libran de un *tropiezo*!

Celebró la tertulia el dicho, y hubo chanzas fúnebres y frases compasivas. Clodio Genday, el acreedor de la difunta, se agitaba en el asiento. ¡Que conversacion mas tonta! ¡Hablar de cosas alegres, canario!

Se habló, en efecto, de cosas alegres satisfactorias: el señorito de Romero había ofrecido poner en Vilamorta estación telegráfica; y también se decía mucho en los papeles que la importancia vitícola del Borde reclamaba un ramal de ferro carril, y pronto vendrían los ingenieros á estudiarlo.

La Coruña, Setiembre de 1884.

ANGELES Y BRUJAS

POR

ORTEGA MUNILLA

ANGELES Y BRUJAS

POR ORTEGA MUNILLA

I

El Teatro

Era la iglesia parroquial de Villahonda un monumento románico, macizo y pesado, en el que se había prescindido por completo de la elegancia, para buscar únicamente el ideal de la solidez. Líneas rectas en los basamentos y capiteles; ninguna columna; pórtico sencillísimo, y sobre él la estatua de un santo, que debió representar á San Juan; pero que ya no era más que un trazado confuso donde todos los insultos del tiempo habían puesto su mano destructora. El cimborrio poco elevado, donde refleja el sol sus últimos resplandores de la tarde, inflamando los coloreados cristales de la linterna, parecía envidiar la elevación de la torre, que allá en las alturas sostenía

tirada plática con las nubes, y las cantaba no sé qué enormes estrofas, con sus incansables lenguas de bronce. En los cuatro ángulos de la torre, sendos dragones berroqueños, con sus alas tendidas, montaban la guardia de honor de las alborotadoras campanas, y semejaban mirar el infinito espacio á sus piés tendido, con sus pupilas, que, segun la fábula, despiden llamas y azuíres.

La puerta del templo, que al girar en su jambas producia un ruido desagradable, especie de aviso que algún invisible portero daba á sus fantásticos habitadores de las inmensas naves, de que un ser extraño penetraba en ellas, éra una artística pieza de hierro y de encina, si bien maltratada por los años y cubierta de herrumbre. En las hojas de esta puerta, una de las cuales solo se abría en las grandes solemnidades religiosas, habíase esmerado la mano del artífice, tallando multitud de alegorías bíblicas y escenas sacadas de las Parábolas. Las altas paredes de la iglesia, cubiertas de la sombra de la vejez, presentaban en algunos puntos rojos manchones y salpicaduras violáceas y cárdenas, á modo de sarna ú otra enfermedad vergonzosa del granito.

En las paredes de la torre descúbrense dos agujeros circulares, que desde lejos confunde la fantasía con los ojos negros de aquel gigante de piedra,

ojos siempre abiertos, que exploran el país, como si la impaciencia de esperar á alguien que nunca llega les mantuviese en perpetua vigilancia. Por estos ojos, en las noches muy oscuras, sale un resplandor tenue, que aun cuando soñadora mente se empeña en que es el brillo de una retina fosfórica, no es sino la luz del candil con que se alumbra el tío Basilio, el campanero, amén de algunas copas de vino tinto con que ayuda al cuerpo en el rudo oficio de voltear las campanas.

El tío Basilio... pero, ¿qué digo? El tío Basilio merece capítulo aparte.

II

El traidor y su sobrina

Era el hombre más perverso de Villahonda, y más feo del mundo. Aquella espalda encorvada; aquella cabeza monumental, puesta al extremo de un cuello larguirucho como una calabaza en la punta de una pipa; aquellos ojos pequeñuelos, verdes y procaces, á cuyos cristales parecía asomarse el alma de un demonio burlón é insolente, no tenían igual en muchas leguas á la redonda, como tampoco era empresa fácil hallar otro espíritu más miserable y contrahecho en toda la esfera terrestre. Pensábase, observando al

tio Basilio, que cada arruga, corcova ó fealdad de la carne, corresponde á otra deformidad del ánimo; cada paso de sus desgarbadas piernas, á un traspié moral, y á un mal propósito.

Así como Dios al crearlo feo le creó malo, al hacerle casado le dió una pareja digna de sus virtudes. La tía *Requiescat* era una lengua de arpía en un cuerpo de Medusa, y merecía ser la esposa del campanero de Villahonda. Todo era, pues, congénere y adecuado en aquel tugurio de la torre, donde vivían tio Basilio y tía Requiescat, desde las negras paredes hasta los muebles viejos y hundidos que llenaban el inmundo zaquizamí, nido de águilas habitado por mochuelos.

Las curiosidad que nos inspiraron ambos personajes, y el deseo de referir su historia, nos han llevad á practicar minuciosas disquisiciones, de las que hemos sacado, entre otros datos, el de que á fines del mes de Junio de 1853 llegó á Villahonda, caballera en un jumento, cuya jágima guiaba un arriero, cierta muchacha aún no entrada en años núbiles, que traía por todo equipaje una funda de almohada rellena de algún vestidillo ó par de enaguas y zapatos, y una carta con sobre en que se leía el nombre del tío Basilio. Era sobrina suya, hija de un hermano que murió media semana antes, y que, dejando sola á la niña,

se la recomendaba al tío Basilio, pidiéndole por Dios que no la abandonase á los duros trances de la vida. Consta asimismo de nuestros datos que el campanero leyó la carta sin derramar una lágrima; consultó á su mujer, y después de un animado debate en refunfuños sostenido entre ambos, se expresó la tía Requiescat en estos términos:

—Dí, chica, que has nacido con suerte (¡y acababa de morir su padre!), pues llegas á puerta donde se albergan dos buenos corazones, que no han de consentir en que revientes de hambre y frío. Tu padre ha obrado muy mal al mandarte á que te mantengan los que no te engendraron; pero ya que él fué imprudente, seamos nosotros benignos. Así, puedes decir que has hecho tu fortuna, pues acá vivirás como de familia. Precisamente hoy habia encargado á tu tio buscara una mozuela que me ayudara á subir cántaros y al trajín de la casa... conque tú desempeñarás estas obligaciones... porque yo me siento muy mala, y no estoy para el trabajo.

Y era verdad, que la tía Requiescat se sentía agobiada bajo el peso de una rara emfermedad, nacida indudablemente del abuso del vino y de su endiablado humor, cosas las dosque acabarian con la salud de una roca, cuanto más con la de flaco ser humano. Esta circunstancia, y no otra, decidió á la tía Re-

quiescat á admitir á la sobrina, que caída del cielo le venía para cuidarla en sus dolencias.

Sí... caida del cielo, porque Leandrilla era un ángel con figura humana.

¡Que rostro el suyo tan apacible, qué hermosos sus ojos, no menos azules que el firmamento! El cabello, abundante y rubio, formaba sobre las sienes de la niña un encamado moño de apretadas trenzas, la carita, redonda y animada, parecía despedir un fulgor angélico, la voz sonaba como deben sonar las músicas del Edén. En su presencia, y á su lado, experimentábanse ambiciones ignotas de bienes que aquí no es posible conquistar; nacíanle alas al espíritu, y volaba, volaba, guiado por aquel ángel; no se dónde, muy lejos, más allá de las estrellas.

Había cumplido Leandra los doce años, era alta, espigadita, con formas robustas, pero sin rotundidez, mostrando en esperanzas los frutos de una juventud espléndida.

Causaba lástima verla en la fuente, soportando el cantarillo de encarnado barro que la abrumaba con su pesadumbre, y aún más lástima contemplar como trabajosamente subía los doscientos escalones del revuelto y entornillado caracol de la torre con aquella carga en la débil cadera.

III

Empieza el martirio

La niña trabajaba cuanto podía. La tia Requiescat conjugaba en el lecho el verbo latino que la sirvió de mote, y el tío Basilio, ó zarandeaba las campanas en el último piso de la torre, ó zarandeaba el vaso de vino en la taberna, hasta que perdía piés y cabeza y empezaba él mismo á zarandearse, si no entregaba las costillas al suelo á la primera ese. En el caso de que esto no ocurriera, á duras penas alcanzaba la altura de su domicilio, y, cayendo y levantando, ascendía por la tortuosa escalera y entraba estrepitosamente en el chiribitil.

—¡Siempre en la cama (gritaba, señalando con el dedo índice á su mujer, sin interrumpir ese clásico contoneo que produce la embriaguez); siempre entre las mantas! Álzate y trabaja; que lo que tienes sólo es pereza y vicio.

—Calla, borracho (solía contestarle la vieja con calma, propia de quien está acostumbrada á tales flores y cariños): yo estoy mala; sí que lo estoy. Tu

sobrina.... Leandra.... esa es la que me ha hecho mal de ojo.... Pícara, holgazana.... Cada día me siento peor.... Me han echado una maldición. Desde que vino á casa, que ántes era una balsa de aceite, se me metió *el malo* en el cuerpo.... Ese es el premio que concede Dios al que hace obras de caridad... ¡Leandra, holgazana!... Baja por un cubo de agua... Mira, Leandra, acércame ese jarro.... Yo me malicio que pones algun veneno en las medicinas....

La pobre niña rompía á llorar amargamente, y se apresuraba á obedecer; pero su turbación y amargura trastornábanla de manera, que equivocaba todo lo que le pedían, lo cual era motivo de crueles reprimendas y fuertes porrazos que campanero y campanera le pegaban. ¡Pobrecilla! Un dia recibió en la espalda un golpe tan fuerte del canalla de su tío, que rodó cerca de veinte escaleras, y quedó sin sentido. Permaneció en la escalera, hasta que, vuelta en sí, el frío y el dolor de las heridas que sufriera la demostraron que no habían terminado sus desgracias, y subió á la habitación para escuchar una atroz filípica, salpicada de bárbaros epítetos y palabras feas, porque ¡se había estado en la calle jugando con las chicuelas de la vecindad! La infeliz Leandra cruzaba el sendero de la vida entre zarzas y matorrales, que mortificaban lastimosamente; pero era tan buena,

que nunca experimentó deseo de venganza de aquellos ultrajes, ni manifestó de otra suerte su dolor que derramando lloro amarguísimo en silencio.

Hay algunas personas cual Leandra. Para estas personas hizo Dios el llanto, como hizo para otras la risa. ¡Triste reparticion!

Más de cinco meses se cumplieron de la muerte del padre de Leandra, y ésta seguía en la torre, perdiendo de día en día aquella salud, aquellos colores y aquella robustez con que al principio la vimos. No iba mejor la tía Requiescat, cuyo consumido cuerpo no era sinó un montón de huesos encerrado en un saco de piel amarillenta y verdosa. Habíase enronquecido su voz, que nunca fué dulce y bien templada, y agriándose su carácter, que tampoco se tuvo jamás por sociable y afectuoso. En vano se aplicó cuantos remedios prescribe la terapéutica casera de ciertas gentes, desde colgarse al cuello un alfiletero que encerraba dos pares de lagartijas; hasta dormir tres noches con los brazos en cruz; en vano el tío Basilio apeló á la ciencia de un su amigo, gran saludador y hábil curandero, el cual, tras detenido exámen y juicioso análisís de un pelo de la enferma, según es uso y costumbre entre los dos de su andariega facultad, resolvió que el demonio estaba en el vientre de la tía Requiescat, y no saldría ni á tres tirones de la habi-

ción que había elegido; inútilmente, en fin, se llamó al doctor, que dispuso la privación del vino que la paciente usaba á grandes dósis. La tía Requiescat declaró que el único hombre entendido en la materia era el saludador, que descubriera en un punto la causa de la postración en que ella estaba, determinando no apartarse de su querido jarro, antes bien dispararle á la boca dos ó tres veces cada veinticuatro horas, con lo que si el diablo no tomaba el portante y se largaba á buscar menos húmedo hospedaje, era preciso reputarle el mayor borracho del universo mundo. El tio Basilio, por no ser menos que su mujer, dióse tambien á la bebida, y, en medio de este matrimonio, la desdichada niña pasaba las penas del purgatorio.

La tía Requiescat mandaba á Leandra subir á la torre veinte ó treinta cántaros de agua, y la niña obedecía, resignándose á ese mortal ejercicio. Dijérase que la endemoniada vieja tenia la manía del agua como la del vino; pero no hay tal, sino que el gusto de mirar á la niña angustiada de fatiga, era el único que sacaba de su vil existencia.

—¡Tunanta! (la decía.) ¡Holgazana! ¡Cuidado con subir los cántaros á medio llenar!... ¿Quieres que los demás trabajemos para tí? ¿Quieres que todos los de la casa nos afanemos para que la princesa se tumbe á la larga? ¡Miren la señora Melindres! Anda por agua,

que me has embrujado, y mientras no sane yo, has de vivir en el mismo infierno.

Leandra adquirió al cabo la costumbre del silencio, la de la obediencia pasiva, y aceptaba aquella lenta muerte que la Providencia le ofrecía con el nombre sarcástico de vida.

IV

Los Santos.—Éxtasis.—Paliza

Era llegado el dia 31 de Octubre, y la Iglesia se preparaba á conmemorar nuestros difuntos. En las desiertas nabes de Villahonda, cuyo silencio del sepulcro predisponía el alma á la oración, sólo se hallaba algún devoto murmurando sus oraciones. Todas las capillas permanecían á oscuras: sólo en la nave principal ardía una lámpara de aceite, derramando tembloroso fulgor sobre los objetos que la rodeaban, y haciendo aumentar ó disminuir alternativamente sus siluetas de sombra. Había sonado el reloj las seis de la tarde. En un rincón de la más apartada capilla oíanse suspiros y sollozos. Allí estaba Leandra, arrodillada, con ambas manos cruzadas y sublime expresión de tristeza en el semblante.

—¡Padre mio (exclamaba), padre mio! ¡Acércate

más, acércate á mí! ¡Siempre te veo en las sombras, lejos;.. muy lejos!...¡Te llamo y no me escuchas!... ¡Dame la mano, cógeme en tus brazos!...¡Yo quiero subir contigo á ese sitio, que te vas cuando dejo dejo de mirar tu rostro! ¿Por que me hablas sin acercarte? ¿Cómo suena tu voz tan débilmente, que yo apenas la percibo en mis oídos, y suena en mi alma como una trompeta?

Después de balbucear estas palabra, calló de nuevo; luego continuó:

—¿A caso ya no me quieres? ¿ me has olvidado? ¿Ó es que yo he cometido alguna falta contigo? ¿Por que me abandonaste?.... Mi tío el muy malo.... Me pega .... Allí viene.... ¡Ah! Se acerca á esta capilla... Adiós.

Y alzándose trabajosamente del frío suelo, cogió su cántaro. Aquel cantáro debía estar rebosando en lágrimas. ¡Pobre Leandra!

Salió la muchacha de la iglesia. ¡Como estaba la infeliz! Tan delgada, tan pálida, que podía asegurarse que de su antigua belleza sólo la restaban los ojos, en cuyos melancólicos cristales centelleaba no sé qué extraña y vaga luz. Su brazo derecho, flaquísimo, enlazaba la esfera del cántaro que se había colgado á la cadera, y el izquierdo le colgaba, marcando las ondulaciones del inseguro paso como un

péndulo. Caminaba muy aprisa, pero no tanto que pudiera evadirse del tío Basilio que la había divisado en la capilla.

—¿Entras en la iglesia á dormir? (la gritó el bárbaro.) Sube á casa, que tu tía se está muriendo.

La niña subió aquellos interminables escalones, ¡Dios sabe con cuanto trabajo! Detrás de ella el tío Basilio subía maldiciendo. Al entrar en el zaquizamí Leandra tropezó, escapóse el cántaro de sus brazos y rodó por el suelo, quebrándose en míl pedazos.

—¡Torpe! (Gruñó la tia Requiescat desde su cama:) si yo estuviera levantada, pagarías caro tu descuido. No te tomas interés por nada de esta casa. Estoy en los últimos instantes, y te maldigo, porque tú me has matado... ¡Ay! siento aquí en el pecho una cosa que me abrasa, un fuego que se enciende y se apaga, una *llama* que va reduciéndonse á cenizas el corazón,

La vieja se lamentaba á gritos, que retumbaban bajo los muros de piedra con eco espantoso.

—¡Esta maldita chica (tronó el borracho, que había logrado ascender la penosa escalera); esta maldita chica nos va á perder con sus descuidos!...¡Romper un cántaro nuevo!... ¡Ah, Leandrita, Leandrita! Dos días hace que no entra por tu boca más que ai-

re; pero á fé que no probarás el pan mientras no le corrijas.

En tanto que hablaba así el tío Basilio, habíase tirado un colchoncillo que en medio de la estancia estaba. Leandra lloraba en un rincón. Tan prolongado martirio iba siendo superior á su débil resistencia.

Los golpes de muerte que la daban, y el no comer acababan de agotar sus fuerzas físicas. Una frialdad inexplicable se difundía por su cuerpo. La niña se dejó caer en el suelo, inclinó la cabeza sobre el pecho, entornó los párpados, volvió á abrirlos convulsivamente, y lanzó un suspiro. Un largo espacio de tiempo transcurrió sin que ninguno de aquellos tres seres moviese pié ni mano.

El reloj tocaba las siete. Entonces el tío Basilio se incorporó.

—¡Diablo de noche! (murmuraba, buscando en los rincones del cuarto el jarro del vino): ahora á tocar campanas, á pasar frío. No; pues antes he de prevenirme el estómago contra las pulmonías.... ¡Vaya un trago.... otro.... otro!.. Media azumbre me he colado.... Que vengan los cierzos.... ¡Arriba, campanero á cumplir tu obligación!

Salió Basilio del cuarto, y á pocos momentos las campanas preludiaban su canción monótoma y lúgubre. La campana *María*, la mayor del campanario,

dominaba el sonido de las otras con sus badajazos, que semejaban descargas de cañones.

V

El último repique

Sólo en la fiesta de los Santos se tocaba aquel grandísimo instrumento, bautizado con el nombre de *María*, y colocado en la abertura oriental del campanario. Cuando los villahondinos la escuchaban, era hora de rezar por los difuntos.

Pesaba cincuenta quintales, girando, no obstante, con notable ligereza, merced á los bodoques de hierro y piedra en que estaba montado su eje. De este eje partía una grande palanca de hierro, á que se agarraba el campanero para mover la mole de bronce.

En medio del campanario, en un asiento de madera, estaba sentado el tío Basilio.

—¡Cosa más rara! (murmuró, agarrándose con las manos al banquillo.) Juraría que la torre da vueltas; juraría que está saltando....Sí, no hay duda....¡Anda! Pues si las campanas bailan unas con otras! ¡Y ya no suenan! ¡Já, já, já!.....Esto sí que es divertido.

El tío Basilio estaba extremadamente borracho.

Después de dar el primer impulso á las campanas, habíase tirado en el banco, y su embriaguez le impedía oir el ruído de aquellos monstruos de bronce, capaz de ensordecer un tímpano de piedra.

—¡Ahora si que vais á volar, ahora! La grandona, la grandona va á ser la primera....La María va á voltear como una peonza....¡Já, já, já!

Levantóse el tío Basilio, y se acercó á la campana mayor haciendo eses, y sin cesar de reir. De repente experimentó una sensación horrible de miedo. Sintió una cosa fría, dura, que penetraba ensus carnes y le alzaba del suelo; un tentáculo férreo que se prendía en su chaqueta y le desgarraba la espalda; una zarpa que le suspendía sobre el abismo. Basilio abrió los brazos, vomitó una blasfemia, se vió fuera de la torre, miró á sus piés....y como sale la bala del obús, fué lanzado al espacio, describiendo con su cuerpo veloz trayectoria.

Era la grandona, la campana grande, que le había alcanzado con su palanca.

VI

Liberación.—Alma que flota, burbuja de alcohol.

Consta de nuestras investigaciones que aquella noche anduvo la opinión pública de Villahonda muy preocupada por el inexplicable suceso de que no doblasen las campanas en tan señalada fiesta cristiana sino breves momentos, y que corrian diversos rumores poco favorables á Basilio; pero cuando á la mañana siguiente tampoco se tocó al alba ni á Misa, ya á las diez, el cura en persona subió á la torre, seguido de monaguillos y demás cohorte sacritanesca, para informarse del extraño silencio de las campanas; el señor cura encontró en la torre el sombrero de Basilio, y al entrar en la habitación de éste, ofrecióse á sus espantados ojos espectáculo atroz y lastimoso.

En la revuelta cama yacía la tia Requiescat, con el cuerpo hinchado, la boca abierta mostrando las oscuras y desdentadas encías, y los párpados amoratados: en el suelo, blanca, pálida, Leandrilla, la pobre Leandrilla. Parecía una estatua de mármol. Tenía las manos cruzadas y los exangües labios dulcemente contraídos. El alma de Leandra, al escaparse al cielo, habíase despedido de la que fué su persona visible con una sonrisa.

VII

«Vox populi»

Villahonda cree á pies juntillas que toda aquella familia pertenecía al diablo, quien en la noche de los Santos sube á la tierra á recoger sus cosas. Si trataras de convencer á aquella ciudad, á sus mujeres especialmente, de que en la catástrofe sólo intervinieron causas naturales, te objetarán:

—¿Y el cuerpo del tío Basilio? ¿Dónde fué á parar? ¿Quién sino el demonio pudo escamotearle?

Para que contestes, benigno lector, á estas observaciones de las villahondinas, te referiré que el año último, al componer el tejadillo de un vetusto edificio frontero á la iglesia, que sirve de cuartel de caballería en la actualidad, se halló junto á una chimenea un esqueleto cubierto con un pantalón y una chaqueta iguales á la chaqueta y pantalón que usaba el tío Basilio, y que, según opinan personas dignas de crédito, allí fue á parar el campanero cuándo le arrebató á los aires la campana.

Y es todo lo que me proponía contaros. No es mucho. Podía ser más, y puede ser demasiado.

383528

LS
P2265ci

Pardo Bazàn, Emilia
El cisne de Vilamorta.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE NEW YORK